ON BOSCO Y SU TIEM

OS AÑOS DE CARLOS ALBERTO>

POR

HVGO WAST



Al venerado Rector Mayor de la Pía Congregación Salesiana, Don Ricaldone, ilustre sucesor de Don Bosco, le envío la obra que ha merecido en el ambiente santo de Via Cottolengo 32 que agenas me atrevo a presentar como un humilde mensaje de filial devoción, pero advierto

DON BOSCO Y SU TIEMPO

bien sus muchas deficiencias. Perdóne-

PRIMERA PARTE

las, y crea en mi voluntad, aunque

LOS AÑOS DE CARLOS ALBERTO

falta de mi ingenio.

Hugo Wast

Tolcinda 26. 932.

BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA
TORINO
Classe S. 1
N. D
Formato 2588

000216

83D39

OBRAS DE HUGO WAST

EDICIÓN CORRIENTE, RÚSTICA

Don Bosco y su tiempo. Los años de Carlos Alberto	10 millar	$ 2.50
Don Bosco y su tiempo. Los años de Pío IX	10 —	—
* El Camino de las Llamas	10 —	—
* Lucía Miranda	25 —	—
* Tierra de Jaguares	20 —	—
Myriam la Conspiradora	20 —	—
El Jinete de Fuego	20 —	—
Las Espigas de Ruth. (Páginas autobiográficas)	9 —	—
* Pata de Zorra	23 —	—
* La que no Perdonó	26 —	—
* Los Ojos Vendados	100 —	—
* Valle Negro. (Premiada por la Academia Española)	50 —	—
* La Casa de los Cuervos	113 —	—
* La Corbata Celeste	36 —	—
* Novia de Vacaciones	37 —	—
* Alegre	39 —	—
* Sangre en el Umbral. (Cuentos)	12 —	—
* 15 días Sacristán. (Relatos)	8 —	—
* Confesiones de un Novelista	5 —	—

EDICION BIBLIOTECA, ENCUADERNADA

Una Estrella en la Ventana. (Retrato del autor)	19 —	3.00
Fuente Sellada	86 —	—
Desierto de Piedra. (Gran Premio de Literatura Argentina, $ 30.000)	33 —	—
El Vengador	83 —	—
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre	88 —	—
Flor de Durazno	133 —	—

EDICIÓN POPULAR

Desierto de Piedra	1.25
Fuente Sellada	—
Una Estrella en la Ventana	—
El Vengador	—
Flor de Durazno	—
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre	—
Lucía Miranda	—

VARIAS

Luis Gonzaga. (Traducción del marqués Felipe Crispolti) ..	3 —	2.00
Flor de Durazno. (Drama)	12 —	1.00
Mi Suegra me Quiere Mucho. (Pieza cómica)		—

EN PREPARACIÓN

Moderna Literatura Latinoamericana.

De las obras marcadas con un asterisco existe también una Edición Biblioteca, encuadernada, a $ 3.00. Precios en moneda argentina.

HUGO WAST
C. DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Don Bosco y su tiempo

6 6 6

PRIMERA PARTE

Los años de Carlos Alberto

10 MILLARES

BIBLIOTECA CENTRAL SALESIANA

BUENOS AIRES
EDITORES DE HUGO WAST
1932

Copyriht by Editores de Hugo Wast, Gorriti, 4199.

TRADUCCIONES

AL ALEMÁN
Trad. Sra. Erna Stoldt (Buchverlag Germania, Berlín).
Desierto de Piedra.
La que no Perdonó.
La Casa de los Cuervos.
Lucía Miranda (en prensa).
Myriam la Conspiradora (id.).
El Jinete de Fuego (id.).
Tierra de Jaguares (id.).
Otras traducciones publicadas en periódicos:
La Corbata Celeste.
Por Sra. P. L. de Kobelt.
Flor de Durazno.
Una Estrella en la Ventana.

AL FRANCÉS:
Trad. Mme. Fischbacher (La Renaissance du Livre, París).
Desierto de Piedra.
La que no Perdonó.
Trad. Georges Pillement (Nouvelle Revue Française. París.)
Valle Negro.
Trad. Henry Gross (Editions Bourrelier-Chimenes. París).
Alegre.
Otras traducciones publicadas en periódicos:
Trad. Mme. Noel Domengé.
Flor de Durazno.
Pata de Zorra.
Trad. Georges Pillement (L'Intransigeant, París).
El Camino de las Llamas.
Trad. L. de Montpellier.
La Casa de los Cuervos.
Trad. Mme. Fischbacher.
Un Provinciano en Vacaciones.

AL HOLANDÉS
L. J. Veen, editor (Amsterdam).
Valle Negro.

AL INGLÉS
Trad. Herman y Miriam Hespelt (Longmans Green and C°, New-York).
Flor de Durazno.
Valle Negro.
Trad. Louis Imbert y Jacques Le Clercq (Mismo editor).
Desierto de Piedra.
Lucía Miranda.
Trad. Leonard Matters (Williams and Norgate, London).
La Casa de los Cuervos.

AL ITALIANO
Trad. Mons. Benedetto Neri (Gruppo Buona Stampa, Mantova).
Flor de Durazno.
Fuente Sellada.
Desierto de Piedra.
La que no Perdonó.
Pata de Zorra.
Trad. Vittorio Caselli (Mismo editor).
La Casa de los Cuervos.
Mismo trad. (Edit. Grazzini, Pistois).
Los Ojos Vendados.
El Vengador.

AL PORTUGUÉS
Trad. Almachio Cirne (Livraria do Globo Porto Alegre),
La que no Perdonó.
Flor de Durazno.
Desierto de Piedra.
La Casa de los Cuervos.
Fuente Sellada.
Valle Negro
Otro trad. A Noite, Río de Janeiro).
Los Ojos Vendados.

AL POLACO
Trad. Dr. E. Boyé (Towarzystwo Wydawniéze Roy, Varsovia).
La Casa de los Cuervos.
Trad. Tadeusz Jakubowicz.
La que no Perdonó.
Flor de Durazno.
Trad. Fr. Baturewicz.
Desierto de Piedra.
Un Provinciano en Vacaciones.

AL RUSO
Trad. Sergio S. Ygnatov (Moscú).
Desierto de Piedra.

AL TCHECO-ESLOVACO
Jos R. Vilimek, editor (Praga).
Desierto de Piedra.
La que no Perdonó.
Flor de Durazno.

EDICIONES CLÁSICAS
Con vocabulario y notas en inglés, para el estudio del castellano en universidades y colegios norteamericanos.
La Casa de los Cuervos.
H. Hespelt (Macmillan and C.° (New-York).
Desierto de Piedra.
E. R. Sims (D. C. Heath and C° (New-York).

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS DE CARLOS ALBERTO

BIBLIOTECA CENTRAL SALESIANA
1-258

I

1815

Cierta noche del invierno de 1815, sonaron tres o cuatro golpes vacilantes a la puerta de Francisco Bosco, labrador del caserío de los Becchi, a una legua del antiguo villorrio Castelnuovo d'Asti, y a no más de cinco de la populosa y rica ciudad de Turín.

Estaban por sentarse a la mesa para hacer los honores a la sopa, que en ese instante retiraba del fuego Margarita Occhiena, la mujer de Bosco.

¡Mala hora para visitas, que se anuncian tímidamente, como suelen los mendigos!

Y especialmente mala cuando los tiempos son tristes y de la menestra preparada con economía y para seis personas, deben comer siete.

A la mesa de Bosco sentábanse, además de él y Margarita, su madre, anciana inválida; los dos mozos que tenía a sueldo para labrar su tierra, y Antonio, de trece años de edad, hijo de su primer matrimonio.

Nunca Margarita, al preparar la cena de los seis, con-

taba al séptimo comensal, su primer hijito José, de dos años entonces, y no lo contaba porque, si bien ocupaba un puesto a la mesa, su pequeño plato se llenaba disminuyendo la porción de los otros.

¿No dice el refrán que donde comen seis, comen siete?

En cuanto a su segundo hijo, Juancito, a ése no le interesaba la menestra: había nacido el 16 de agosto de ese año; andaba, pues, en los cuatro meses, y a la hora en que su madre retiraba del fuego el ollón, estaba durmiendo tranquilamente en su cuna.

Repitiéronse los golpes a la puerta, no ya con timidez, sino con alguna impaciencia, y el último fué casi imperioso.

—¿Quién será?—preguntó con miedo y en voz baja la abuela, desde su rincón, donde pasaba largas horas al amor del fuego.

—¡Me imagino quién es!—respondió Bosco, sin inquietud—. Algún mendigo de mal genio.

Abandonó su quehacer y acudió a abrirle.

—¡No!—dijo Margarita en voz baja, echando una ojeada a las siluetas que aparecieron en el umbral—. ¡Son desertores de los ejércitos de Napoleón!

En efecto, a la insegura luz del candil vieron entrar dos soldados, sacudiéndose la nieve que salpicaba sus oscuros capotes.

—¡Buena noche, los franceses!—dijo Bosco, haciendo a mal tiempo buena cara—. Bienvenidos y a

buena hora, puesto que mi mujer va a servir la menestra.

—¡Gracias!—respondió el más viejo de los dos—. Se conoce que ésta es casa de cristianos... Pero yo no soy francés, soy piamontés. Mi camarada sí, y no habla nuestro idioma.

Era un hombre vigoroso, curtido en la guerra y demacrado. Apoyó su fusil en la pared, y se sentó frente a la abuela.

El otro era muy joven, casi un muchacho, y parecía rendido de cansancio.

Miró con avidez la olla que Margarita puso en el centro de la mesa y con gratitud a los habitantes de aquella casa hospitalaria, a cuya puerta habían llamado con tan poca ilusión.

Casa de cristianos era realmente la de Francisco Bosco y, en ella, muchas veces encontraron refugio y auxilio los desertores o los rezagados de los ejércitos, que peleaban en favor o en contra de Napoleón, cuya espada había revuelto la Europa y especialmente la pobre Italia durante veinte años.

Al desventurado que llegaba hasta su umbral no se le preguntaba ni el nombre, ni la condición, ni siquiera la bandera por la cual combatía. Bastaba que fuese un necesitado, para que, por derecho de Dios, compartiera lo que allí podían brindarle: un pedazo de pan. un plato de sopa, tal vez un jarro de vino, y si era invierno, un lugar junto al fuego.

Y en más de una ocasión alojaron y escondieron a un desertor para que no cayera en manos de los soldados que lo perseguían y que no tardaban en llegar buscándolo para fusilarlo sin piedad.

Francisco Bosco había aprendido de su madre que, a las veces, el mismo Jesús se disfraza con los andrajos de un soldado y va a golpear a la puerta de los que se llaman cristianos, para probar su corazón.

Los hijos de Francisco Bosco también aprendieron aquella lección de la abuela y de su madre Margarita Occhiena, de tal modo, que los pobres eran siempre recibidos en la casita de los Becchi como si su miseria fuese el disfraz de Dios en persona.

Margarita apartó una pequeña cantidad de la menestra para su suegra, para su hijito José y para sí misma, y ofreció lo demás a los hombres, disculpándose así:

—¡No es mucho, realmente! Ni es grande mi habilidad para guisarlo, pero demos gracias a Dios, porque a estas horas hay en el Piamonte quienes no tienen ni este poco siquiera.

El veterano asestó un codazo al compañero, que no había entendido, pusiéronse de pie todos y Francisco Bosco rezó en voz alta el padrenuestro.

Volvieron a sentarse. Los soldados empezaron a comer con avidez lupina, y los demás los siguieron de cerca, con el apetito de gente que trabaja el día entero y no mata del todo el hambre, y menos cuando se presentan de improviso semejantes convidados.

No podía extrañar a los habitantes de los Becchi hallar un soldado piamontés vistiendo el uniforme del Emperador.

Cuando Napoleón invadió el Piamonte el 1796, siendo un joven general de veintisiete años a las órdenes del Gobierno revolucionario de París, sus soldados eran franceses.

Pero cuando hubo vencido al rey de Cerdeña, y arrebatado a los austríacos la Lombardía, constituyó en Milán la que llamó *Legión lombarda,* tropa compuesta por italianos de toda la península, que confraternizaron para pelear con él y contra los alemanes.

Y años después, cuando abandonó el antifaz republicano y sobre la diadema imperial se encasquetó la corona de hierro de los reyes lombardos, reforzó sus ejércitos haciendo levas en todas las regiones conquistadas, y millares y millares de italianos tuvieron que batirse, no ya por su patria, sino por él, en todos los campos de batalla, desde España hasta Suecia y hasta Rusia.

En esos veinte años de desolación, el Piamonte fué el camino obligado de los ejércitos, y los habitantes de los Becchi vieron pasar en filas interminables o uno a uno, tropas regulares o desertores, soldados triunfantes o fugitivos y prisioneros.

¡Ay! Entre estos prisioneros tuvieron la amargura de ver pasar dos reyes, los más augustos reyes que existan en el mundo.

El uno fué Pío VI, Papa y Rey de Roma, a quien en

1799 los esbirros de la República francesa lo arrancaron a su reino, y sin compasión por sus ochenta años y sus achaques, lo llevaron a través de las nieves y de las montañas, hasta su prisión, en Valence, una pequeña ciudad del Delfinado, donde murió a los pocos meses.

El otro fué su sucesor, Pío VII, en 1809, cuando ya Napoleón no era un simple general republicano, sino el más poderoso emperador de la tierra.

Al mismo Papa que lo coronó, con execrable ingratitud le arrebató sus Estados para dárselos poco después a su hijo, aquel pobre rey de Roma, que nunca reinó, y lo confinó en Savona primeramente, en el golfo de Génova, asignándole *5 paolis* por día (2,75 francos) como a un prisionero vulgar, y después, para tenerlo más al alcance de la mano, lo llevó a París y lo encerró en Fontainebleau.

De aquellos sucesos grandes y terribles, cuyos episodios se desenvolvían casi a la vista de los Bosco, solían tener más detalles por los soldados a quienes socorrían.

Pero se guardaban bien de interrogarlos, si ellos no mostraban deseos de hablar. Porque no era extraño que fuesen enemigos de su país y de su religión, y quisieran ocultarlo, para no herir los sentimientos de aquella cristiana familia.

Acontecía, sin embargo, que una vez saciada el hambre y con mayor confianza que la que mostraron al entrar, se pusieran a referir sus campañas.

¡Con qué avidez los escuchaban entonces para saber el estado del mundo, que parecía un juguete en manos de Napoleón!

Así conocían la marcha de los ejércitos y el resultado de las batallas y la suerte de las naciones y dónde estaba el Emperador y dónde Víctor Manuel I, el verdadero rey del Piamonte y de Cerdeña, y dónde el Papa, el solo rey de Roma para ellos.

Esa noche del invierno del año 15, terminada la cena, Francisco Bosco sirvió un jarro de vino a cada uno de sus huéspedes.

El joven soldado que no hablaba piamontés, bebió su parte y, apoyando la espalda contra la pared, quedóse dormido.

El veterano empezó a beber parsimoniosamente, como quien no quiere agotar de golpe una ventura, y habiendo encendido la pipa, se sintió ganoso de contar sus campañas, porque era la sola moneda con que podía pagar a los que tan bondadosamente los habían socorrido.

Pero como buen narrador, que quiere exacerbar la curiosidad de su auditorio, no entró de improviso en el relato.

Comenzó así:

—Esta pipa mía es vieja; parece de antes del Diluvio. Hace años que está en mi poder, y ha visto muchas cosas y mucho mundo. Y, sin embargo, no me ha acompañado más que la tercera parte de mis campañas.

Cogió el candil para encenderla de nuevo, sin que los

BIBLIOTECA CENTRAL

oyentes se atrevieran a romper el silencio con ninguna palabra. Afuera, la nieve seguía cayendo sobre el mundo dormido. Adentro sólo se oía el zumbido del fuego, y cuando éste se calmaba, la suave respiración de Juancito en su cuna.

El veterano prosiguió:

—Un soldado austríaco de la guardia del Emperador, me dió esta pipa en Viena, el año 9. El era un prisionero y yo su guardián. Yo también era, con muchos otros italianos, de la guardia del Emperador. Pero entendámonos bien: yo, de los de Napoleón, el vencedor, que en esos días dormía como dueño de casa en el palacio de Shömbrunn, que es como quien dice el Versalles de Viena; y él, de los de Francisco II, el vencido. Todo esto ocurría después de la batalla de Wagram.

Dió algunas chupadas y siguió diciendo:

—Tal vez ustedes no sepan que mes y medio antes de esa batalla, Napoleón fué derrotado por el archiduque Carlos, hermano de Francisco II, en Essling, sobre el Danubio, y quedó encerrado, como un ratón en la trampa, con todo su ejército en la isla de Lobau. Desde allí expidió mensajeros a todos sus aliados y a sus mariscales. ¿Saben ustedes que los primeros en acudir fuimos los italianos? Formábamos un cuerpo elegido, y acabábamos de ganar varias batallas, mandados por el príncipe Eugenio de Beauharnais, virrey de Italia, hijo del primer matrimonio de la emperatriz Josefina, la mujer que Napoleón estaba ya pensando repudiar para casarse con María Luisa, hija de su enemigo el emperador Francisco II de Austria...

—Esa mala acción—observóle Bosco—no le trajo la bendición de Dios...

El soldado asintió con un ademán.

—Yo era de la guardia del Virrey. La noche antes de Wagram, las dos guardias, la del Emperador y la del príncipe Eugenio, formamos un solo cuerpo, alrededor de la tienda de campaña donde durmió Napoleón, con el sueño más tranquilo del mundo, como si al día siguiente no se fuera a jugar su destino... Lo jugó y lo ganó, pero a la noche había cuarenta mil muertos en el campo de batalla. A los pocos días acampábamos en Shömbrunn, y Napoleón dormía en la cama de Francisco II.

—Ese nombre de Shömbrunn no me es desconocido —dijo Bosco—. Lo oí aquel mismo año, cuando nuestro Santo Padre, Pío VII, pasó prisionero por este mismo camino que usted ha recorrido esta tarde... ¿Qué hizo Napoleón contra el Papa, desde ese castillo?

El veterano guardó silencio. A pesar de que Napoleón era el opresor de su dulce Italia, había servido tantos años en sus ejércitos, que acabó por sentirse atado a su fortuna; y así como lo enorgullecían sus victorias, ganadas con las bayonetas de muchos italianos, lo abochornaban sus grandes caídas.

Pero, al cabo, sacudió sus escrúpulos y respondió:

—En efecto, Napoleón lanzó desde ese castillo aquel decreto por el cual arrebató sus estados al rey de Roma,

nuestro Santo Padre el Papa, y lo mandó llevar prisionero... ¿Saben ustedes a cuál de sus mariscales le confió el cumplimiento de esa orden?... A Joaquín Murat...

—¿El que después fué rey de Nápoles?

—Sí... Escúchenme, ya voy a contarles su destino... Pero ése es el final de mi historia, y conviene saber antes el comienzo. ¿Cómo es que yo, piamontés, servía al emperador de los franceses? Bueno, esto ya nadie lo ignora. Todos saben que después de la invasión, Napoleón nos enroló en sus ejércitos, y formó regimientos escogidos con soldados italianos. Cuando proyectó invadir a Inglaterra, fuimos con nuestro general Pino al campo de Boulogne. Después estuvimos en Austerlitz, donde me hirieron. Seis meses de hospital. Yo creí que Napoleón tendría bastante de mí y de los otros italianos. Y, en verdad, cuando estalló la guerra de España, el año 8, nos dejó tranquilamente en nuestros cuarteles. ¡Se ha olvidado de nosotros!, decíamos, y nos alegrábamos, porque era amarga cosa batirse por un soberano extranjero contra un pueblo que defiende su tierra y su religión... Napoleón no nos había olvidado. Había dicho: "La conquista de España me costará 12.000 hombres nada más; si hubiera de costarme 80.000, como la de Italia, no la emprendería. Pero un país donde hay muchos frailes es fácil de subyugar." Y por eso mandó regimientos de conscriptos, que murieron como moscas. Entonces pensó en sus veteranos. Y allí fuimos los italianos con el general Pino, a pelear sin odio y con admiración contra la nación entera. ¡Todos allí

eran soldados: los paisanos, los frailes, hasta las mujeres!

Antes del fin de esa guerra pasamos a Prusia; llegamos, hasta las orillas del Báltico, a pelear contra los suecos, y allí el general Pino conquistó la ciudad de Stralsund; pero uno de los mariscales de Napoleón, Bernadotte, hijo de un herrero, ganó más, pues ganó el título de rey de Suecia. ¡Cosa extraña! Frente a los muros de Stralsund vi un cuerpo de tropas españolas, peleando bravamente por la gloria del Emperador. Ya les he dicho que Napoleón sacaba soldados de todos los países que invadía. Pero los españoles no duraron en sus ejércitos. En esos días desertaron diez mil y se embarcaron en los buques ingleses que bloqueaban el Báltico, y volvieron a defender su patria.

Napoleón perdió en España 600.000 hombres, entre ellos más de 40.000 italianos y, lo que es peor, sus ejércitos perdieron la fama de invencibles.

El Emperador ya no contaba sus muertos. La mitad de Europa le daba nuevos soldados. Reunió 500.000 e invadió Rusia. Allí fueron los regimientos lombardos y piamonteses al mando del príncipe Eugenio, y los napolitanos con Joaquín Murat, su nuevo Rey.

Mi ángel de la guarda tiene, seguramente, mucho valimiento con Dios, pues yo estoy aquí sano y bueno contándoles mis campañas, siendo así que más de cuatrocientos mil compañeros míos quedaron sepultados en las nieves de Rusia o en los campos de Borodino y de Smolenk o se ahogaron en las aguas heladas del Beresina...

—¿Cuántos italianos entre ellos?—preguntó Francisco Bosco.

—¡Dios lo sabe! Yo sólo sé que de los espléndidos regimientos que la víspera de la partida revistó el príncipe Eugenio en la plaza de Milán, y eran treinta mil veteranos, apenas si volvieron mil de Rusia...

—¡Gracias a Dios que todo eso ha pasado!—exclamó desde su rincón la madre de Bosco.

El veterano sonrió escépticamente, pues no creía en la paz; ningún soldado cree en la paz. Se le había apagado la pipa y cogió el candil para encenderla otra vez.

—¡Ese fué el comienzo del fin!—dijo Bosco.

Y su mujer agregó:

—Dios se cansó de tantos pecados y tomó la palabra..., ¿no es así?

—¡Así es, señora Margarita! ¿Me ha dicho que se llama Margarita? ¡Pues así es! Cuando Napoleón arrebató sus estados al Santo Padre, y nombró rey de Roma al hijo que tuvo de su segunda mujer, María Luisa la archiduquesa austríaca, viviendo Josefina, los piamonteses, que somos católicos por encima de todo, presentimos su desgracia y la de los que lo ayudaban en los sacrilegios. Era tan grande su poder, que parecía imposible su caída. Pero Dios, con un dedo, puede más que todos los reyes juntos con todos sus cañones, y no tardó en vengar a su Vicario en la tierra. El año 14 los alemanes y los prusianos y los rusos entraban en París, y el que había repartido tantos reinos entre sus hermanos y sus mariscales, no tuvo para él más que unas rocas desiertas, perdidas en los mares, donde lo han sepultado vivo los ingleses...

—Y el Santo Padre ha recobrado su libertad y su reino...—añadió Bosco.

—Sí—respondió el veterano—. El Emperador mismo lo devolvió a sus Estados, cuando empezó a comprender que la mano del Señor era más potente que la suya. ¿Y sabéis el destino de Murat, a quien él encargó la ejecución del decreto de Shömbrunn?

A la pobre casita de los Becchi llegaban tardíamente las más grandes noticias, y aquel suceso era demasiado reciente para que lo supieran ya; como que apenas databa del mes anterior.

—Nada sabemos—respondió Bosco.

—Pues bien, sabed que Joaquín Murat ha sido fusilado en Pizzio, por orden del verdadero rey de Nápoles, Fernando de Borbón.

Aquella noticia fué acogida con piedad, como una sentencia de Dios, y Margarita Occhiena, que tenía entrañas de madre, pensó en la suerte del niño, hijo de María Luisa, sobre cuya débil cabeza la mano de su padre había puesto la pesada diadema de los reyes de Roma.

Se atrevió a preguntar por él, y el veterano le explicó que Napoleón II tenía tres años y se había refugiado con su madre en los dominios de su abuelo el emperador de Austria.

—Su historia no está escrita todavía, y nadie podría anunciar lo que le reserva el destino: ¿será rey algún día, o morirá olvidado como el hijo de Luis XVI?

Margarita Occhiena se había puesto a mecer a Juancito que lloraba. El veterano se aproximó a la cuna. A la luz de la candela su cabeza y sus grandes bigotes proyectaban una sombra extraña en la pared.

Juancito no tuvo miedo y se puso a sonreír, lo cual llenó de vanidad el corazón del soldado.

—Ya ven ustedes cómo yo entiendo a los niños. ¡Arriba, Juancito!

Lo levantó de la cuna, y el hijo de Bosco dejó de mirar la sombra de la pared para fijarse en la cara desconocida de aquel hombre que lo tomaba en sus brazos. Y tampoco se amedrentó. Su sonrisa, por el contrario, fué más graciosa, y en sus ojos negros secáronse las lágrimas y brilló la inocente alegría.

—¡Quién pudiera saber el destino de un niño!—exclamó el veterano.

—¡Secretos del Señor!—dijo Margarita Occhiena enternecida.

—¡Indudablemente! Ni la historia del hijo de Napoleón, ni la historia de su hijo están escritas. Pero si a mí me preguntaran, yo diría que la de este niño, señora Margarita, va a ser más larga y más gloriosa que la del otro.

—Mis hijos no tendrán historia—dijo Bosco.

—Conque sirvan a Dios en vida y mueran santamente—agregó Margarita—, yo seré dichosa.

—¡Allá veremos! Anoche soñé que un niño, nacido el año que ha visto hundirse al más grande de los guerreros, será grande también, y dará a nuestra pobre Italia una gloria más benéfica y duradera que la de Napoleón... ¿Por qué los sueños no han de ser avisos de Dios alguna vez? ¿Por qué ese niño que yo he soñado no ha de ser éste? ¡Vamos!, estoy perdiendo tiempo; es hora de que ustedes duerman y que yo parta... *Allons, mon camarade! Voila le regiment qui passe!*

El joven soldado se incorporó como si en verdad hubiera creído ver pasar su regimiento y hallarse en retardo.

Invitáronlos a quedarse: podían darles alojamiento en el pajar, donde montones de heno limpio y fragante les servirían de cama.

El veterano agradeció. Preferían marchar de noche, y esconderse de día en las granjas o en los bosques. El, es cierto, no corría gran peligro si caía en poder de los soldados, porque su tierra estaba en paz y sus papeles más o menos en regla. Pero su joven compañero, que no conocía la lengua, ni los caminos, no tendría la vida segura hasta haber pasado la frontera, porque...

El veterano se mordió la lengua y no quiso explicar por qué su compañero podría ser fusilado si caía en poder de las tropas del rey de Cerdeña. Y sus huéspedes respetaron aquella prudencia.

La puerta cerróse luego detrás de los dos soldados, que desaparecieron en la lóbrega noche.

Un rato después, en la casa de Bosco, dormían todos apaciblemente. Sólo Margarita Occhiena velaba rezando el rosario, y pensando en los dos niños, a quienes el veterano había comparado, su Juancito y el hijo de Napoleón.

—¡Su historia no está escrita!—había dicho.

Y, en efecto, pocos años después, el desventurado príncipe moría en donde había vivido, enfermizo y olvidado, en aquel palacio de Shömbrunn, desde donde su padre arrebató al Papa el reino de Roma, para dárselo a él.

Por el mismo tiempo, Juancito Bosco pastoreaba una vaca en un prado de los Becchi.

II

UN SALTIMBANQUI APÓSTOL

Desaparecido de la escena el gran soldado, el mundo, que ignora ya el sabor de la paz, cae en un largo estupor.

Apenas podemos formarnos una idea de la miseria de Europa. Comarcas fértiles, arrasadas por el paso de los ejércitos. Poblaciones mermadas por las levas, el hambre y las pestes. Comercio esquilmado por los tributos; fábricas cerradas; escuelas vacías; museos despojados de la flor de sus obras maestras; templos saqueados y enmudecidos, pues con el sagrado bronce de sus campanas se han fundido cañones.

Las Universidades desiertas, pero los Clubs llenos. Entre los escombros de las ciudades vivaquean las sociedades secretas, amontonando las astillas de la religión y de las creencias, para encender una revolución que esta vez será universal.

El año 16 la sequía y las heladas destruyeron los sembrados en el Piamonte. Los víveres llegaron a precios fabulosos. Un padre de familia, jornalero, no alcanzaba

a pagar con el salario de un mes la polenta de una semana.

Los obreros sin trabajo en las ciudades se volcaban en los campos. Y los jornaleros de la campaña acudían, hambrientos y desesperados, a las ciudades. Al borde de los caminos se encontraban cadáveres con la boca llena de pasto.

El año siguiente, para la humilde casita de los Becchi, donde hemos entrado, fué todavía peor, porque murió casi repentinamente Francisco Bosco, el jefe y el sostén de la familia.

Su viuda, Margarita Occhiena, es como aquellas mujeres de la Biblia, de cuyas manos brotan los milagros.

Pone en Dios su confianza y afronta los malos tiempos con industriosa economía. Tiene a su cargo su suegra, casi inválida; sus dos hijos: Juan, de dos años, y José, de tres, y su hijastro, Antonio, de doce. Además aquellos dos mozos jornaleros, a quienes no despide por no condenarlos a la mendicidad.

Podría vender el campo heredado; pero no, ni un terrón. Prefiere trabajarlo. Su suegra en la casa, limpiando, remendando, cocinando. Ella, con los mozos y sus hijos, aun los más pequeños, para quienes descubre siempre trabajo, en la tierra, con la azada, con la hoz, con la guadaña. A la noche, después que se han ido sus visitas, vela hasta muy tarde, aunque se levante al alba.

Castelnuovo está a dos leguas, y en los días de mercado, por malo que sea el tiempo, ella es de las primeras en llegar. Lleva en sus canastos y en su carrito, tirado por un jumento, granos, patatas, pan y vino. A veces gallinas, huevos y legumbres. Lo que produce su pequeña granja. Cuando sabe que en Chieri se están pagando mejores precios, va a Chieri, que dista el doble.

En su ausencia sus hijos conducen sus dos vacas al pastoreo, y las cuidan horas de horas, para que no invadan los sembrados ajenos.

Como en vida de su marido, su puerta no se cierra nunca a los pobres.

¡Y cuántos pobres hay en el Piamonte!

Un día es una vecina cuyo marido está sin trabajo. Pide en préstamo medio frasco de aceite para guisar la polenta. Otro día, un labrador que ha perdido la cosecha del maíz, y que ya le debe un pan de centeno. ¿Puede prestarle otro? Jura devolverle los dos antes de acabar la semana.

Otra vez, un desertor, que pretende pasar la frontera. Se refugia en casa de los Bosco, sintiendo cerca a los carabineros. Luego no más los carabineros, a quienes Margarita ofrece un vaso de vino, mientras el perseguido, escucha temblando, oculto detrás de unos haces de leña.

Parece que Dios multiplicase los panes del arcón de Margarita, pues siendo tan pobre y socorriendo a tantos, aún le queda para nutrir a su familia.

No sabía leer. En aquellos tiempos era muy raro ha-

llar en las aldeas una mujer que supiese leer. Mas conocía a fondo la Historia Sagrada.

En las aldeas, durante el invierno, los vecinos se reunen, después de cenar, en alguna casa. Ahorran combustibles y luz, pues con una sola chimenea encendida y un par de candiles pasan la velada.

La casa de Margarita Occhiena, o Margarita Bosco, atrae a muchos. Quién lleva una medida de aceite para la luz; quién una brazada de ramas secas; quién un frasco de vino, de aquel vino rojo y alegre que dan las viñas de Asti. Alrededor del fuego, cada cual con su labor, las mujeres algún tejido, los hombres unos zuecos o el mango de un hacha que están labrando, se cuentan las noticias del pueblo.

¿Quién se casa? ¿Quién está enfermo? ¿Ha habido algún bautizo? ¿Qué se dice del Rey? ¿Guerras, revoluciones, nuevos impuestos?

A cierta hora, uno de los vecinos se levanta, entreabre la puerta y mira al cielo. Fosco y ceniciento en las noches de nieve. Cuajado de estrellas profundas en las raras noches claras y frías.

—Son las diez. Vamos a rezar el rosario.

Rezan el rosario delante de una estampa de María Auxiliadora que Juancito Bosco ha traído en su primer viaje a Chieri y ha clavado en la pared, junto al candil.

Luego los visitantes se arrebujan en sus mantos, zamarras y capotes, porque el invierno piamontés es glacial, dan las buenas noches y se van. Y la puerta de Margarita Bosco se cierra hasta el alba, a menos que su viñedo tenga racimos maduros y haya noticias de que andan ladrones.

Entonces pasa la noche fuera, con sus muchachos y el perro, un gran perro de San Bernardo. Afortunadamente, eso ocurre de tarde en tarde, y es en el buen tiempo.

En este ambiente se va formando el corazón de Juan, a quien llaman el Boschetto, porque es el menor de la familia. Su imaginación poética se ensancha en los paisajes de la aldea. Las colinas, cubiertas de viñedos. Las praderas, sembradas de trigo o de maíz. Los bosques rumorosos, donde, al ir por leña con su hermano Antonio, encuentra nidos y pichones; y donde, en el invierno, el tío Miguel arma trampas a los lobos.

Pero lo que más excita su fantasía son los caminos que cruzan la aldea y van a Castelnuovo, y a Chieri y más allá, a Turín, donde está el Rey, y todavía más allá, a Roma, donde está el Santo Padre.

¡Qué vasto es el mundo para la imaginación de un niño de ocho años!

Aunque el sueño algunas noches lo vence, le gusta quedarse en la tertulia y oír las noticias de los hombres que vienen de lejos. No faltan quienes hayan hecho la guerra, primero en favor del rey de Cerdeña, contra Bonaparte; después en favor del mismo Bonaparte, coronado ya emperador y dueño casi de Europa entera. ¡Qué prodigiosas aventuras las que relatan! Durante el mal tiempo, cuando la vaca se guarda en el establo, los

niños deben levantarse al alba, aunque tengan sueño.

Hay mercado en Castelnuovo dos veces por semana. Su carrito no es pesado, y aun cargado de productos, como su mercancía no es mucha, un borriquito basta para llevarlo a buen andar.

Pero la mucha nieve o las lluvias suelen poner difícil el camino. Entonces Margarita se echa al hombro lo más pesado de la carga, un saco de maíz o de patatas, o la canasta con panes de centeno, y los dos chicos, José y Juan, ayudan al burro.

—Demos gracias a Dios—dice Margarita Bosco cuando han vendido su mercadería.

La vuelta es fácil, y el animalejo trota alegremente en las varas del carrito aligerado.

El Boschetto goza en los viajes a la villa, porque al mercado de Castelnuovo acuden juglares y saltimbanquis, que trabajan al aire libre.

Los paisanos les forman círculo, boquiabiertos, maravillados de sus trampas y pruebas. De repente suspenden la representación y pasan un platillo, y no hay más remedio que abrir la bolsa y echar algunos sueldos si quieren que la prueba continúe.

Pronto el saltimbanqui advierte cuál es el que nunca paga su escote, y, sin ningún cumplimiento, lo denuncia por tacaño, lo pone en ridículo y lo obliga a alejarse.

Juan es muy hábil para tender redes a los pájaros y hacer jaulas tramperas en el bosque, mientras cuida su vaca en el prado comunal. Los pájaros se venden por mi-

llares en el mercado, porque la gente rica de la ciudad no puede comer su polenta sin pajaritos.

El Boschetto es un genio comercial. No sabe leer, no ha hecho la primera comunión, pero nadie le gana a justipreciar su mercadería, y nunca deja de venderla.

Una parte de su ganancia la da a su madre. Y le queda el resto para ir a admirar, con su hermanito, a los juglares.

Como son pequeños, aunque lleguen de los últimos logran ponerse en primera fila.

Los ojos ardientes de aquel muchachito de cabellos negros y ensortijados chispean de curiosidad. Con qué avidez espía los más mínimos detalles de la prueba. El prestidigitador acaba por desconfiarle.

—Parece que quisieras aprender mi oficio; ¡guárdate de ello!

El Boschetto se ruboriza y disimula su turbación silbando una canzoneta.

Porque era verdad: él quería aprender el oficio de saltimbanqui. ¿Para qué? Una idea fija, una precoz vocación lo perseguía.

Ya había recibido el primer mensaje del cielo.

"Cerca de los nueve años—cuenta él mismo en sus *Memorias*—tuve un sueño que me impresionó profundamente, y para toda la vida."

Le pareció encontrarse en un tumulto de muchachos que se divertían jugando y blasfemando. Indignado al

oír sus blasfemias, se arroja contra ellos, generosamente, sin contar número, y empieza a repartir puñetazos para hacerlos callar.

—¡Así no!—le dice una voz—. No con golpes, sino con dulzura y caridad, los atraerás y te los harás amigos, y les enseñarás.

¿Quién le habla? Es un señor majestuoso, de mirada dulcísima. Al verlo se siente avergonzado del desarreglo de su traje y de sus puños sangrientos.

—¿Qué puedo enseñarles yo, que no sé leer, ni siquiera hablo italiano, ni he hecho la primera comunión? ¿Y quién es usted que me habla así? Mi madre me ha mandado que no me junte con quienes no conozco.

—Yo te daré la Maestra que te enseñará para enseñar a los otros. Yo soy el Hijo de la que tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

Una mujer hermosísima, de vestiduras resplandecientes, apareció, y llamándolo por su nombre, le mostró aquella multitud de muchachos transformados en osos, en perros, en lobos salvajes.

—Allí entre ellos debes trabajar. Con paciencia y humildad los cambiarás.

Repentinamente los animales ariscos se transformaron en corderitos, que se vinieron balando.

¿Qué significaba aquel sueño?

Al despertarse, Juan siente los puños y el rostro doloridos de los golpes, y luego, en la mesa, ante la familia, cuenta su sueño.

José cree en los sueños y lo interpreta así:

—Quiere decir que vas a ser pastor.

La abuela no cree en los sueños, y menea la cabeza.

La madre, pensativa, dice:

—¡Quién sabe si no será sacerdote!

Antonio, que tiene ya veinte años, y está siempre mal dispuesto para su hermanito menor, le explica rudamente:

—Eso quiere decir que vas a ser capitán de bandoleros.

Juan comprende que debe guardar en su alma aquellas comunicaciones misteriosas, y queda absorto.

Lo que más le ha impresionado son las palabras: "No con golpes, sino con dulzura y caridad te los harás amigos."

Siente confirmarse en él una vocación que siempre ha tenido: la de atraer a los muchachos, para hacerlos buenos.

Si él supiera, como un saltimbanqui o un juglar, bailar en la cuerda, y caminar con las manos y cortarle la cabeza a un pollo y resucitarlo, y comer fuego y tragar un sable... ¡Oh, entonces sí que lo seguirían los muchachos de la aldea, y aun de los pueblos vecinos!

¡Si siquiera supiese leer!

En los Becchi no había ni escuela, ni maestro. Si algún labriego quería que su hijo aprendiese algo, le era forzoso ponerlo en pensión, en Chieri o en Castelnuovo de Asti.

La madre de Juan ha pensado en esto y hasta ha ha-

blado alguna vez, pero Antonio se ha opuesto ferozmente. Mandar a la escuela a Juan significa gastar en una pensión lo menos quince liras por mes, aparte de que no ayudará en los trabajos de la casa. ¿Para qué quiere aprender a leer? ¡Que sepa arar y manejar el hacha y la azada, pues es hijo de labradores!

La imaginación poética de Juan presiente que más allá de las tierras labradas, más allá de los montes, más allá de las cosas que saben los labriegos, existen mundos maravillosos.

El quisiera aprender para enseñar.

Mira con avidez a los raros escolares con quienes se encuentra en los caminos. Van a la escuela del pueblo. Los sigue y da vueltas alrededor de la casa donde oye sus voces, cantando el silabario o repitiendo las lecciones, y a veces los destemplados gritos del maestro, seguidos de un silencio sepulcral.

Los maestros de aquellos tiempos tenían una fiera divisa: la letra con sangre entra.

Si alguno de ellos tropezó en las calles de Castelnuovo o de Chieri con aquel muchachito pálido, de ojos inteligentes, qué lejos estuvo de imaginarse que en su corazón ignorante germinaba la idea de una revolución en los métodos de la enseñanza.

No sabía leer, pero ya sabía cómo se debe enseñar: ¡No con golpes, sino con dulzura y caridad!

En su sueño aprendió Juan Bosco el sistema que ha hecho famoso los colegios salesianos, y que bastaría para

la gloria de un hombre. Sesenta y cinco años después, el niño, hecho viejo, repite con tenacidad su fórmula.

A don Santiago Costamagna, inspector salesiano en Buenos Aires, le escribe una carta que es un testamento pedagógico.

"El sistema preventivo sea nuestra característica. Nunca castigos materiales, nunca palabras humillantes ni reproches en presencia de otros. Resuene en nuestras clases la palabra dulce, caritativa, paciente. Nunca una mordacidad. Nunca la más ligera bofetada."

Ahora no nos sorprenden estas fórmulas como extravagantes o revolucionarias. Pero ¿a quién se debe? ¿Quién las ha infiltrado en la moderna pedagogía?

Viendo la ansiedad del muchacho, un vecino de los Becchi, que poseía algunas letras y guardaba en su casa un viejo silabario, se ofrece a enseñarle.

Es invierno; los trabajos del campo han cesado. Antonio deja de oponerse, con tal que en la primavera Juan vuelva a coger la azada o a conducir la vaca al pastoreo.

El Boschetto merece que le ayuden. Tiene una memoria prodigiosa, a tal punto que es capaz de repetir palabra por palabra el sermón que ha oído al cura ese domingo. Es despierto, imaginativo, nervioso.

En pocas semanas aprende a leer, y antes de la primavera sabe todo lo que de letras sabe su rústico maestro.

Vuelve a llevar la vaca al prado. En el zurrón de pastor, junto con su pan, mete un librito viejo y manoseado

que ha comprado en una librería de Chieri. Es un catecismo.

En cuanto la vaca hundía el hocico en la hierba, Juan buscaba la sombra de un nogal o de un castaño, o simplemente de algunas zarzas, y extraía el librejo del zurrón.

Los otros pastores, seguros de que Juan vigilaría su vaca y la de ellos, se iban por nidos al bosque.

Buscar nidos había sido siempre una especialidad del Boschetto. ¿Por qué ahora nunca los acompaña?

Los muchachos entraron a cavilar sobre ese misterio, y dedujeron que, desde que Juan sabía leer, despreciaba su compañía. Menos mal que se quede cuando ellos iban al monte, porque, en su ausencia, cuida las vacas de todos. Pero cuando juegan en el prado, a veces lo necesitan, y su desprecio les ofende.

¡Tienen que obligarle a juntárseles!

Un día lo interpelan. Pero el Boschetto no entiende sus razones, y continúa agachado sobre su catecismo.

Llenos de furia, se le echan encima y lo muelen a puñetazos. Cuando se han cansado de pegarle y de insultarle sin que él se defienda, el Boschetto recoge las hojas dispersas de su catecismo y les dice humildemente:

—Pegadme cuanto queráis. No tengo tiempo de jugar. *¡Quiero estudiar para ser sacerdote!*

Tal declaración los conmueve y los ilumina. Los encolerizados muchachos comprenden la superioridad del Boschetto y se avergüenzan de su propia villanía.

Desde ese día Juan se aprovechó del ascendiente que ganó sobre ellos. A la sombra de aquel mismo árbol los juntó más de una vez, para enseñarles lo que estaba aprendiendo.

Y luego, en volviendo a la aldea, como pasaran por la puerta de su casa, los hacía entrar para que rezaran un avemaría delante de su estampa de María Auxiliadora.

El Boschetto poseía no solamente el genio de los negocios, y era capaz como ninguno de vender sus jaulas y sus pájaros en el mercado de Castelnuovo. Poseía el genio de la organización y del mando. Era una época turbulenta, propicia para que del pueblo se levantaran caudillos.

Juan Bosco pudo ser mucho más de lo que le anunció Antonio, su hermano, un capitán de bandoleros. Pudo ser un tribuno, o un general, y también un banquero o un hombre de Estado.

¡Pero él quería ser sacerdote para enseñar a los niños!

Italia estaba en efervescencia. No era lo que es hoy, una sola nación que cubría toda la península, sino un conjunto de pequeños Estados autónomos.

Cuatro reinos. Los Estados Pontificios, con su rey el Papa, se extendían del Mar Tirreno al Adriático; su capital era Roma.

El reino de Cerdeña, que comprendía el Piamonte, Saboya, Niza y la isla de Cerdeña; su capital era Turín.

El reino de las Dos Sicilias, con Nápoles por capital.

El reino Lombardo Véneto, constituído por la Lombardía, con Milán, su capital, y el territorio de la antigua república de Venecia. Su rey era el emperador de Austria, que se hacía coronar en Milán, y gobernaba desde Viena por intermedio de un virrey.

Había además dos ducados, el de Parma y el de Módena, y un gran ducado, el de Toscana. Todos con príncipes independientes.

Si la multitud de fronteras y Aduanas desorganizaba el comercio, en cambio favorecía a los conspiradores. Siempre tenían próxima una frontera de un país, a menudo rival, donde podían escapar a la Policía y seguir conspirando.

Aquella Italia, subdividida y convulsionada, era el terreno ideal para las Sociedades secretas. Y, en efecto, la masonería, con sus logias, y el carbonarismo, con sus ventas, cundían en todo el país, inclusive en los Estados Pontificios.

Sus propósitos aparentes eran políticos: realizar la unidad de Italia y emancipar del yugo austríaco Venecia y la Lombardía.

Muchos católicos, bastantes sacerdotes, se dejaron seducir por aquella idea patriótica, y se afiliaron en las ventas y en las logias.

Pero nunca más cierta la palabra de Donoso Cortés: en el fondo de toda cuestión política, hay una cuestión religiosa.

En las capas inferiores de los masones y de los carbonarios podía creerse que los planes de la revolución se limitaban a expulsar a los austríacos y a hacer de la península una Confederación, bajo la presidencia del Papa.

Los que en realidad impartían el movimiento al complicado mecanismo de las logias y de las ventas, jefes desconocidos de la turbamulta de sus afiliados, tenían un propósito más vasto y universal: establecer la República, como el medio más eficaz para destruir la Iglesia romana. El pontificado es la roca secular en que se han estrellado siempre todas las sectas. Lo mismo las que llevan en su entraña una pasión teológica, desde los arrianos hasta los jansenistas, que los que se proponen demoler un trono o cambiar una dinastía.

Por eso el odio, más profundo cuanto más secreto, de todos los sectarios contra la Iglesia romana. El protestantismo no les inspira tanta repulsión. "Conviene mantenerlo provisoriamente—decía uno de ellos—, como un puente para salir del catolicismo."

Por eso el avance de las Sociedades secretas va acompañado siempre de una progresiva descristianización del pueblo.

Un día, en el verano del año 23, Miguel Bosco, volviendo de Turín, encuentra en su camino a su sobrino Juan.

El tío Miguel es rico; ha ganado una regular fortuna tratando en ganado. Sólo de tarde en tarde visita a su hermana, que es pobre.

—Juan, dile a tu madre que el Santo Padre ha muerto.

El Boschetto recibe la noticia pálido mortal. Su madre le ha enseñado a amar al Papa; y aquel que ha muerto es el santo viejecito, que ha vivido años cautivo de Napoleón. El conoce, a grandes rasgos, su historia.

—Dile también que se corre en Turín que el cardenal Severoli va a ser elegido Papa...

El Boschetto nunca ha oído hablar del cardenal Severoli, ni su madre tampoco. Esa noche, después de la cena, la reunión de los amigos se hace a la puerta de la casa. Hace calor y es agradable respirar la brisa de los montes, que, al arrastrarse por aquellas dulces colinas. recoge el perfume de las viñas en ciernes.

Todos aprenden el nombre del cardenal Severoli, y rezan luego por el alma de Pío VII.

Un mes después saben que, en el Cónclave, el cardenal delegado de Austria se ha opuesto a la elección de Severoli, y que ha resultado electo Papa el cardenal Della Genga, con el nombre de León XII. El veto que ejercían España, Francia y Austria, ha desaparecido ya, por fortuna. Era, más que un privilegio, un abuso que se arrogaban los príncipes de las grandes naciones católicas; y en que la prudencia romana consentía, por no indisponer al futuro Papa con una nación poderosa.

Esa noche en la casa de Margarita Bosco se habla del nuevo Papa con devoción: Severoli o Della Genga son nombres sin sentido para aquellas gentes piadosas. Lo

esencial es que la barca de Pedro tiene ya su timonel. ¡Viva León XII!

¿Qué mares siniestros va a cruzar la barca del pescador? ¡No importa! Cristo va en ella, dormido como en el mar de Tiberiades, pero presente y pronto a despertarse si lo invocan.

Estamos en 1825. Las Sociedades secretas no han perdido tiempo. El ateísmo ha bajado, como una filtración, desde las capas superiores de la sociedad, los filósofos, los poetas, los políticos, a las masas obreras.

El puñal de los carbonarios y de los masones no sólo amenaza a los príncipes y a sus ministros, sino a sus propios hermanos.

¡Ay de aquel que conoce los secretos de las ventas o de las logias si no se presta a guardarlos y a cumplir sus más crueles instrucciones! Esa es la razón de muchos crímenes que desconciertan a la Policía, por misteriosos e inexplicables.

Sin embargo, alguna vez los criminales caen en manos de la Policía, como les ocurrió a Targhini y Montanari, dos carbonarios.

Habían asesinado a un compañero por el delito de no asistir más a las reuniones de la venta. Enjuiciados y convictos del crimen, que no era el primero que cometían, fueron condenados a muerte.

Era el 23 de noviembre de 1825. Un sacerdote los acompañó hasta el patíbulo, alzado en la plaza del Pueblo, en Roma.

A pesar de los progresos del ateísmo, rarísima vez los condenados rechazaban los auxilios de la religión.

Ante la certidumbre de la muerte, sus creencias revivían, y la gracia triunfaba.

Targhini y Montanari sienten sobre ellos los ojos de sus compañeros de las ventas y de las logias, de los que hay centenares en el inmenso público que presencia la ejecución. Y se obstinan en morir como ateos.

El primero en subir al cadalso es Targhini. En el pavoroso silencio de la plaza se escucha su lúgubre profesión de impiedad:

—¡Pueblo: muero inocente, masón, carbonario e impenitente!

Su cabeza cae. Montanari lo sigue. Es menos enfático y más brutal. Coge la sangrienta cabeza de Targhini, la besa, y dice al sacerdote, que todavía lo exhorta:

—Es una cabeza de cebolla que han cortado; nada más.

Aquellos dos vulgares asesinos, por el solo hecho de haber sabido morir impenitentes, son considerados mártires del ateísmo. Las Sociedades secretas se regocijan y esperan que todos sus miembros sabrán morir así; mientras el horror de aquella muerte sin esperanza corre por las venas del pueblo cristiano.

El Boschetto piensa que si, en su niñez, Targhini y Montanari hubieran tenido una madre como la de él, o un compañero que les enseñara a rezar, no se habrían perdido. Oye siempre las palabras del sueño: "Con dulzura y caridad te los harás amigos."

Ahora que sabe letra por letra su catecismo y muchos episodios de la Historia Sagrada, puede comenzar su apostolado.

También sabe otras cosas, que ha aprendido con larga paciencia y a costa de muchos golpes y bastantes sueldos echados en el platillo de los saltimbanquis.

Ha acabado de conocer sus secretos. En su casa hay un sitio escondido, donde crecen dos jóvenes perales. Ata una cuerda que va del uno al otro y trepa con un balancín y camina sobre ella. También sabe echar las cartas y hacer juegos de prestidigitación.

Su tenacidad, su robustez, su natural ingenio, su memoria prodigiosa, vencen todas las dificultades, y aquel año se encuentra capaz de dar representaciones al aire libre, en un prado cualquiera de los Becchi.

Lleva su cuerda, un pedazo de alfombra, su mazo de naipes, un cubilete, una caja de doble fondo que él mismo se ha fabricado, los utensilios de un charlatán de feria. Lleva también una gallina, un conejo, un pichón, o los pide prestados a un vecino.

Su voz es potente y fina, y llega a todos los rincones de la aldea.

—¡Vengan, vengan mis amigos! Vengan los que quieren conocer los secretos de la ciencia moderna. El agua transformada en vino en una botella tapada. Una cebolla convertida en un conejo vivo, en el fondo de un

sombrero. La edad de las viejas, declarada por los naipes. Los dados mágicos, que nuncan pierden. Todo lo enseñaré sin cobrar un sueldo a nadie, y por el solo placer de divertirlos honestamente...

Como es domingo y hay muchos desocupados tomando el sol en los bancos de piedra, frente a cada casa, se le forma pronto un corro.

—¡Es el hijo de Margarita! ¿Qué puede saber? Ni siquiera ha hecho la primera comunión.

—Pero dice que no cobra nada. Vamos allá; cualquier cosa que nos muestre, por ese precio saldrá barata.

Ya en primera fila están los camaradas de Juan y alguna que otra vieja, segura de que los naipes manejados por el Boschetto no son capaces de delatar su edad. Los hombres, recelosos de ser engañados, se aproximan lentamente.

—¡Vengan, mis amigos! Verán cómo se baila una danza en la cuerda floja. Y verán un hombre que camina con las manos y bebe un vaso de agua que lleva con los pies...

—¡Vamos pronto, Boschetto! ¿Aguardas acaso que lleguen los de Murialdo, o los de Capriglio, o los de Castelnuovo?—le gruñe un viejo, fastidiado de sus preparativos.

—No, ciertamente—responde Juan con despejo—. Yo no quiero trabajar sino para los habitantes de mi pueblo. Aunque tal vez fuera mejor irme a Murialdo o a

Castelnuovo, porque dice el Señor en el Evangelio que nadie es profeta en su tierra... Y, a propósito... ¿Han ido ustedes a misa esta mañana?

—¡Es claro que hemos ido!—responden los muchachos, mientras los grandes se indignan de la pregunta—. ¿Con qué derecho nos interroga el mocosuelo? ¿Por ventura no somos buenos cristianos?

Efectivamente, era raro en los tiempos del Boschetto hallar en una aldea del Piamonte quien faltase a la misa del domingo, por malo que fuese el día, con nieve o con lluvias.

Pero ¿habían entendido la plática del sacerdote? ¡Allí los quería ver el Boschetto!

—¡Ya sé que todos han ido a misa! ¡No faltaría más! ¿Somos acaso turcos? Pero ¿cuál es capaz de repetir lo que ha dicho el señor cura en el Evangelio? ¡Ninguno! ¡Ya me lo imaginaba! Bueno, pues yo soy capaz de repetirlo todo, sin cambiar una sola palabra. Oíganme, y al que note que cambio una sola palabra, le daré un juego de bochas nuevas, que yo mismo he fabricado.

Con pasmosa memoria Juan repetía la plática del cura. Los paisanos lo escuchaban abriendo la boca. ¿Cómo era posible que aquel rapaz de diez años recordase tan maravillosamente lo que ellos apenas habían entendido?

Para hostigar la atención de su auditorio, de cuando en cuando introduce alguna alusión de su cosecha, que los hace reír.

Alguno del corro se aparta con señales de aburrimiento. El Boschetto lo interpela:

—¿Se va, señor Bartolo? ¿No quiere oír hasta el fin la palabra de Dios? ¡No sabe lo que pierde! Además, no verá el agua transformada en vino, lo que es muy útil para el que tiene botellas y no tiene viñas; ni sabrá, por los naipes, la edad de mamá Catalina...

—¡Vamos, Boschetto! ¡No te metas conmigo!—protesta la viejita aludida por Juan—. Termina el sermón y muéstranos tus habilidades.

Terminaba su plática, se santiguaba devotamente y comenzaba sus experimentos.

¡No! ¡No son más diestros que él los charlatanes de las ferias, que dicen venir de Roma y de Turín y haber dado representaciones ante el Papa y el Rey!

¡Es el hijo de Margarita, el pastor de los Becchi! ¿Dónde ha aprendido estas artes? ¿Quién ha sido su maestro?

Poco falta para que alguien lo crea en pacto con el diablo.

De pronto, en lo mejor de una prueba, se detiene.

—Luego voy a mostrarles el final. Ahora recemos el rosario.

Protestas, rezongos de los más ariscos, partida de algunos. Nada lo impresiona.

—El que quiera ver el final del experimento, este pollo sin cabeza, resucitado y cantando mejor que antes, tenga paciencia un cuarto de hora y rece con nosotros. El que no quiera, que se vaya...

Podía irse alguno de los grandes a jugar a la morra y a tomar un trago en la taberna; pero ninguno de sus camaradas los pastorcitos se movía. Había adquirido sobre ellos gran ascendiente, y consentían en rezar el rosario...

Luego venía el premio. El pollo, que permanecía decapitado sobre la alfombra, era metido en una canasta, y de repente se ponía a cantar y saltaba afuera, más vivo que nunca.

El corro, maravillado, aplaudía al Boschetto.

Su hermano Antonio ha presenciado a escondidas aquella extravagante parodia de los juglares. Está sorprendido, a su pesar; pero le enfurece el prestigio que Juan va ganando en el pueblo.

—¡Imbécil! Se han reído de ti. Parecías un verdadero charlatán.

—¡Bah! ¿Qué importa?—replica Juan, a quien no conmueven ni los elogios, ni las censuras, porque tiene el corazón más arriba que todas las cosas del mundo—. Los he divertido honestamente; no han blasfemado, han escuchado un sermón y han rezado el rosario.

III

QUINCE LIRAS ANUALES DE SALARIO

Primavera del año 26. Juan se entrega por completo a los trabajos del campo. En marzo de ese año ha hecho la primera comunión. Pero Antonio, aunque lo vea en los rastrojos con la azada o con el hacha en el monte, sigue persiguiéndolo. ¡Nunca será un verdadero labrador!

En un pueblo cercano, Buttigliera, habían comenzado a dar una misión. Las circunstancias y la fama de los predicadores atraían gente de toda la comarca.

Regresaban al atardecer con las últimas luces del crepúsculo. El camino era largo y polvoroso, pero grato el andar entre amigos, en esa hora perfumada por las flores de la nueva estación. En la falda de las colinas, en el fondo de los valles, en donde quiera que hay una casa, brilla la amorosa estrella de un hogar. A veces también es la fragua del herrero.

Juan no había dejado de ir un solo día. Para aplacar a su hermano comenzaba las tareas antes del alba, y

las proseguía en la noche. Así, la mitad de la tarde era de él, y acudía a Buttigliera con su madre.

Esa vez volvía solo, sin mezclarse en los grupos, rumiando lo que había oído.

Algo apartado también caminaba un viejo sacerdote, Don Calosso, capellán de Murialdo. Todos lo conocían y lo respetaban, pero ninguno se atrevía a acercársele.

El clero del Piamonte, y de toda Italia en aquella época, era excesivamente reservado y celoso de su dignidad. Sus ministros se creían obligados a mantener a distancia a los paisanos. Ganaban el respeto de sus feligreses, pero no su amor y menos su confianza.

El Boschetto, expansivo y tierno, sufría con aquella frialdad.

"Si yo fuera sacerdote, saludaría a todos, hablaría a todos, me haría querer de todos. Y así les podría enseñar y guiar..."

Pues bien; he aquí que aquel sacerdote, respetable por sus canas y por su dignidad, que marcha a pie de Buttigliera a Murialdo, se detiene en mitad del camino, lo llama y le interroga cariñosamente.

—Todos los días te veo volver de la misión.

—Sí, señor, todos los días voy; me gusta oír al predicador.

Don Calosso guiña el ojo, sonriente, pero escéptico.

—¿No sería mejor que tu madre te hiciera una plática? ¡Qué habrás podido comprender del sermón!

—Mi madre me hace buenas pláticas, pero también

me lleva a los sermones, y me parece que les entiendo.

El viejo sacerdote acaricia los cabellos ensortijados del rapaz. Le hace gracia su despejo.

—Si me dices solamente cuatro palabras del sermón de hoy, te daré... ¡cuatro sueldos!

Ahora es Juan el que sonríe, y piensa: "Si Don Calosso me quiere pagar un sueldo por cada palabra que le diga, le voy a arruinar."

—Hoy ha habido dos sermones. ¿De cuál de los dos quiere que le hable?

—Del que te haya gustado más—responde Don Calosso, metiendo la mano en la faltriquera y haciendo sonar la calderilla—. Con que me digas cuatro palabras, te daré cuatro sueldos... ¿Te acuerdas de lo que se trató en la primera plática?

—De la necesidad de no demorar la conversión a Dios.

Se habían puesto a andar de nuevo, pero al oír la respuesta del Boschetto, Don Calosso se queda plantado. Sus sueldos corren peligro. ¡No importa!

—¿Y sabes lo que se dijo sobre ese punto? Te daré cuatro sueldos...

Don Calosso no necesita concluir, porque ya Juan le ha dicho más de cuatro palabras. Repite el sermón como si lo estuviera leyendo.

La gente se detiene, maravillada. Pero los de los Becchi, que conocen la portentosa facultad del Boschetto,

pasan de largo. ¿No conocían ustedes al Boschetto? ¡Ya tienen para rato!

—El que demora su conversión a Dios corre tres peligros: que le falte tiempo; que le falte voluntad; que le falte gracia...

Allí, sobre el camino blanco, a la orilla de un trigal dormido en la azulada paz del crepúsculo, a tiempo que se encienden las mudas estrellas, están media hora, y acaban por quedar solos. La voz dulce y timbrada del Boschetto surge sin tropiezo, como una cinta de seda.

—¡Señor, Señor!—exclama para sí Don Calosso, echando mano al bolsillo en busca de una pieza de plata—. Este muchacho es un portento.

Y en alta voz:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Dónde has estudiado?

—Me llamo Juan. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Sé leer y escribir un poco.

—¿Has estudiado el Donato? ¿Y la Gramática?

—No sé qué es eso. Yo no he estudiado nada. ¡No puedo!

—¿Por qué?

—Mi hermano Antonio no quiere. Dice que un labrador no necesita aprender en los libros.

—¿Y tú para qué querrías aprender?

—Para ser sacerdote y enseñar a mis compañeros y a los niños, que se vuelven malos porque nadie cuida de ellos.

—¿Sabes ayudar a misa?

—No mucho...

—No importa; ven mañana a Murialdo. Me ayudarás la misa, y arreglaré tu asunto.

Antes del alba ya está Juan camino de Murialdo.

¡Qué bien saben los penetrantes perfumes de una limpia mañana, a tiempo que el sol asesta sus primeras lanzas de oro sobre las colinas de los Becchi!

La iglesia de Murialdo está desierta a esa hora, y a nadie escandalizan los errores del audaz monaguillo, que no sabe ayudar a misa.

Luego, en la casa parroquial, ante una mesa cargada de libracos, Don Calosso coge la pluma.

—¿Eres capaz de dictarme la segunda plática de ayer?

—No la sé en italiano, la sé en piamontés.

El Boschetto cree que, cuando se trata de escribir, hay que hacerlo en italiano.

—Díctala como la oiste, en tu dialecto.

Después de una hora de escribir, bajo el dictado de aquel pastorcito, el capellán de Murialdo se agarra la cabeza.

—¡Prodigioso, prodigioso!... Yo me encargaré de hacerte estudiar. Ven mañana a verme con tu madre.

Pero apenas sabe Antonio que Juan va a ir a Murialdo a tomar lecciones de italiano y de latín, monta en cólera. ¡De ninguna manera! Cuando los trabajos son más urgentes, no puede consentir que Juan, que ya pierde la

mitad de la tarde oyendo sermones, pierda el resto del día aprendiendo cosas inútiles... ¡Italiano, latín! ¡Bah! ¿Para qué sirve eso?

Margarita Bosco no se animó a hacerle frente, y Juan no volvió a Murialdo. Hasta que un día, en el otoño, se encontró el Boschetto con el viejo capellán.

—¿Entonces tu madre no quiere que estudies?

—No es ella; es Antonio el que se opone.

—¡Que quiera o no quiera tu hermano Antonio, yo te enseñaré! Desde mañana irás a casa con tus libros y cuadernos que tengas. ¡Vamos a ver quién puede más!

El viejo sacerdote está dispuesto a jugar su autoridad en aquella lucha. Margarita consiente en desafiar las iras de Antonio, y Juan, desde el día siguiente, va al pueblo vecino, distante media hora. Aprende italiano y latín. Luego, en su casa, trabaja cuanto puede para desenojar a Antonio. Este aguanta callado hasta fines del invierno, cuando renacen las tareas del campo. Un día se apodera de libros y cuadernos.

—¡Quiero que esto concluya de una vez! ¿Qué necesidad hay de tanto latín y de tanta Gramática en la casa de unos labradores? ¡Yo me he criado fuerte y no conozco eso!

Juan escucha con indignación los despropósitos de Antonio, y no puede contener su genio vivaz.

—¡Hablas mal y no te das cuenta! Por muy ignorante que seas, nunca serás más fuerte que nuestro burro...

No ha concluído Juan su picante observación y ya va con los pies en el pescuezo, huyendo del enfurecido Antonio, que quiere cobrarle aquella burla terrible. Gracias a sus buenas piernas se escapó de una brava paliza.

Su madre misma no podía librarlo de la incesante persecución, y un día resolvió alejarlo de su casa. Le dió un envoltorio con alguna ropa y sus libros, lo acompañó un trecho por los caminos, cubiertos de nieve en aquella sazón, y sin derramar una lágrima, para no afligirlo, ni enternecerse, lo bendijo y lo dejó partir.

—¡Adiós, Juan! ¡Que la Madonna te acompañe!

¿Adónde iba Juan, en la cruda mañana, lloroso y tiritando?

A cualquier parte, adonde quisieran tomarle de sirviente, sin sueldo y por la comida nada más.

En la ruta de Chieri halló una casa de parientes o amigos, y allí se ofreció. Pero en invierno falta el trabajo y sobran los trabajadores. Siguió más adelante, horas y horas. Llegaba la noche, y recomenzaba la nevada. Había comido solamente una tajada de pan seco. Tenía hambre y frío y estaba muerto de cansancio. De buena gana se habría refugiado al abrigo de uno de los matorrales que bordean la carretera para dormir hasta el día siguiente.

Pero su madre le ha dicho:

—La mucha nieve en la montaña ha echado a los lobos de sus guaridas. Algunos han bajado hasta el país.

Si la noche te sorprende, no duermas en el camino. Amanecerías helado o te descubrirían los lobos. Llega a casa de los Moglia y te darán refugio en el granero, y al alba partirás.

Pero ¿adónde está la casa de los Moglia, en aquel laberinto de senderos y de colinas y de aldeas silenciosas, que la nieve confunde y la noche va cubriendo?

El Boschetto, amedrentado, invoca a María Auxiliadora, cuya estampa lleva en el zurrón, y con el último pálido fulgor de aquel triste día descubre la granja y se aproxima.

—¿Adónde vas, muchacho, a estas horas?—le dice un viejo que aparece a la entrada.

—Voy en busca de un patrón que quiera emplearme sin salario.

—¡Mal tiempo para buscar un patrón! ¡Sigue adelante, y que Dios te ayude!

Cierra el viejo la puerta y el muchacho queda afuera, abandonado a su suerte. Por fortuna, otro hombre lo ve, y desconfiando, tal vez, de que sea un ladronzuelo que espía la ocasión de penetrar en el gallinero, le interroga:

—¿A quién buscas, niño?

—A Luis Moglia.

—Soy yo; ¿qué quieres?

—Mi madre es Margarita Bosco; no puede tenerme en casa, porque mi hermano mayor me pega. Me ha mandado venir aquí; deme cualquier trabajo.

—¡Pobre niño! Yo no tengo trabajo que darte. Hasta después de la Anunciación no habrá nada que hacer. Vuélvete a tu casa.

—Yo no pido salario. Conque me deje dormir en el granero y me dé la comida, trabajaré cuanto quiera.

—Te he dicho que no. En mi casa no necesito criado. Ni debes ser capaz de nada. No puedo tenerte.

El Boschetto se sienta en el umbral de piedra y se pone a llorar.

—Usted dice que no sé hacer nada. Ensaye mi trabajo y quedará contento de mí. No me mande a casa, porque mi madre no me recibiría.

Al oír aquella suplicante voz infantil, sale Dorotea Moglia y dice a su marido:

—Probemos de tener a este niño algunos días.

Y Teresa Moglia, muchacha de quince años, hermana del dueño de la granja, añade:

—Yo soy grande ya para cuidar las vacas en el prado. Puedo hacer otra cosa, y él hará mi oficio.

Luis se dejó convencer, y esa noche el Boschetto durmió en el granero de los Moglia.

Ocho días después, el amo se decía: "Las mujeres tienen mejor instinto que nosotros. Este muchacho es el mejor sirviente que he tenido. Le voy a pagar un buen salario: quince liras anuales."

Era lo más que entonces ganaba el que cuida de las vacas y hace recados en una alquería.

Allí estuvo dos años. En los días de fiesta, o cuando el mal tiempo impedía el trabajo, reunía en el granero a los chicos de la vecindad, les enseñaba el catecismo y los divertía con sus suertes de payaso.

Cuando salía, llevaba sus pobres libros rotos y desencuadernados para leer, como en los Becchi.

Un día Ana, la hija de los Moglia, le dice:

—¿Por qué vas siempre al campo con un libro? Eso no hacen los otros pastores.

—Porque yo quiero estudiar para ser sacerdote.

La muchacha se pone a reír.

—¿Tú, Boschetto, que llevas las vacas al pasto, y das de comer a los cerdos y cavas la tierra, vas a decir misa y a confesar?

Juan la mira seriamente y le responde con tono profético:

—Sí; y tú, que te burlas siempre de mí, sabe que un día vendrás a confesarte conmigo.

Muchos años después, aquella palabra, que hizo enmudecer a la joven, se cumplió exactamente. El Boschetto era ya Don Bosco, y ella acudía a la iglesia de San Francisco de Sales, en Valdocco, y se confesaba con él.

El tío Miguel, que era el más rico de los hermanos de su madre, cuando iba al mercado de Chieri encontraba al sobrino cuidando el ganado de Moglia.

—¿Estás contento ahora, Juan?

—¿Cómo puedo estarlo, tío Miguel? ¡Yo quisiera estudiar y pasan los años!

—Yo tampoco estoy contento de verte servir en casa

ajena. Deja esas vacas, despídete de tus amos y vuelve a tu casa. Dile a tu madre que en volviendo yo de Chieri iré a hablar con ella y arreglaremos tu asunto.

El muchacho, trasportado de gozo, le cree y hace como él le indica: se despide de sus amos y regresa a los Becchi esa misma tarde.

Esa noche sí que durmió Juan, a la orilla del camino, bajo la llovizna de septiembre y sin preocuparse de los lobos.

¡Ah! Mamá Margarita no criaba a sus hijos entre algodones. Vió venir a Juan, que había abandonado el servicio de los Moglia, y no la satisfizo la razón que él le dió.

—Si tu tío quiere correr con tus estudios, que venga antes a hablar conmigo. Y tú vuelve a los Moglia...

Con esto le cerró la puerta.

Era ya la noche, y Juan, rendido por el trabajo del día y por la larga jornada, no tuvo alientos para volverse. Además, los Moglia no lo recibirían.

Avergonzado de haber obedecido a quien no tenía autoridad sobre él, y sólo porque le mandó algo que le gustaba, quedó un rato delante de su puerta.

No se animó a llamar ni a alejarse, y resolvió esperar la venida del tío Miguel oculto en un foso, contiguo a una cerca, miserable refugio para noche tan cruda.

En la madrugada lo despertaron los cascabeles de los carritos que iban al mercado. Permaneció escondido, temeroso de que Antonio lo descubriese.

Por fin apareció el tío Miguel y habló con su madre.

Pero el buen hombre había prometido más de lo que pudo cumplir. No se halló escuela para Juan, sea que no hubiese vacante, sea que el tío no quisiera soltar las liras que costaba la pensión.

Entonces, Don Calosso, el viejo capellán de Murialdo, recibió en su casa a Juan, y prosiguió sus lecciones.

—No te preocupes del porvenir. Vivirás conmigo, y cuando yo muera, te dejaré en situación de proveer a tus estudios.

También aquella ilusión se desvaneció. Ese mismo año Don Calosso murió repentinamente sin hacer testamento, y su discípulo quedó otra vez en la calle.

Cuenta Don Bosco en sus *Memorias* que tuvo por entonces otro sueño, en que fué gravemente amonestado porque había puesto su confianza en los hombres y no en su Padre Celestial.

IV

LA SOCIEDAD DE LA ALEGRÍA

Una de esas brumosas mañanas de invierno, se presenta a la escuela comunal de Castelnuovo un extraño alumno.

Los caminos están fangosos por la persistente llovizna. Lo han visto llegar por el rumbo de los Becchi, los zapatos en la mano, para no embarrarlos, y un zurrón de pastor a la espalda. Lo cual indica que es pobre, que se trae consigo el almuerzo, un pedazo de queso y otro de pan, y que no piensa volver a mediodía a su casa.

Pero si es tan pobre y tan rústico, ¿por qué pretende estudiar? Sobre todo, ¿por qué va a la escuela por primera vez a una edad en que todos han pasado ya varios cursos?

Los escolares reunidos, son instintivamente crueles, y acogen al nuevo alumno con risas maliciosas que agravan su timidez.

Una cosa es contar cuentos y hacer pruebas en el

prado de los Becchi; otras, afrontar las burlas de toda una clase, en una escuela adonde se va por primera vez.

Ni siquiera el maestro le hace buena cara. Y helo aquí, como un delincuente, en presencia de la Policía.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Bosco.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

—¿A qué escuela has ido antes?

—A ninguna.

El maestro, que es sacerdote y enseña latín, mira con desdén al nuevo discípulo. Se llama Don Virano, buen hombre en el fondo, pero de cáscara amarga.

—¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Cuidaba las vacas, en mi aldea; y he estado al servicio de los Moglia de Moncucco.

En la escuela hay justamente un profesor pariente de aquellos Moglia, pero Don Virano no sabe quiénes son los de Moncucco y se encoge de hombros.

—¿Y ahora se te ocurre aprender latín?

Lo dice con tal desabrimiento, que Juan no osa responder. Los otros escolares permanecen quietos, en sus escaños, conteniendo la respiración para no perder una palabra de aquel diálogo que hace sudar sangre al nuevo alumno.

El maestro, que no siempre logra mantener tan juiciosa su clase, comprende que tiene público propicio y prosigue su interrogatorio.

—¡Conque cuidabas las vacas y ahora quieres aprender latín! ¿Y para qué quieres aprender latín?

Juan tiene lágrimas en los ojos. Le repugna descubrir el misterioso tesoro de su vocación, delante de todo el mundo, pero lo interrogan, le hacen un gran silencio, debe responder.

—¡Quiero ser sacerdote!—exclama con la garganta apretada por un sollozo.

Los muchachos estallan en una carcajada cruel. Pero el maestro, pesaroso de haber provocado esas risas, palmea en la mejilla a su nuevo alumno y le señala un puesto, en las últimas filas, adonde Juan va a sentarse avergonzado y lloroso.

Algunos días después, Don Viriano dice al Boschetto:

—Antes que el latín, debes aprender el italiano...

Es una manera de sacar de su clase a aquel rústico pastor de los Becchi. Lo pasan a una clase inferior. Nuevas escenas. Nuevo interrogatorio. Sus condiscípulos se sienten estimulados a burlarse de él. ¡Vaya una edad para empezar la gramática!

Además, es muy pobre. Llega siempre fatigado por una carrera de cinco kilómetros. Como el zurrón de pastor causa risa en los otros muchachos, lo deja en casa de una familia que le permite a mediodía ir a comer su trozo de pan en el portal, más o menos al abrigo de la lluvia y del frío.

Algunas tardes, cuando llueve fuerte, no vuelve a

casa, y duerme allí mismo, acurrucado en el hueco de la escalera.

Esa fué la existencia de Juan a principios del año 31, cuando ingresó a la escuela comunal de Castelnuovo.

Su madre había hecho frente al despótico Antonio, amenazándolo con dividir judicialmente los bienes heredados del padre, para costear los estudios de Juan.

A Antonio no le convenía la división del prado que explotaba, y consintió en que su hermano fuese a la escuela.

Por falta de dinero, Margarita pagaba al maestro con maíz, con porotos o vino. También con uno o dos de aquellos rústicos panes de centeno que ella amasaba, duros al diente, pero sabrosos en la sopa.

Lo peor de todo era aquel largo camino que tenía que hacer, dos veces por día, el escolar. Le robaba tiempo y lo cansaba terriblemente.

Acabó por proponer a aquella familia, en cuyo portal dejaba el zurrón, que le diera alojamiento; le pagaría también con pan, granos o vino. Consintieron, y Juan quedó a vivir en Castelnuovo. Mas era tan poco lo que podía pagar, que en aquella casa no le daban más que el rincón para dormir, y sólo de tarde en tarde, por compasión, algún plato de sopa caliente.

Cada semana su madre le lleva un saco de pan, que debe ser su desayuno, su almuerzo y su comida, y durarle siete días.

Ahora sí que estudia. Pero su maestro no lo toma en cuenta, y jamás le pregunta las lecciones.

Cierto día da como deber una relación en italiano del episodio de Eleazar, que prefirió morir antes que comer las viandas prohibidas.

Juan, que lo ha oído contar a su madre, lo escribe con entusiasmo.

—*Perbacco!*—dice el maestro—. ¿Lo has hecho tú solo?

—Sí, señor.

—¡No puede ser!

—Sí, señor; yo solo...

El maestro menea la cabeza, y hace leer la composición a Don Moglia, quien declara inapelablemente que Juan la ha copiado.

¡Nadie cree en el Boschetto!

Algún tiempo después, Juan logra que Don Virano lo admita en su clase de latín. Pero Dios ha dispuesto que Juan no dé un paso sin tropezar dolorosamente. Cambian de profesor. En vez de Don Virano viene Don Moglia, que tiene antipatía al pastorcito de los Becchi.

En su clase hay alumnos de varios grados; Juan está en el inferior. Un día Don Moglia dicta una versión latina a los del grado superior, y Juan se pone a hacerla, y, en terminándola, va a presentársela a Don Moglia para que la juzgue.

—¿No te he dicho que un pastor de los Becchi no

sirve para el latín?—le respondió ásperamente el maestro, sin cogerle siquiera el papel.

—Sí, sí; pero hágame el favor, señor maestro, de leer mi composición.

Los otros alumnos, cuya amistad ha acabado por ganar el Boschetto, se ponen de su parte.

—¡Sí, sí! ¡Léala, señor maestro!

Don Moglia la lee y se echa a reír despectivamente.

—¿No tengo razón? ¡Nunca ninguno de los Becchi aprenderá latín! Bosco ha copiado la composición; es imposible que sea de él.

Uno de los alumnos siente la injusticia del reproche y se atreve a objetar:

—Si Bosco ha copiado su composición, es fácil descubrir de quién la ha copiado. ¡Haga examinar las de todos nosotros!

—¡Qué me vas a enseñar a mí!—replica Don Moglia obstinado—. Te digo que no puede ser de él, porque un pastor de los Becchi no está hecho para el latín...

¡Cierto! Había sido pastor, y ese año fué sastre, y herrero, y cantor de iglesias.

Todo oficio era bueno para él. No sólo aprendía lo que un día u otro podría servirle, sino que, de paso, ganaba algunos sueldos para costearse libros.

¡Qué pasión la suya por los libros que preparaban los caminos de su vocación!

En una librería de viejo ha visto las obras ascéticas

de San Alfonso de Ligorio y sueña con poseerlas. Pero son varios tomos y cuestan veinte liras. ¿Cuándo será dueño de veinte liras?

Ayuda en la fragua a un maestro herrero que está forjando una reja. En esto oye al otro aprendiz que el domingo, en el vecino pueblo de Montafia, celebraránse grandes fiestas y habrá una cucaña con premios.

El herrero escupe en las brasas con desdén.

—¡Ya me imagino los premios que pondrán esos de Montafia! Un pañuelo, un salchichón, tal vez un frasco de mal Chianti. ¡Y vaya uno a romperse la cabeza!

El aprendiz, que es de Montafia, responde:

—Sí, señor; va a haber un pañuelo de seda, un gran salchichón y, además..., ¡veinte liras!

Esa noche Juan sueña que ha trepado a la cucaña, que ha ganado las veinte liras, y que las obras ascéticas de San Alfonso están en su poder.

¿Sabéis lo que es la cucaña? Un largo mástil plantado en medio de una plaza. Tiene en la punta varios premios, que gana el que se trepa y los coja.

La dificultad es que han pulido a garlopa aquel mástil, que no ofrece puntos de apoyo y, además, lo han jabonado.

No se concebía entonces una fiesta popular sin el juego de la cucaña.

Juan piensa en las obras de San Alfonso. ¿Por qué no? ¿Acaso el latín le ha hecho perder su habilidad de saltimbanqui?

Acude a Montafia el domingo, después de misa. Efectivamente, en la plaza hay una cucaña con una banderita en la punta, que debe de ser el pañuelo. Hay otros premios que no se advierten desde abajo, pero sí un grueso salchichón y un bolsillo.

—¿Qué hay en ese bolsillo?—pregunta tímidamente.

—¡Veinte liras! Si te animas a disputarlas, corre a inscribirte, porque ya va a comenzar la prueba.

Juan se inscribe entre los que por turno van a intentar la prueba, y espera el momento.

Uno a uno van trepando los que intentan la hazaña. Mas no bien se les llenan las manos y las rodillas de jabón, ¡brum!, al suelo. Ninguno pasa de la mitad, y el público se ríe y aplaude.

—¡Vamos, Bosco! ¡A ti ahora!

Juan se abraza al palo. Si lo viera Don Moglia diría: "¡Para esto sí puede servir uno de los Becchi, pero no para aprender latín!"

Todos habían comenzado atropelladamente. Juan, al contrario, avanza despacito, cruzando las piernas a cada paso y descansando en los talones y limpiándose las manos de aquel unto traidor. Es vigoroso y astuto. Pasa de la mitad de donde han caído todos. Más arriba hay más jabón, porque nadie lo ha tocado, pero también el mástil es más fino y sus manos de pastor o de herrero lo abarcan más fácilmente.

La multitud lo contempla. Nadie respira. ¿Será posible que un extraño al pueblo gane la cucaña? Así es.

Juan llega a la punta del palo, coge el bolsillo y el salchichón. Desdeña el pañuelo y los otros premios para que pueda seguir el juego, y baja aplaudido, sin mucho entusiasmo, por las gentes de Montafia.

El salchichón le serviría para retribuir al maestro herrero que le enseña el oficio, y con las veinte liras comprará las obras ascéticas de San Alfonso.

En las vacaciones del año 31, Juan dice a su madre que en la escuela de Castelnuovo no puede aprender mucho. En dos años ha pasado todos los cursos. ¿Por qué no mandarlo al liceo de Chieri, donde hay también un seminario?

Siempre la misma razón. ¿Con qué pagar el colegio, y el ajuar del colegial, y el hospedaje? Juan es ya un mozo, pero conserva el ingenio fecundo y amable del Boschetto.

Se echa al hombro dos sacos vacíos y se va a llamar a la puerta de los vecinos pudientes.

—¿Quién quiere dar un puñado de porotos, o un pan, o un queso para hacer un sacerdote?

—¿Dónde está el sacerdote?

—Yo soy el que quiere serlo, pero no tengo con qué pagar la pensión en Chieri, ni los libros, ni la ropa.

Una buena mujer oye aquel diálogo de Juan con los vecinos, y en pleno mercado de Castelnuovo se pone a lamentar que no haya quien costee los estudios de un joven de su aldea que ya predica mejor que muchos viejos párrocos.

Algunos señores del pueblo consienten en prestarle ayuda. Los vecinos de los Becchi se cotizan también: quién da trigo, quién harina de maíz, quién un saco de patatas. Y uno que por su pobreza no puede ofrecer más, se brinda a llevar gratis a la madre y al hijo su baúl y sus provisiones hasta Chieri, en su carrito.

Para un lugareño, Chieri es toda una ciudad. No cuenta más que nueve mil habitantes, pero posee muchas hilanderías, un seminario, un colegio, algunos conventos y muchas iglesias y hermosos palacios.

Aquel mocetón pobremente vestido, con zapatos de aldeano y gruesas manos de herrero, no tiene traza de estudiante.

El profesor lo recibe con una ducha fría delante de toda la clase.

—¡Este que llega, o es un gran talento o es un gran burro!... ¿Qué me dices tú?

Juan ya no era el tímido pastor, a quien desconcertaban aquellas acogidas. Su corazón tenía la inexpugnable fortaleza de los humildes. Respondió sencillamente:

—Soy algo entre esas dos cosas que dice usted, señor profesor: un muchacho que tiene buena voluntad y deseos de aprender.

El profesor, seducido por tanta simplicidad, replica:

—Pues si es así, estás en buenas manos; yo te ayudaré.

No tardó el nuevo alumno en distinguirse y hacer dos o tres grados en un solo curso. Era vivo de carácter; pro-

penso a la cólera más que a la paciencia; pero sencillo y afectuoso, y fácilmente ganábase amigos.

Una mañana olvidó de llevar a clase el texto de Cornelio Nepote, que iban a explicar, y para que el profesor no lo advirtiera, abrió en su pupitre la gramática de Donato.

El profesor lee la vida de Agesilao y la comenta, y, de pronto, dice a Juan que repita la lectura. Juan se pone de pie, y con el otro libro en la mano, finge que va leyendo. ¡Qué había de leer! Repite palabra por palabra lo que acababa de oír. Los alumnos advierten la superchería y con su entusiasmo lo descubren. El profesor pide el libro de Juan, y al ver que es otro, queda espantado de aquel fenómeno.

—¡Una memoria semejante es una verdadera fortuna! ¡Bosco, procura servirte bien de ella!

En esas vacaciones su memoria le ganó unas lecciones de literatura y un nuevo oficio: el de caballerizo, del cual se sirvió para aprender a montar como un artista ecuestre.

El cura párroco de Castelnuovo, Don Dassano, lo había hallado en los campos cuidando unas vacas y leyendo un libro en latín. Valía la pena ayudar a aquel mozo.

—¿Quieres ir mañana a la parroquia? Veremos cómo anda tu latín.

Al día siguiente Juan fué a casa del cura en Castelnuovo, que estaba ocupado en ese momento, y se limitó a prestarle un librote, señalándole un capítulo.

—Apréndelo de memoria y vuelve dentro de ocho días.

Juan se sienta en la plaza, a la sombra de la iglesia, en un sitio silencioso, y se lee el capítulo indicado, y otro, y otro. ¡Ya está! Vuelve a la parroquia.

—¿Qué quieres ahora?

—Ya lo he aprendido.

—¡No puede ser!

—Y también el capítulo siguiente, y otro más todavía.

Sin variar una coma, recita lo que acaba de leer. Don Dassano cierra el libro, se echa los anteojos sobre la frente, y propone:

—Si te acomoda, puedes venir todos los días. Cuidarás de mi caballo y yo te daré lecciones de latín.

—¡Y yo de literatura italiana!—exclama el vicepárroco, que ha presenciado la hazaña.

Juan empieza a ir diariamente a Castelnuovo. Entre una lección de latín y otra de literatura, limpia la caballeriza y prepara la ración del caballo, en que el párroco visita a sus feligreses de la campaña.

Muchos días, Don Dassano se queda en el presbiterio, y no queriendo privar de ejercicios a su caballo, manda a Juan que lo pasee de la rienda por los caminos.

¿De la rienda nada más? ¡Vaya! Juan recuerda haber visto en los circos saltar sobre un caballo lanzado a la carrera, y ponérsele de pie sobre el lomo, y seguir con tanta seguridad como si fuera montado.

Al cabo de unos días, y a costa de algunos golpes, él puede hacer lo mismo.

Aunque estas proezas estaban en el temperamento sanguíneo y vivaz del muchacho, no las realizaba por simple afán de diversión. Estaba seguro de que en una forma u otra, utilizaría todo lo que iba aprendiendo, por extraño que fuese.

Por de pronto, el ser más diestro y más fuerte que sus camaradas, le da ascendiente sobre ellos. Ya hay un grupo que le sigue dócilmente. En los días de fiesta, en Chieri, esos muchachos no saben divertirse sin Juan.

—¿Qué haremos hoy, Bosco?

—He pensado una cosa: vamos a fundar una Sociedad.

—¿Qué es eso?

—Y he pensado el nombre que le vamos a poner. Se llamará *Sociedad de la Alegría,* porque nos reuniremos para estar siempre alegres. Una Sociedad es eso: una reunión de muchachos que trabajan y estudian durante la semana, y el domingo se divierten... ¿Quién quiere ser de mi Sociedad?

Más valiera preguntar quién no quiere ser. Como él ha sacado una libreta para apuntar sus nombres, todos se disputan en ser de los primeros.

—¡Un momento!... Ustedes quieren ser de la Sociedad de la Alegría, pero yo tengo que imponer condiciones.

—¡Di cuáles!

—La primera, que yo no admito socios aficionados a malas conversaciones. El que diga blasfemias, o juramentos, o palabras indecentes, no puede ser de mi sociedad.

—¡Aceptado!

—Tampoco quiero socios ladrones. El otro día, un camarada me invitó a robar dinero a Doña Lucía, la buena señora que me hospeda, para comprar caramelos... ¡Eso es ser ladrón! ¡Yo no quiero ladrones!

—¡Aceptado!

—Ni quiero socios que en el colegio sean díscolos y desaplicados.

—¡Claro está!—dijeron todos impacientes por terminar aquel preámbulo.

—Pero eso no basta. Aunque sean buenos estudiantes, si no son buenos cristianos, no me convienen para compañeros, y no los necesito en mi Sociedad... ¿Aceptáis estas condiciones?

Ya lo creo que aceptan. Juan apunta los nombres de doce o quince camaradas, guarda su libreta y, como primer acto social, les propone visitar a una señora que los va a ayudar mucho a estar siempre alegres.

—¡Seguidme!

Toma el camino de San Antonio, iglesia de los jesuítas en Chieri, y lleva sus muchachos ante el altar de la Virgen y les hace rezar tres avemarías.

En saliendo les dice:

—Esta es la señora que nos va a ayudar. Ahora..., ¡vamos a Turín!

Se acerca a un vendedor de castañas asadas, que tiene su hornillo en la plaza misma, y se pone a repartir copio-

sos puñados entre sus compañeros. Luego saca una moneda de plata, sus ahorros de Dios sabe cuánto tiempo, y paga con gesto de millonario.

—¡A Turín!

La capital del Piamonte dista quince kilómetros de Chieri, y es la corte de un nuevo rey, Carlos Alberto, coronado en abril del año 31.

¡Qué alegría es el camino de Turín! La carretera está seca, y brilla un radiante sol de invierno, precioso, por lo raro, en aquella estación.

Tienen que andar tres leguas, pero qué alegre es el camino cuando se tiene esa edad y se marcha cantando, con las manos en los bolsillos..., ¡en los bolsillos, repletos de castañas calientes!

V

LA VOCACIÓN

Al año siguiente, Doña Lucía, la mujer que lo hospeda en Chieri, se va de la ciudad, y Juan tiene que buscarse otro sitio en donde vivir, sin que le cueste mucho.

Se le ocurre que un pariente, que acaba de instalar un café con billar y confitería, podrá cederle un rincón para dormir. Se llama José Pianta y es un buen hombre. Dispensa al Boschetto la mejor acogida. Pero la casa es pequeña, el café ocupa la mayor parte, y no puede ofrecer a su joven pariente más que un hueco, arriba del horno, donde se cuecen pasteles y caramelos.

—¡Hombre! ¡No está mal para las noches frías! —piensa el estudiante, y se decide a meter su baúl y su cama en aquel agujero.

Bueno, pues José Pianta no le cobrará nada por el dormitorio que le ha cedido, ni por el pan y la sopa que le dará dos veces al día; pero él tiene que ayudarlo en el café. Lo encarga del billar. Debe apuntar los tantos que

hagan los jugadores y cobrarles conforme al tiempo que pasen jugando.

Los jugadores no tardan en advertir la cara avinagrada del muchacho, cuando sueltan una blasfemia o se descarrilan en una mala conversación. Algunos se contienen, pero otros ponen la queja al patrón: con ese testigo no pueden jugar a gusto.

Juan pasa a la trastienda, donde se fabrican los dulces y las masas. Tanto mejor, aprenderá el oficio de confitero. Al poco tiempo, no sólo sabe confeccionar toda suerte de tortas y pasteles, sino que ha inventado algunas recetas.

El patrón está encantado y le propone que abandone sus estudios y se haga confitero, y le ofrece un jornal.

Juan no acepta. Pianta ofrece jornal doble; Juan vuelve a negarse.

—¡Ya sé lo que tú quieres!—exclama Pianta regocijado de su propia malicia—. Esta vez no te negarás: te ofrezco asociarte en mi negocio; ahora te daré el tercio de las ganancias, y dentro de dos años, la mitad... ¿Qué tal? ¿Te acomoda?

Y temiendo de la terquedad del mozo una tercera negativa, le pide que lo piense y le responda al otro día.

Juan, sonriendo, se va ese día a clase. Se imagina la cara que pondría su madre si le dijese que va a dejar los estudios para ser confitero.

La *Sociedad de la Alegría* había progresado. Ya eran más de veinte socios que le aguardaban todos los domingos en la *Puerta turinesa* o en la plazuela de San Antonio, según lo disponía él la víspera.

Aconteció, sin embargo, que empezó a relajarse la disciplina, porque llegó a Chieri un saltimbanqui a dar representaciones, precisamente en la plaza, frente a la iglesia, a la hora en que los socios asistían al catecismo.

El primer día, cuando sonó la trompa del charlatán, unos cuantos socios abandonaron la devoción y se fueron a ver las pruebas. El segundo día, el desbando fué general, y Juan se fué con ellos. A mal tiempo, buena cara. A ver cómo salía del paso y recobraba el prestigio ante sus indisciplinados camaradas.

Denso público hay alrededor del charlatán. Juan lo observa sin decir palabra. Pronto advierte sus defectos. Cualquiera de sus pruebas él las puede hacer y mejor, pues en esos últimos tiempos, para entretener a sus compañeros, se ha ejercitado mucho en esas artes.

"Si en los prados de Murialdo—dice él mismo, con toda sencillez, en sus *Memorias*—era un pequeño discípulo, ese año había llegado a ser un regular maestro."

El saltimbanqui, mirando a Juan, de quien alguien le ha hablado, grita que todos los alumnos del colegio de Chieri juntos, no son capaces de hacer una sola de sus pruebas.

Es un verdadero desafío, que irrita a los muchachos de la *Sociedad de la Alegría*. El prestigio de su jefe está en peligro. Hay que recoger el guante.

—Me comprometo—anuncia el charlatán—a cruzar Chieri, de punta a punta, por su calle más larga, en dos minutos y medio.

Y pasea su mirada insolente por sobre el grupo de los colegiales abochornados y furiosos.

Hasta que se oye la voz tranquila de Juan:

—Yo lo cruzo en dos minutos...

Sensación de alivio y de admiración. Siempre es fastidioso que un extraño se jacte de vencer a toda la ciudad.

El charlatán se echa a reír.

—Apuesto veinte liras, si quieres correr junto conmigo.

—No las tengo—responde Juan.

—¡Nosotros las tenemos, nosotros te las damos! —contestan los socios de la *Alegría*. En ese instante, reuniendo su dinero, reunen la suma. Nombran un juez de la carrera. Juan se santigua antes de partir.

Su enemigo lo aventaja durante el primer minuto; pero luego, Juan lo iguala, lo pasa y, mucho antes de llegar a la meta, le quita toda ilusión de ganar. El saltimbanqui se vuelve furioso.

—¡Cómo se conoce que has corrido detrás de las vacas en tu país!

—Pero nunca delante de un burro, hasta hoy—le contesta uno de la ciudad, entusiasmado por la proeza de Juan.

—¡Vamos a ver! Apuesto el doble a que no saltas el

canal del agua. Me gustará verte nadar como un gato. ¡Cuarenta liras!

Vuelven a cotizarse los espectadores, y las cuarenta liras del uno y las cuarenta liras del otro, van a manos del juez, y todo el concurso se dirige a un sitio donde pasa un canal de riego, que tiene al borde un pretil de piedra.

El charlatán se coloca en posición, balancea el cuerpo y salta, y va a caer al pie mismo de aquel parapeto. Ir más allá, ni siquiera un centímetro, es imposible.

Juan considera el negocio, y desde lo íntimo de su corazón invoca a la Virgen. Si él quiere ganar, no es por amor propio, ni por codicia, sino por conservar su autoridad entre sus muchachos.

Se coloca en posición y se lanza, pero no se detiene junto al pretil, sino que apoya las manos en él, da un salto mortal, y cae de pie al otro lado.

Una salva de aplausos lo premia. Las ochenta liras son suyas.

El charlatán no se da por vencido, y apuesta de nuevo sobre otra hazaña, y vuelve a ganar Juan; y, por última vez, queriendo desquitarse de un solo golpe, apuesta cien liras a quién llega más alto, por las ramas de un árbol que allí crece.

De buena gana Juan renunciaría a aquel juego, aunque debiera devolver el dinero. Se acuerda que en su niñez, por sacar un nido, cayó de arriba de un árbol, y por poco se mató. Pero, como ocurre siempre, su público empieza a compadecerse del charlatán que ha perdido ya

cien liras, y no dejará echarse atrás a su campeón. Lo justo es que le ofrezca esa última ocasión de desquitarse.

—¿Vamos por las cien liras?—interroga el otro, seguro esta vez de su victoria, al ver la incertidumbre de Juan.

—¡Vamos!—responde éste, sin mayor entusiasmo.

Su rival se abraza al tronco del árbol, que es un olmo joven, delgado y flexible, y trepa con la agilidad de un mono, y sube tan alto, que desde abajo le gritan: "¡Basta, basta! ¡Se va a romper la rama y te vas a matar!"

—¡Esta vez sí que pierde Bosco!—dicen a media voz sus propios partidarios.

Juan se quita la chaqueta, se vuelve a santiguar, y sin decir palabra empieza a trepar. Todos guardan silencio, porque la prueba es decisiva y peligrosa. Llega al punto donde se ha detenido su rival; allí las ramas crujen amenazadoras. Se ve que vacila un instante, pero agarrándose firmemente con sus recios puños de campesino, se pone cabeza abajo y empieza a levantar las piernas. Es un juego fácil en la barra fija; pero a quince o veinte metros de altura, sin más apoyo que dos endebles ramas de un árbol que se bambolea, la cosa tiene su mérito. ¡Ya está! Sus pies sobrepasan un metro al punto adonde llegó su rival.

¡Con qué delirio lo aplauden! ¡Ha salvado el honor de Chieri y ha ganado una pequeña fortuna!

El saltimbanqui está lívido y mira desesperadamente a su vencedor.

—Hagamos un trato—le propone éste—. Yo te devuelvo tus liras, pero tú nos pagas un almuerzo a todos los socios de la *Alegría,* en la *Fonda de la Mula.*

—¿Cuántos son los socios?

—Veintidós; conmigo, veintitrés...

—¿De veras? ¿Me propones eso? ¡Vamos allá!

A dos liras por cabeza, en los tiempos del rey Carlos Alberto, y en la *Fonda de la Mula,* de Chieri, se almorzaba opíparamente. Y así lo hicieron, con gran regocijo.

Inútil agregar que nunca más el saltimbanqui volvió a hacer sonar su trompeta frente a San Antonio a la hora del catecismo de los jesuítas, donde se reunían aquellos alegres muchachos con su invencible capitán.

Aquellas satisfacciones no llenaban el corazón de Juan. Tenía presente el sueño misterioso en que vió millares de muchachos, a quienes debía enseñar y conducir. Los socios de la *Alegría* eran pocos; ¿dónde estaban los demás?

Aprovechaba todos sus momentos de libertad para recorrer las calles de Chieri. En lugares apartados solía encontrar grupos de chicos de la calle, vagabundos sin parientes y sin hogar.

¿No eran esos los lobos, los zorros, los animales ariscos del sueño, a los que debía convertir en corderitos mansos?

Allí de su ingenio y de sus artes de prestidigitador. Sentábase en un banco, o en un montón de ladrillos, y se ponía a jugar solo, y a hacer pruebas con los dados,

con la baraja, con una pelota. No tardaba en verse rodeado por un corro de admiradores.

Les ofrecía enseñarles aquellas pruebas, los entretenía hasta ganar su confianza, y fingiéndose cansado, guardaba sus trebejos y se ponía a contarles un episodio de la Historia Sagrada, con tal vivacidad y colorido, que los retenía embobados.

—¿Es posible que nunca hayáis oído esto?

Los chicos respondían que no.

—Pero ¿no habéis ido nunca a la iglesia de San Antonio? Allí hay un hermosísimo cuadro en que está pintado esto. ¿No lo habéis visto? ¡Qué lástima! ¿Queréis que yo os lo muestre? ¡Vamos allá!

Los conducía él mismo, y después de mostrarles la preciosa pintura, les hacía rezar un avemaría delante de la Santísima Virgen, la madre de los chicos de la calle, huérfanos o abandonados.

Los pobres chicos sentían fundirse en su corazón la costra de impiedad y llegar hasta ellos un rayo de ternura, y acababan rogando a Juan que otro día los fuese a buscar.

Al anochecer volvía el Boschetto al café de Pianta. Allí lo esperaba Jonás, su mejor amigo, un joven de su edad, judío de religión, que le enseñaba a cantar y a tocar el piano.

En esa época, los israelitas eran malquistos en los pueblos cristianos, y estaban obligados a vivir en barrios especiales, el famoso *gheto*. ¿Cómo se había hecho Juan

aquella relación? Alquilando libros a un sueldo por día y por tomo a Elías, un librero judío, que a veces le permitía leerlos en su tienda, sin cobrarle nada. Jonás era hijo suyo.

Juan tenía disposiciones excepcionales para la música, y aprendió bastante con el joven israelita, y le pagó muy bien sus lecciones convirtiéndolo al catolicismo. Y fué Jonás, hasta muy viejo, un grande amigo del que más tarde fué Don Bosco.

Próximo a terminar el año escolar, volvió José Pianta a proponerle entrar en el negocio de su confitería, y como Juan le respondiese negativamente, se empeñó en que había de explicarle por qué razón no aceptaba tan ventajosa oferta.

El Boschetto le responde con sencillez:

—Es que yo quiero ser sacerdote.

El otro lo mira con respeto y compasión mezclados, y lo deja en paz, juzgándolo que los estudios lo están volviendo loco.

Porque para seguir la carrera eclesiástica hasta el fin, se necesitan nueve o diez mil liras. ¿De dónde las va a sacar el mísero Boschetto?

Así es. ¿De dónde las va a sacar? ¿Acaso aquella pobreza crónica y las dificultades con que tropieza a cada paso no son un indicio de que Dios no quiere que sea sacerdote?

Su pensión en el colegio es de 21 liras por mes, y entonces ha podido pagarla, porque tres señores de Castel-

nuovo se han comprometido a darle siete liras cada uno, hasta el fin del año escolar.

Juan ve con tristeza aproximarse las vacaciones. ¿Podrá volver nunca más al colegio? En aquella angustia, un fraile franciscano, amigo suyo, del convento de la Paz, de Chieri, le propone ingresar en su comunidad, y le promete que el superior lo eximirá de la suma que debe aportar todo novicio.

Juan se llena de gozo. La Providencia parece mostrarle su verdadero camino.

En sus *Memorias* describe lo que pensaba en aquella época: "Si me hago clérigo secular, mi vocación corre gran peligro de naufragio. Renunciaré al mundo; iré a un claustro; me entregaré al estudio y a la meditación, y combatiré mis pasiones, especialmente la soberbia, que en mi corazón ha echado profundas raíces."

Resuelto a hacerse franciscano, fué a pedir ciertos documentos al párroco de Castelnuovo, Don Dassano, y le explicó su propósito.

No bien salió Juan de la casa parroquial, Don Dassano corrió a comunicar a Margarita Bosco los planes de su hijo.

En el país hacían falta buenos sacerdotes seculares, para los muchos curatos que existían. El Boschetto prometía ser de los mejores; pero si se entraba de fraile, no podría ejercer su ministerio donde el párroco deseaba.

Don Dassano no conocía bien a Margarita Bosco, y

le hizo un argumento que produjo en el ánimo de aquella mujer apostólica un efecto contraproducente.

—Trate de disuadir a su hijo de tal propósito. Usted envejece. Un día no podrá valerse; si Juan entra en un convento, ¿quién la sostendrá?

Margarita no contestó nada. Esperó que Don Dassano se alejase; echóse el manto a la espalda y se fué a Chieri, con las manos vacías para llegar más pronto.

—¡Juan, hijo mío; acabo de saber esto, esto y esto!

Juan agachó la cabeza.

—Es verdad; pero no creía necesario avisarle, porque todavía hay muchos trámites que hacer... ¿Qué dice usted? ¿Me da permiso?

—Y bien, hijo; lo que yo tengo que decirte es que debes examinar primero cuál sea tu verdadera vocación, y luego seguirla sin mirar para atrás, a nada ni a nadie. ¡Antes, la salvación de tu alma! Don Dassano quiere que yo te niegue el permiso para ser fraile, porque el día de mañana puedo necesitar de ti. Y yo te digo: en estas cosas yo no entro. Yo de ti no quiero nada, ni espero nada. He nacido en la pobreza; he vivido en la pobreza; quiero morir en la pobreza. Y ahora te digo solemnemente que si te hicieras sacerdote y, por desventura, llegaras a ser rico, yo no iría nunca más a verte. ¡Recuérdalo bien!

El tono, la actitud, las palabras de su madre se le quedaron grabadas a fuego para toda su vida: "Si, por desventura, llegaras a ser rico..."

Durante cincuenta años, por las manos de Don Bosco han pasado más millones que por las de muchos banqueros. Aquella montaña de oro con que edificó templos y escuelas y talleres y hospicios, en todas las partes del mundo, no contaminó su corazón.

¡Qué pobre de espíritu fué aquel gran tesorero de la Providencia! Las palabras sublimes de su madre no habían caído en tierra estéril.

Puesto que su madre no se oponía, Juan se confirmó en su propósito de hacerse fraile. Por los días de la Pascua del año 34, fué a Turín y solicitó su ingreso en la Orden franciscana.

Se le sometió a un examen riguroso. En el libro de los Conventuales Reformados se registra su aceptación en estos términos: *"Anno 1834, receptus fuit in conventu S. Mariae Angelorum Ord. Reform. S. Francisci Juvenis Joannes Bosco a Castronovo natus, die 17 augusti baptizatus et confirmatus. Habet requisita et vota omnia. Die 18 aprilis."*

El convento al cual iba a pertenecer era el que él amaba, por la frecuencia con que lo había visitado y su amistad con algunos conventuales: el de la Paz, de Chieri.

Todo estaba dispuesto, cuando soñó una cosa extraña.

"Me pareció ver, cuenta él mismo en sus *Memorias*, una multitud de aquellos religiosos, con los hábitos revueltos, corriendo unos en sentido contrario a los otros. Uno de ellos se me acercó y me dijo: "Tú vienes aquí a

"buscar la paz, y aquí no la encontrarás. ¡Mira cómo es-"tán tus hermanos! Otro sitio, otra mies te prepara Dios." Quise preguntar algo a aquel religioso, pero me desperté."

Profundamente impresionado, consultó a su confesor, el cual, oyendo hablar de sueños y de frailes, no quiso comprometerse, y le contestó secamente:

—En este negocio no me meto. Cada cual siga sus inclinaciones y no los consejos ajenos.

Andaba el joven sumergido en esta dolorosa perplejidad, cuando un amigo de Castelnuovo, un simple herrero, en cuya fragua había trabajado más de una vez, le hizo una indicación:

—No decidas nada sin consultar con Don Cafasso.

Este era un sacerdote afamado por su virtud y su discreción, que vivía en Chieri y a quien Juan conocía. La verdad es que no se le había ocurrido consultarlo.

Fué en su busca, le explicó su asunto y le pidió su opinión, y Don Cafasso le respondió:

—No decidáis nada ahora; proseguid los estudios, entrad al seminario y allí esperad la indicación del cielo, que no os va a faltar.

El hecho es que Juan no tenía medios materiales para seguir ese consejo. En las vacaciones, habitaba la casa de su madre, que vivía ahora en Sussambrino, con su hermano José, que se había casado.

Ocupábase en toda suerte de trabajos; era zapatero o labrador, o herrero, o carpintero, y leía en los

ratos libres y enseñaba la doctrina a los chicos de la aldea.

Por entonces cayeron en sus manos unos libritos de la Obra de la Propagación de la Fe, fundada en Francia, y que empezaba a extender su acción en Italia.

En ellos se referían la prodigiosa labor de los misioneros que llevaban el Evangelio a países remotos y salvajes, y sufrían el martirio por su fe.

El corazón generoso de Juan se inflamó. Allí estaba la clave de su sueño. Los lobos y los osos y los otros animales eran los crueles mandarines del Tonkín y los emperadores de la China, y los antropófagos del Africa. A esos tenía que convertir en corderos, obedeciendo a la voz de su misteriosa aparición.

¡No, no estaba allí el secreto de su vocación!

Terminadas las vacaciones de ese año, hallamos a Juan instalado otra vez en Chieri, siguiendo el curso de Retórica 1834-1835.

Le costean la pensión el nuevo cura vicario de Castelnuovo, Don Cinzano, y otros protectores, que fundan grandes esperanzas en el pobre Boschetto.

Por ocho liras al mes tenía alojamiento y comida en casa de un tal Tomás Cumino, sastre, que vive en la plaza de San Bernardino, cerca de la iglesia de San Antonio, adonde el joven oía misa casi todas las mañanas antes de ir a clase.

Buen hombre el tal Cumino. Primero le enseñó a pegar botones con pescuezo, y a hacer remiendos más o

menos invisibles, y cuando le tuvo confianza, le prestó las tijeras y le permitió cortar chaquetas y pantalones para sus parroquianos, que no eran muy exigentes.

Buen hombre, pero de ideas harto simples. Poco a poco se le entró en la mollera que Juan era brujo y tenía pacto con el diablo, y lo acusó a la autoridad eclesiástica.

En aquellos tiempos esa acusación era más peligrosa que hoy. Aunque no llegara a quemarse vivos a los hechiceros, como en otras épocas, los convictos de artes diabólicas sufrían graves sanciones, por ser considerados explotadores maliciosos del pueblo, ignorante o crédulo.

La verdad es que Juan, para divertir al dueño de casa y a sus amigos, echaba manos a sus artes de juglar, con tal perfección que sus hazañas parecían exceder a las fuerzas del hombre.

Cumino metía la mano al bolsillo y hallaba su dinero convertido en rodajas de cartón. Se enloquecía buscando sus anteojos, y los encontraba, después de la cena, en el fondo de la sopera de macarrones. Bebía, y el agua se le convertía en vino. Llenaba de vino el frasco, y al verter lo hallaba transformado en agua.

Se reía a veces, pero a veces se indignaba, y acabó formando un pésimo juicio del Boschetto, porque sus explicaciones no eran suficientes.

Un día Cumino celebra su santo, invitando a comer a algunos amigos. Les anuncia con mucha prosopopeya, como especialísimo plato, un pollo en gelatina que él mis-

mo había preparado. Los comensales aguardan el manjar con el agua en la boca.

Conociendo la buena pieza que es su huésped, y por temor a sus bromas, el sastre vigila a Juan y no lo deja arrimarse a la fuente del pollo, cubierta cuidadosamente. Y en el momento oportuno la trae él mismo, la coloca en el centro de la mesa y la descubre con toda ceremonia.

Y he aquí que, en vez de un pollo en gelatina, salta un gallo vivo que, al ver las luces, se pone a cantar estrepitosamente.

No, eso no tiene explicación en este mundo. Son cosas del diablo: lo que se llama la magia negra.

Al día siguiente Cumino coge el sombrero y se va calladito a consultar con un tal Don Bertinetti, sacerdote vecino suyo. Don Bertinetti coincide con él: eso es magia negra, y él mismo lo denuncia a la autoridad eclesiástica.

Correspondía el asunto al arcipreste de la catedral, el canónigo Buzzio, que no se andaba con paños tibios en negocios de brujería.

Manda llamar al presunto hechicero. Juan llega, sospechando de qué se trata, muy serio por fuera, pero bailándole la risa por dentro e ingeniándose para salir airoso del enredo.

El canónigo está rezando el breviario: hay que esperar que termine. Luego entra un pobre, a quien Don Burzio socorre caritativamente. En seguida es el turno de Juan.

El canónigo lo lleva a su gabinete, y creyendo tratar

con un redomado bribón, empieza su interrogatorio dando rodeos. Le pregunta por sus creencias y su catecismo, y Juan le da contestaciones perfectas.

Le averigua en qué se ocupa, qué gentes trata, a qué sitios concurre y no deja de sorprenderse del estilo, sin sombras de malicia, del presunto mago.

El canónigo comprende que el mozo es más ladino que él, y lo increpa:

—Está muy bien lo que tú me dices, pero no es lo que otros me han dicho de ti. Sé que penetras los pensamientos ajenos, que adivinas el dinero que uno tiene en el bolsillo, que haces ver negro lo blanco y blanco lo negro; que conoces el porvenir... Todo esto es imposible si no te sirves de la magia; aquí anda la mano de Satanás... Dime, pues, ¿quién te enseñó esa ciencia? Dímelo todo confidencialmente, y te prometo no servirme de tu declaración sino para hacerte bien.

El acusado, con la mayor tranquilidad, le responde:

—Señor arcipreste, concédame cinco minutos para contestarle.

—¡Concedido!—dice el canónigo frunciendo el ceño y temeroso de alguna trapisonda.

—Pero tenga la bondad de decirme la hora exacta.

El canónigo mete la mano en el bolsillo; no encuentra su reloj. Juan sonríe imperceptiblemente.

—Si no tiene el reloj no importa. Présteme una moneda de cinco sueldos; allí veremos la hora.

Maquinalmente el canónigo vuelve a meter la mano

con cierta inquietud. Busca de un lado, busca de otro. ¡Ni bolsa, ni reloj!

Creyéndose objeto de una diabólica burla, monta en cólera.

—¡Bribón! ¡Servidor del demonio! Ya me has robado la bolsa y el reloj. Yo no puedo callar esto; mi obligación es denunciarte, y no sé cómo me contengo y no te doy aquí mismo una paliza.

¿Pensará alguien que el Boschetto se turbó? Es no conocer el maravilloso dominio que tenía sobre sus nervios. Su actitud era tan serena, que el canónigo se sintió abochornado de su exabrupto, y, dominándose, dijo:

—Hablemos amistosamente; explícame estos misterios. Yo tenía en mi faltriquera mi reloj y mi bolsa con el dinero. ¿Cómo han desaparecido? ¿Dónde están?

—Señor arcipreste—responde respetuosamente Juan—, no hay aquí ningún misterio: todo es inteligencia rápida, preparación del terreno y ligereza de mano.

—¿Qué inteligencia puede haber en esta desaparición de mi reloj y mi dinero?

—Se lo explicaré en pocas palabras. Cuando yo entré, vuestra reverencia acababa de dar limosna a un pobre y había puesto la bolsa sobre el reclinatorio, y vi que mientras rezaba el breviario tenía el reloj sobre esta mesita. Vuestra reverencia pasó un instante a la otra pieza, y yo lo aproveché para esconder los dos objetos. Cuando volvió, no viéndolos, pensó que los tenía, como de costumbre, en el bolsillo. Sin embargo... están aquí.

Levantó Juan una pantalla, y aparecieron la bolsa y el reloj.

Se echó a reír el arcipreste y pidió a Juan otras muestras de su habilidad, las cuales se las dió el joven muy gustoso.

—¡Bravo!—exclamó Don Burzio despidiéndolo—. A los que te acusen de artes diabólicas, les contestaremos que *ignorantia est magistra admirationis.*

Don Bosco, en sus *Memorias,* se acusa de aquellas travesuras con estilo encantador de franqueza y sencillez.

"Viéndome pasar los días en tanta disipación, alguno podrá pensar que yo descuidase el estudio. No niego que habría podido estudiar más, pero puedo asegurar que la atención en clase me bastaba para aprender cuanto necesitaba. Tanto más que en aquel tiempo yo no establecía diferencia entre leer y estudiar, y con toda facilidad podía repetir la materia de un libro con sólo haberlo leído u oído leer. Además, mi madre me había habituado a dormir muy poco, y podía pasarme dos tercios de la noche a la luz de una vela, sobre los libros, y tener el día entero a mi disposición, para hacer escuela privada o repeticiones a otros, a lo cual me prestaba por caridad o amistad, si bien algunas veces me pagaban... De los tomitos de la Biblioteca Popular leía uno por día, y muchas veces me ocurrió que llegaba la hora de levantarme y yo todavía estaba en la *Década* de Tito Livio, cuya lectura había comenzado la noche antes. Esto arruinó mi salud de tal modo, que durante años anduve próximo a la tumba.

Por eso aconsejo a los jóvenes que hagan lo que se puede y nada más. La noche es para descansar. Exceptuando caso de necesidad, nadie debe, después de cenar, aplicarse a estudios científicos."

VI

SEMINARISTA EN CHIERI

De los muchos amigos que se hizo Juan entre los pastores de los Becchi y de Murialdo, los obreritos de Castelnuovo, los estudiantes de Chieri, hubo uno que entró profunda y tiernamente en su corazón.

Por él conoció la incomparable dulzura de la verdadera amistad y probó por él uno de los más acerbos dolores de su vida, tanto que al perder ese amigo estuvo a punto de morir, y se prometió no dejar atar nunca más su pobre corazón con lazos tan fuertes.

Y así lo cumplió.

Era a principio del año escolar, cuando no se conoce aún a todos los nuevos alumnos. El ya habitaba en casa del simple Cumino, y había ido de visita a una pensión, donde alguien le dijo que iban a tener un santo por camarada en el colegio.

"Tomé el anuncio como una broma—cuenta él mismo—, y no hice caso."

A los pocos días advirtió la presencia de un nuevo condiscípulo, como de quince años. Parecía tímido, pero la timidez es una forma disimulada del orgullo, y aquél no era orgulloso, más bien dulce y triste. Tampoco triste, porque la tristeza no se casa con la santidad. Era, en suma, un muchacho juicioso, que, en medio del tumulto de los demás, se destacaba por la reserva y la gracia de sus modales.

Juan, turbulento y aficionado a los juegos que requieren ingenio y fuerza, no se le acercó por entonces, ni siquiera recordó el anuncio que le habían hecho.

Pero un día vió que uno de sus camaradas pretendía que el *nuevo* jugase con él.

—Yo no sé jugar, no tengo práctica, haría una mala figura.

Existen en todos los colegios tipos de colegiales groseros y despóticos, que, por ser más forzudos o más diestros, o simplemente más audaces, pretenden dominar a los otros, especialmente a los más débiles. ¡Ay de los indefensos que no se pliegan a su voluntad! Los burlan, los persiguen, los maltratan, provocan sobre ellos el desprecio de sus satélites y amigotes, que admiran todo lo que es prepotencia y vigor.

El que había invitado al *nuevo* era uno de esos jóvenes déspotas, que no por ser groseros dejan de ser las más de las veces cobardes. Por la humildad de la negativa, adivinó la debilidad del joven estudiante y lo cogió autoritariamente del brazo.

—¡Ven conmigo! ¡Si no vienes, te llevaré a puntapiés y a puñetazos!

—Pégame si quieres, pero yo no sé jugar.

—¡Para que aprendas!

¡Plaf, plaf! Dos sonoras bofetadas en el rostro del *nuevo*. Juan corre, hirviendo de cólera. Cree que el ultrajado se animará a responder con otras bofetadas, y se apresta a ayudarlo.

Pero sólo escucha esta heroica respuesta:

—Si ahora estás satisfecho, déjame; yo no te guardo rencor.

El déspota injusto y grosero se siente humillado por aquella inverosímil mansedumbre. De buena gana se vengaría con nuevas bofetadas, pero los puños de Juan son famosos en el colegio, y sus ojos lanzan llamas de indignación. Más prudente es dejar la venganza para otra vez.

Ese día conoció el Boschetto a Luis Comollo.

A Juan, exuberante de fuerza y de impulso, le hacía bien la mesura y la prudencia de Luis; y para éste era por todas razones valiosa la protección de Juan.

Había otro muchacho, un tal Antonio Candelo, bondadoso y tímido al estilo de Comollo. Un día los más perversos se proponen aporrearlos.

El bravo pastor de los Becchi oye la gritería y llega a tiempo.

—¡Cuidado con tocármelo ninguno! ¡Son mis amigos! ¡Ay del que los maltrate!

¡Bah! El es uno solo y los otros son más de veinte. Su

generosidad les parece una insoportable arrogancia. ¡Plaf, plaf! Llueven los trompis sobre los dos protegidos del Boschetto.

Pero éste, que no cuenta a los enemigos, salta sobre ellos, y para aumentar la eficacia de sus golpes, coge a uno por las patas, lo revolea como un molinete y en medio minuto despeja el redondel.

No se crea que Luis Comollo admira la hazaña. Le agradece su protección y le hace a la vez un reproche.

—Tu fuerza, querido Juan, me asusta. Créeme: Dios no te la ha dado para dominar a los compañeros. Su voluntad es que nos amemos, nos perdonemos y devolvamos bien por mal.

Bajo aquella dulzura se esconde, pues, una insospechada energía. Juan, el fuerte, queda cautivado. Es mayor que su amigo casi cuatro años y sabe mucho más que él, y, sin embargo, a su lado se siente como un discípulo que tiene mucho que aprender.

Un día, recorriendo juntos las calles de Chieri, pasan por delante de una iglesia. Y Juan, inadvertidamente, no la saluda quitándose el sombrero.

—Tú, mi Juan, vas tan atento cuando tratas con los hombres, que no te fijas que pasas delante de la casa de Dios.

Otra vez, oyéndole citar sin reflexión una frase de la Sagrada Escritura, le dice:

—La palabra del Señor no debe servirnos para cosas ligeras.

Aquel año terminó Juan la Retórica; llegaba el momento de entrar al seminario.

¡Qué pobreza la suya! No tenía para comprar su ropa. Todo lo proveyeron los vecinos de Castelnuovo. Uno, la sotana; otro, el manteo; quién, el sombrero: quién, un par de zapatos.

El 25 de octubre de 1835, en la iglesia parroquial de Castelnuovo, viste por primera vez el hábito clerical.

"Desde ese día—refiere en sus *Memorias*—tuve que preocuparme de mí mismo. Tenía que reformar la vida que hasta entonces había llevado. Sin ser un criminal, había sido disipado, vanidoso, amigo de paseos, juegos, saltos, pruebas y cosas parecidas, que me alegraban momentáneamente, pero que no me saciaban el corazón."

Ese día escribe en una libretita que guardará preciosamente lo que va a ser la norma de su vida.

"1.—En el porvenir no tomaré parte en los espectáculos públicos, en las ferias o mercados; ni asistiré a bailes, ni a teatros y, en lo posible, tampoco iré a las comidas que suelen darse en tales ocasiones.

2.—Nunca más haré pruebas de prestidigitador, de saltimbanqui, ni juegos de mano; ni tocaré el violín, ni saldré a cazar. Todas estas cosas las reputo contrarias a la gravedad del espíritu eclesiástico.

3.—Amaré y practicaré el retiro, la templanza en comer y beber, y no tomaré más horas de reposo que las absolutamente necesarias para la salud.

4.—Puesto que en el pasado he servido al mundo

con lecturas profanas, en el porvenir procuraré servir a Dios, entregándome a lecturas religiosas.

5.—Combatiré con todas mis fuerzas toda cosa, toda lectura, pensamiento, palabra y obra contraria a la virtud de la castidad. Y, a la inversa, practicaré todas aquellas cosas, aun las más pequeñas, que puedan contribuir a conservar esta virtud.

6.—Además de las prácticas ordinarias de piedad, no omitiré nunca el hacer cada día un poco de lectura espiritual.

7.—Cada día referiré algún ejemplo o máxima útil a las almas. Haré esto con mis compañeros, mis parientes y relaciones, y, a falta de ellos, lo haré con mi madre."

En el fervor del nuevo estado, en la generosa plenitud de su corazón de veinte años, Juan exagera algunos puntos de su plan de vida. Consultado poco después el piadoso Don Cafasso, joven sacerdote que va a ser durante muchos años su consejero, le muestra la inutilidad de ciertos sacrificios. ¿Por qué renunciar a esas habilidades de ingenio, con que puede honestamente recrear a sus compañeros en horas propicias? Ciertos paseos al aire libre, o la concurrencia a las fiestas sociales, no son tampoco malos en sí mismos, y pueden servir para mantener la cordialidad entre los vecinos de un pueblo, y la amistad del sacerdote...

A Juan le parece que lo mejor es ceñirse, una vez por todas, a aquellos siete puntos. Debajo de la sotana del seminarista está aquel pastorcito de los Becchi, tenaz

hasta lo temerario. Una vez un nido, en un árbol muy alto, casi le cuesta la vida. Otra vez, por alejar del pueblo a un charlatán, la arriesga generosamente. Su voluntad fué siempre un resorte del más templado acero. Algo había detrás de esa tenacidad que rayaba en lo heroico.

Observémoslo bien: todas sus acciones están marcadas por un propósito. Lo mueve una insaciable ambición. Quiere ganar a todos, quiere atraer a todos, quiere que todos lo rodeeen y lo sigan y aprendan lo que él va a enseñarles.

No da un paso en la vida que no sea el de un conquistador. Pero sus conquistas son para su Rey. ¡Oh, Señor, mi Dios y mi Rey! ¡Dame muchas almas, como piedras en bruto, y yo te las devolveré esculpidas a tu imagen y semejanza! Lo demás no me importa.

Dios concede gracias distintas a cada hombre: a uno le da la paz, a otro la ambición.

Aquel a quien le dió la paz, no se queje cual si hubiera recibido poco, porque es un gustosísimo bien, presentimiento de la gloria.

Y tampoco se queje aquel a quien dió la divina inquietud de conquistarle mundos; ni se juzgue indigno de ese don, ni lo apacigüe, ni lo entierre: canalícelo y hágalo caer sobre la pesada rueda que muele el trigo; oriéntelo para que hinche las velas que han de cruzar los mares; inflámelo y levántelo, como la llama de un volcán, para que alumbre muchos pueblos.

El oído del uno percibe el encanto de las palabras de la Imitación:

"Trabaja de hacer antes la voluntad de otro que la tuya; escoge siempre tener menos que más; busca siempre el lugar más bajo, y estar sujeto a todos."

El oído del otro comprende mejor las misteriosas palabras de Cristo: "No penséis que he venido a traer la paz sobre la tierra; he venido a traer no la paz, sino la espada."

El uno será místico o filósofo o trabajará en su jardín interior, y se llamará Kempis, o Tomás de Aquino, o Juan de la Cruz.

El otro será apóstol o fundador, y se llamará Pablo de Tarso, o Domingo de Guzmán, o Ignacio de Loyola.

¿Cuál de estos tipos de santidad es más sublime? ¿Cuál es para aquel tiempo, cuál para este otro?

La vara grosera con que los hombres medimos nuestras mercaderías no sirve para medir las cosas celestiales.

Nunca sabremos, si no es por revelación, qué ha hecho más bien al mundo, si el pequeño libro de los Ejercicios de San Ignacio o la inmensa Suma Teológica de Santo Tomás; si la comunión espiritual de una enferma, cuya santidad jamás conoceremos, o el martirio de un Papa.

"No te pongas a disputar—dice Kempis—de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo o mayor en mi reino."

"Guárdate, hijo, de tratar curiosamente de las cosas

que exceden tu saber, mas trabaja que puedas ser siquiera el menor en mi reino."

El pastorcito de los Becchi ha soñado una vez hallarse en medio de unos muchachos que blasfemaban y se ha arrojado contra ellos para hacerlos callar a puñetazos.

Ha oído las palabras de Jesús, camino del monte de los olivos: "Que el que no tenga espada, venda su manto y compre una", y él ha respondido impetuosamente, como los servidores del Maestro: "Señor, aquí tenéis dos." (1).

Pero el Maestro lo ha mirado con dulzura. Su reproche parece una contradicción: "Deja tu espada en su vaina, porque quienquiera que use la espada, perecerá por la espada." (2).

¿Qué hacer, Señor, si no comprendo lo que me mandáis? Y en aquel primer sueño misterioso oyó la respuesta: "A su tiempo lo comprenderás. Yo te daré la maestra que te enseñará lo que has de hacer."

Entretanto, Juan se apresta para el grande apostolado con que sueña: recoger a los niños del pueblo y enseñarles.

Mas, en pleno entusiasmo, había advertido el peligro de la acción exterior, cuando no corre pareja con el cultivo de la interior santidad.

"Mejor es esconderse y curar de sí—le ha dicho Kempis—que, con descuido propio, hacer milagros."

(1) San Lucas, cap. XXII, vers. 36 y 38.
(2) San Mateo, cap. XXVI, ver. 53.

Y en cien otros pasajes ha confirmado esta doctrina: "Después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué ganaste, si de ti te olvidaste?"

El cultivo del hombre interior debe ser la primera preocupación del que se siente llamado a una misión, a tener influencia en el mundo.

Mientras más altos son los mástiles y más amplias las velas, el casco debe calar más hondo. Mientras más intensa y visible es la acción exterior de un sacerdote, más profunda y ferviente debe ser su vida interior.

¡Ay de los buques sin quilla y con demasiadas velas!

Como una gimnasia para robustecer al hombre interior, contrapeso del hombre exterior, se fija en su programa aquella obligación: "Además de las prácticas ordinarias de piedad, no omitiré nunca el hacer cada día un poco de lectura espiritual."

Su perspicacia le hace adivinar el escollo de muchas vocaciones sacerdotales. Las prácticas ordinarias de piedad no bastan para mantener el fervor. Al cabo de un tiempo, se realizan maquinalmente, y el espíritu se duerme en la costumbre y acaba por enfriarse en el propio engaño.

¡Ya está, pues, en el seminario!

El destino de Juan es sobresalir en todo lo que emprende. Pone tal atención y perseverancia en sus ocupaciones que, por extrañas que sean, las realiza con perfección.

Por ejemplo, en ese primer año de seminarista, Juan

se destaca no sólo como un buen estudiante, sino como un estupendo jugador a las cartas.

Don Cafasso le había aconsejado no esquivarse cuando los otros seminaristas lo invitaran a echar una partida de naipes. Toda honesta diversión mantiene la cordialidad entre los hombres.

—¿Ah, sí?—díjose Juan—. ¡Peor para ellos!

Y no se rehuyó más, y jugaba con tal fortuna, o digamos con tal habilidad, que acababa con los bolsillos repletos de sueldos, que después devolvía a sus afligidos adversarios.

Mayor era el otro inconveniente de su manera de jugar, pues se absorbía de tal manera en sus combinaciones que después no podía ni estudiar ni rezar.

"Tenía—confiesa graciosamente—la imaginación llena de reyes de copas y sotas de espadas. Por lo cual, a mediados de 1836, resolví no jugar nunca más a las cartas."

Por aquel tiempo volvió a soñar cosas misteriosas. cuya interpretación le costaba muchas cavilaciones. Porque había empezado a creer que sus sueños eran mensajes del Señor.

Hemos visto ya que desde muchacho lamentaba la poca afición de los sacerdotes a tratar con el pueblo, especialmente con los niños y las gentes humildes.

Por una dignidad mal entendida, la mayoría de los curas de campaña se limitaba al cumplimiento estricto de sus funciones, y vivía encastillada en sus sacristías. Costumbres de la época. Lo mismo observó en el seminario.

"Al rector o a los otros superiores—cuenta en sus *Memorias*—no los visitábamos sino una vez al entrar de las vacaciones y otra al salir. Nadie iba a hablar con ellos sino cuando se trataba de recibir una reprimenda.

"Cuántas veces hubiera querido pedirles un consejo, o la aclaración de una duda, y no pude!

"Y sucedía que al pasar un superior por el sitio de los seminaristas todos escapaban, para un lado y otro, como de una bestia negra.

"Eso encendía mi deseo de ser pronto sacerdote, para entretenerme con los jovencitos, asistirlos, conocerlos bien, vigilarlos, ponerlos en la imposibilidad de mal proceder."

Pues bien; el sueño que tuvo fué así:

Se vió, sacerdote ya, con estola y sobrepelliz, cosiendo en una sastrería. Pero observó que el paño que le habían dado no era nuevo: eran retazos viejos, que debía remendar.

Por entonces no comprendió lo que eso significaba, pero más tarde se le ocurrió la interpretación.

Su misión no era rodearse de muchachos buenos, sino de atraer a los desviados para corregirlos y contribuir al mejoramiento de la sociedad.

Y vinieron las vacaciones, y él partió para la casa de su madre, en Sussembrino, no lejos de su amada aldea natal.

Sus paisanos, los parroquianos de la escuela de Castelnuovo, sus viejos conocidos, abrían la boca al mirarlo. Y cuando él pasaba quedaban haciendo comentarios detrás de él.

—¡Miren al Boschetto, el hijo de Margarita!

—Sí, pues; el que vendía jaulas y plantas medicinales y hongos que recogía cuando llevaba las vacas al pasto.

—¡Peor que eso! El que bailaba en la cuerda como un saltimbanqui y le cortaba la cabeza a un gallo y lo resucitaba y les adivinaba la edad a las viejas.

—¡Quién había de creer que el Boschetto aprendiera latín!

Juan gozaba provocando aquellas sorpresas.

Un día se fué de visita a los Moglia, donde había servido por quince liras anuales. Ciertamente, ahora no era más rico, pero vestía sotana...

Al ver aproximarse aquel sacerdote que anda a pie y que no es como los otros, pues cruza la tierra labrada para acortar camino, los labriegos que están amontonando las gavillas se preguntan: ¿quién será? Y cuando reconocen a su antiguo criado, su estupor no tiene límites.

—¿Habéis visto cómo acabaré siendo sacerdote?

—Todavía no has cantado misa—le responde el tío Luis Moglia, que nunca fué muy su amigo, porque cuando llegó a pedir trabajo le dió con la puerta en las narices—. Todavía está por verse si te llamaremos Don Bosco o Don *Bocc*...

En el dialecto del país, *bocc* significa hombre simplote, de pocos alcances.

El caso es que el *bocc*, el simplote de los Becchi, du-

rante tres meses de esas vacaciones fué llamado por los jesuítas de Turín a enseñar griego a un curso de su colegio, que habían trasladado momentáneamente a su residencia veraniega de Montaldo, para huir del cólera que azotaba la capital del Piamonte.

Juan sabía apenas la gramática y hacía, a fuerza de diccionario, algunas traducciones. Pero desempeñó muy bien su cometido, y mientras enseñaba a los que sabían menos, aprendía de un gran helenista, el padre Bini, que allí vivía. Este le tomó cariño, y cuando se separaron siguió dándole clases por correspondencia. Cada semana Juan le enviaba una versión, y el padre se la devolvía con observaciones. Así, durante cuatro años, al cabo de los cuales leía y escribía el griego casi tan bien como el latín.

Al comenzar el segundo curso tiene la alegría de encontrar, en el primer año de seminario, a su dulce amigo Luis Comollo. ¡Nunca más se apartarán sus caminos! Al menos así lo cree Juan, que rebosa de entusiasmo.

Es siempre tan pobre como cuando por primera vez llegó a Chieri. En las horas libres acude a la portería, donde lo aguardan varios alumnos del gimnasio. Le traen sus cuadernos, sus problemas de Geometría y de Algebra, sus versiones latinas, sus composiciones literarias. Los corrige, les explica y recibe gustoso y humildemente lo que le quieren pagar, cuando pueden.

Con esas pequeñas ganancias costea sus libros y ropa,

y hasta hace caridades a otros tan pobres como él, pero menos industriosos.

De estos detalles expresivos está llena su vida. Con hundir las manos en el tesoro de sus *Memorias* las sacamos llenas.

Esas *Memorias* las escribió Don Bosco por mandato expreso del Papa Pío IX. Allí refiere episodios que piensa van a humillarlo y a apocarlo en el juicio de los lectores. Estos, en cambio, se sienten penetrados de cariño y de admiración ante el simpático realismo de las confesiones.

Allí nos cuenta que la soberbia había echado profundas raíces en su corazón. Era su pecado dominante.

Quienes lo conocieron o han leído su vida sonríen ante esa acusación. También San Luis Gonzaga enrostrábase con amargura los dos pecados de su niñez: haber hurtado un poquito de pólvora para disparar un cañoncito, y haber aprendido algunas palabras groseras con los soldados de su padre.

Sin embargo, en la acusación de Don Bosco hay una parte de verdad. Su naturaleza ardiente, su ingenio vivo, su temperamento dominador, lo inclinaban a la soberbia y a la cólera.

Semejante al que fué su modelo, y con cuyo nombre bautizó su Congregación: San Francisco de Sales.

¿Hay quien no sepa la celestial dulzura de este santo? No obstante, cuando le preguntaron cuál era el vicio de su temperamento, confesó que la cólera, y que el so-

focarla habíale costado años de esfuerzos y muchas derrotas.

La cólera es la espuma exterior de ese torrente que hierve dentro de nosotros: la soberbia. Hay quienes logran comprimirla y disimularla; y quienes la dejan derramarse en el exterior.

Lo que importa es cegar la vertiente donde nacen el torrente y su espuma.

Juan Bosco tenía ese defecto, mas lo reconoció desde temprano y se aplicó a corregirlo con esa tenacidad que él ponía en todas sus empresas.

Cuando, en las vacaciones, vuelve a su país, los mismos que antes lo desprecian lo agasajan y quieren tenerlo a comer. El Boschetto, el hijo de Margarita, es ya una pequeña gloria de la comarca.

"Un gran peligro para los seminaristas—nos advierte en sus *Memorias*—suelen ser las vacaciones, que en aquel tiempo duraban cuatro meses y medio, desde la fiesta de San Juan Bautista hasta la de Todos los Santos. Yo empleaba el tiempo leyendo y escribiendo, y también trataba de matarlo torneando bochas. Cosía trajes, hacía zapatos, trabajaba de herrero, carpintero y encuadernador de libros. Todavía hay en mi casa de Murialdo un escritorio, una mesa y algunas sillas, obras maestras de aquellas vacaciones. Trabajaba en el campo, segaba la hierba, trillaba el trigo, vendimiaba las viñas y preparaba el vino. Enseñaba también a mis muchachos, pero esto solamente me era posible en los días de fiesta."

Una tarde está cepillando unas maderas en el sitio de su casa. Se ha quitado la sotana, porque hace mucho calor. De repente ve aparecer uno de sus viejos tíos, que viene a invitarlo a almorzar con él, en una fiesta que dará al día siguiente.

A Juan le agradan poco semejantes invitaciones. Algunas veces no halla manera de esquivarse sin resentir a las personas que con tan buena intención lo buscan. Pero le cuesta ir a esas reuniones, en que se come, se bebe y se baila... ¡Qué papel hace allí un clérigo con su sotana y su aire compungido! Acepta, sin gusto, y va al otro día.

Todas las miradas convergen sobre el joven seminarista de cabellos ensortijados, que empieza a comer silencioso y, en el fondo, inquieto.

Al principio las cosas no van mal. Pero cuando aquellos paisanos, ignorantes y rústicos, han saciado el hambre; cuando el vino se les sube a la cabeza, se sueltan pullas groseras y de doble sentido, y algunas evidentemente torpes.

Juan se pone colorado; luego se pone pálido. Hay que hacerlos callar. Pero nadie le escucha; unos ríen, otros discuten. Lo mejor es mandarse mudar. Busca su sombrero.

—¿Qué haces, Juan? ¿Te piensas ir?—exclama el tío, acudiendo a atajarlo.

—¡Un clérigo no puede escuchar ciertas cosas!

—¡Hombre de Dios! Me ofendes y los ofendes a

ellos si te vas en mitad de la comida... ¿Acaso no conoces las costumbres del país?

—Pues no lo tomen a ofensa, porque no es mi intención; pero yo me voy, y ellos estarán más contentos de no verme...

El tío imagina una transacción. Los hará callar a todos para que el sobrino se quede hasta el final. Pero los comensales, soliviantados por el ardiente vino piamontés, encuentran insufrible que aquel mozalbete pretenda imponer condiciones para quedarse. Replican ásperamente. Insultos, amenazas, gritos de las mujeres asustadizas, blasfemias de los hombres ebrios. ¡Zas, un botellazo! ¡Cuchillos en el aire, platos y copas! Bofetadas a granel. Una verdadera bacanal.

Y a todo esto Juan, arremangada la sotana, corría por el camino de su aldea, repitiéndose:

—¡Estas cosas no son para clérigos!

Algún tiempo después Juan no tuvo más remedio que aceptar la invitación de otro tío, el tío Mateo, para la fiesta de San Bartolomé, que celebraban en el pueblecito de Croveglia. La función era en la iglesia, y Juan consintió en ayudar a los músicos con su violín.

Vino luego el almuerzo, en casa de su tío, y fué más por acompañar al señor cura que por propia afición.

¡Al menos esta vez, por respeto al párroco, no se emborracharán!

No, no se emborracharon; mas al final de la comida se les ocurrió pedir a Juan que tocara el violín, tan grata les había resultado la misa de esa mañana. Juan se excusó alegando, como era cierto, que había mandado a su casa el instrumento.

¡Pobre excusa! Le presentan otro violín, y hasta el cura insiste en el pedido. No hay manera de escaparse. Empieza a tocar a disgusto; pero luego no más con brío, arrebatado por su propia inspiración.

¡Qué satisfacción produce en sus buenos oyentes! Pecado habría sido negarse, con incivilidad, a complacerlos.

Pero ¿qué es ese tableteo que se oye a sus espaldas? No se anima a darse vuelta, porque su tío y el párroco están delante y lo escuchan embelesados.

El ruido aumenta y acaba por hacérsele sospechoso. Vuelve, pues, la cara disimuladamente. ¡Santo Dios!

Hace un buen rato que, al son de su violín, se ha armado un baile y unas cuantas parejas danzan entusiasmadamente.

Un secreto furor lo domina. No pudiendo desahogarse con los otros, se enoja consigo mismo.

Devuelve el instrumento, da las gracias cortésmente, y, en llegando a su casa, saca su violín, que buenas liras le ha costado y que podría vender, y no es dueño de su indignación: con las manos, con los dientes, con los pies lo hace trizas y echa al fuego los pedazos.

Nunca más volvió a tocar el violín, ni siquiera en las iglesias.

En su norma de vida había renunciado a cazar; pero Don Cafasso no aprobó tanta severidad, y un día Juan cedió a la afición: le prestaron una escopeta y se largó, muy de mañana, por los campos.

¡Una liebre! Antes que le apunte se ha puesto fuera de tiro. ¡Ah, no! Lo que es al Boschetto no se le escapa, así no más, una liebre. Se quita la sotana y echa a correr. La divisa, casi la alcanza, pero se le pierde entre unas viñas. Juan corre como un galgo; vuelve a divisar a la liebre en un prado más allá del viñedo.

El animal, despavorido, cruza el prado. Más allá es un rastrojo; han cortado el heno y no hay refugio. La liebre, sin alientos, apenas corre ya, y Juan se le va acercando y por fin la tiene a su alcance y la despanzurra de un tiro.

Al ver su ansiada presa palpitante y desangrándose no siente alegría, sino angustia y bochorno. Al estampido acuden algunos mozos que lo conocen, y lo sorprenden sin sotana, con las manos teñidas en sangre y el fusil al hombro.

Más parece un bandolero que un seminarista. Ellos, sin duda, han visto a otros clérigos cazar por aquellos campos, y no se sorprenden. Pero Juan se excusa y vuelve a su casa arrepentido y acongojado. Nunca más tocó un arma de fuego.

Estaba lejos de todo lo que es sensiblería, pero le afectaba el dolor de las criaturas, aunque no fueran seres racionales.

Otro día, en las vacaciones siguientes, estaba Juan echando unas medias suelas a unos zapatos viejos cuando vió acercarse por el camino de Chieri a su querido amigo Luis Comollo.

No había festín, no había entretenimiento comparable a semejante visita.

Traía el joven un rollo de papeles con un sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen, escrito por encargo de su tío el sacerdote. Comollo sospechaba que si Don Cinzano hallaba bien sus borradores no se pondría en más trabajo, y el día de la Asunción, que no estaba lejos, se las endilgaría a sus parroquianos desde el púlpito de su iglesia.

Por eso venía Luis a pedir ayuda a Juan, para pulir bien el sermón y que resultara digno de su ilustre pariente.

Por fortuna, esa vez no había nadie en casa; todos habían ido a la feria del pueblo, y los dos jóvenes estudiantes pudieron entregarse libremente a su labor literaria.

Pasan varias horas. De pronto Juan se detiene, y mostrando la mesa vacía y desamparada, aquella mesa que él mismo ha fabricado, y que su madre cuando hay visitas, tiende con un mantel blanco y un garrafón de vino rojo, exclama:

—¿Sabes, Luis, que debemos de tener hambre?

Luis, de temperamento menos robusto, no había pensado en eso; pero al oír mentar el asunto se le contagia el hambre de su camarada.

BIBLIOTECA CENTRAL

—¡Es verdad! Son al menos las dos de la tarde. Y yo he salido de Chieri sin desayunarme, por no perder tiempo.

—¿Qué te parece que hagamos, Luis?

—¡Hombre! Eso yo no sé: yo no soy dueño de casa.

—Prepararemos nosotros mismos la comida.

—Muy bien; yo me encargo de encender el fuego; tú, de lo demás.

Luis amontona astillas sobre las brasas moribundas del hogar; sopla que te sopla. Surge una llamita.

—¡Ya está!

—Lo malo es que yo no encuentro más que pan y unas legumbres. Si nos ponemos a cocerlas. llegará la noche antes de que estén listas... Y el pan es poco.

En el vecino patizuelo canta un gallo.

—¡Una idea! ¡Vamos a asar ése que canta!

Corren los dos amigos y atrapan al indiscreto cantor, que es un gallito joven, de buenas carnes.

—Ahora hay que matarlo...—sugiere Luis—; porque sería una herejía asarlo vivo... Tú, que eres más diestro.

—¿Yo?—exclama Juan—. En mi vida he matado un pollo.

—Sin embargo, hay que hacerlo; que la suerte decida. ¿Tienes una moneda? ¿Cara o cruz?

—¡No, no! Seamos cómplices: tú lo mantendrás sobre este madero, y yo le cortaré la cabeza.

¡Zas! De un hachazo Juan decapita al pollo, y ambos, aterrados de su crimen, se apartan cual si fueran a huir.

—¡Es una tontería!—exclama Luis, recogiendo la víctima, caída en un charco de sangre—. El Señor ha dispuesto que nos sirvamos de los animales para nuestro bien. ¿Por qué estos aspavientos?

—¡Tienes razón!

Despluman el pollo, arreglan el fuego y lo asan y se lo comen con algunas rebanadas de pan. Lo hallan exquisito.

Hacia el final de esas vacaciones, Juan y Luis hicieron un pacto terrible.

Durante toda su vida, recordará Juan con espanto aquel imprudente convenio.

Fué un día muy hermoso de ese otoño. Iban los dos por el camino del pueblo de Cinzano. Cruzaban una colina, desde cuyo observatorio se divisaban los montes, los prados, las aldeas lejanas, los viñedos próximos, como si el hermoso valle fuera un manto zurcido con retazos de distinto color.

La estación había sido mala por la sequía, y los cultivos, especialmente las viñas, darían muy poco fruto.

—¡Pobres campesinos!—exclamó Juan—. ¡Tanto trabajo perdido!

Comollo paseó sus miradas por los marchitos viñedos y respondió:

—Las culpas de los hombres son las que atraen estas calamidades.

—¡Así es! Espero que el año próximo Dios se apiadará de la miseria de sus hijos, y estas viñas tendrán más uvas y los lagares darán más vino.

Y Comollo, con una melancólica sonrisa:

—Me alegro por ellos; pero yo, el año que viene, beberé mejor vino que el que produce este valle.

—¿Qué quieres decir?

El padre de Comollo, dice Don Bosco en sus *Memorias*, se les había aproximado, y su hijo cortó allí la conversación. Pero más tarde, hallándose los dos jóvenes solos, Juan, que permanecía intrigado, reanudó el discurso.

—Luis, me has hablado de tu muerte próxima. ¿Es ese el vino que vas a beber?

—¡Sí!

—Ni tú ni yo—repuso Juan—sabemos los secretos de Dios; pero es seguro que algún día nos separaremos. Tú te irás antes, o me iré yo... ¿Quieres que hagamos un pacto?

—Bueno—respondió seria y simplemente Comollo, adivinando lo que su amigo iba a proponerle.

—Te propongo, Luis, que nos prometamos solemnemente que el primero de los dos que muera, con el permiso de Dios, volverá a este mundo a avisar al otro cuál ha sido su destino.

La voz de Juan era misteriosa y triste. Comollo sonreía. Esa vez se habían invertido los papeles, pues de los dos, el más alegre, de costumbre, solía ser Juan.

Se apretaron la mano, sellando su original convenio, y se apartaron.

Cada vez que se veían cambiábanse una señal.

—¿Te acuerdas, Luis?

—¡Sí!

—Vamos a cumplirlo, ¿no es verdad? ¡Tú o yo!

—Descuida, seré yo el que volverá.

—¡Tú o yo! ¡El que se vaya primero!

"Yo no comprendía—escribe Don Bosco—la importancia de semejante promesa; y confieso que hubo mucha ligereza de nuestra parte, y no aconsejaría a nadie hacer igual... Las últimas palabras de Comollo y su postrer mirada, me aseguraron que cumpliría el pacto."

Porque, efectivamente, en la primavera próxima, el 2 de abril de 1839, murió el seminarista Luis Comollo, a la edad de veintidós años menos cinco días.

Una lúgubre consternación invadió el seminario. Todos lo amaban, y muchos conocían el pacto con Bosco.

Este, años después, escribió la vida de Comollo, y en ella refiere cómo se cumplió aquel tremendo trato.

"Era la noche del 3 al 4 de abril, que siguió al día de su sepultura. Estábamos ya acostados los alumnos del curso de Teología, en el dormitorio que da sobre el patio del Mediodía. Yo no dormía: pensaba en nuestro pacto y aguardaba lo que iba a ocurrir, presa de una gran inquietud.

"Cuando, al sonar las doce de la noche, se oye un

rumor sordo, que avanza desde el fondo del corredor, haciéndose más y más recio. Es como el de un carro tirado por muchos caballos, o como el de un tren. También puede compararse con el disparo de la artillería.

"No sabría explicar aquel fragor, que hacía enmudecer de espanto, y que dejaba detrás de sí vibrantes las paredes, la bóveda, el pavimento, como si todo fuese construído de chapas sonoras de hierro y golpeado por un brazo potentísimo.

"Los seminaristas se despiertan y permanecen mudos. Yo estaba petrificado de horror... Se abre violentamente la puerta del dormitorio; sólo se ve un fulgor pálido, que parece regulado por aquel rumor. Luego un repentino silencio; la luz brilla más y oigo la voz de Comollo, que por tres veces me dice: "¡Bosco, Bosco, Bosco! ¡Me he salvado!" Los compañeros saltaron de la cama y huyeron desatinadamente, agrupándose unos en un rincón del dormitorio; otros, alrededor del prefecto, que era Don Juan Fioritto, de Rivoli. Todos oyeron aquel ruido y muchos la voz, sin entenderla. Yo permanecía sentado en mi cama...

"He sufrido mucho, y en ese instante fué tal mi pavor que hubiera preferido morir. No me acuerdo de haber tenido nunca miedo sino esa vez. Me resultó una grave enfermedad, que me llevó al borde de la tumba y me dejó tan mal de salud que sólo años después logré restablecerme.

"Dios omnipotente y misericordioso no escucha esos

pactos; pero alguna vez permite que se cumplan, como en este caso. No aconsejo nunca el imitarme. Al poner en contacto las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre Humanidad sufre profundamente, y no es necesario para nuestra eterna salvación. Tenemos sobradas pruebas de la existencia del alma y no necesitamos otras. Bástenos lo que nos ha revelado Nuestro Señor Jesucristo."

VII

LAS MANOS CONSAGRADAS

Hace un mes que Juan está enfermo, tan grave, que los médicos lo han desahuciado y han hecho avisar a su madre. Esta llega, sin sospechar la extrema situación de su hijo, llevándole como regalo un pan de centeno de los que ella amasa y una botella de vino generoso del que sirven a los postres en la mesa del tío Miguel, los días de fiesta.

—¡Oh, mi Juan, en qué estado te encuentro!—exclama sollozando.

Por su gusto se quedaría allí a cuidarlo o se lo llevaría consigo, pero no es posible ni lo uno ni lo otro.

Cuando se va, llorando porque teme no hallarlo vivo al siguiente día, recoge el pan y el vino.

—¡Por favor, madre!—le dice él—. ¡Déjeme ese pan y ese vino, que van a curarme!

Ella vacila, no atreviéndose a complacerlo, porque es un pan muy pesado el que se amasa en su aldea y un vino demasiado fuerte el de Miguel.

—Cuando estés sano te traeré un pan fresco, tan bueno como éste, y una botella de vino igual. Y yo comeré y beberé contigo.

El, que hacía varias semanas ni comía bocado ni apenas bebía más de un sorbo de agua, siente un violento deseo de comer de aquel pan y de beber el vino que le ha llevado su madre. Y con tanto empeño la suplica, que ella no es capaz de negarse y le deja todo y se va sollozando.

Juan, viéndose solo en la siniestra enfermería del seminario, se echa de la cama y corre a cortarse una tajada del pan y a llenarse el vaso de vino. Vuelve a acostarse y come y bebe, encontrando aquello tan rico que se corta una nueva tajada y se llena otra vez el vaso.

Se comió todo aquel pesado pan casero y apuró la mitad de la botella, y se quedó sumergido en un sueño letárgico durante ese día y la noche entera y el día siguiente.

Los médicos declararon que no despertaría más. Empero, se despertó sin fiebre y entró en rápida convalecencia, y pudo en los meses que siguieron hacer a grandes pasos las últimas etapas del sacerdocio.

En marzo del año 40 recibió la tonsura y las órdenes menores; y en septiembre fué promovido al subdiaconado, y en marzo del año 41 fué diácono.

—¡Qué joven eres!—le dijo un día un viejo sacerdote de Turín, que gozaba fama de santo—. ¡Qué joven y qué inexperto!

Y como para justificar sus palabras, se puso a exami-

nar la sotana de Bosco y a dar tironcitos, cual si pretendiera desgarrársela.

Era Don Cottolengo, el fundador de lo que empezó llamándose la Casa Chica de la Divina Providencia, para asilar enfermos y desvalidos, y acabó siendo una inmensa institución, portentosa como un permanente milagro, y bendita por todos los habitantes del Piamonte, desde el Rey hasta el último mendigo.

—¿Halla, acaso, demasiado rica mi sotana?—se atrevió a preguntar el joven diácono.

—¡Qué inexperto eres!—repuso Don Cottolengo con aire profético—. Yo soy viejo y puedo hablarte así. El paño de tu sotana es muy delgado. Por ahora, puede pasar; pero cuando seas sacerdote, acuérdate de cambiarlo...

—¿Tendré más frío que ahora?—preguntó ingenuamente Bosco, y Don Cottolengo meneó dulcemente la cabeza.

—Cuando seas sacerdote te rodearán millares de niños. Uno tironeará de la derecha; otro, de la izquierda, y tu pobre sotana se hará trizas muy pronto. Acuérdate de hacerla de una tela muy fuerte.

Juan recordó el sueño de su niñez, y vió de nuevo aquellos muchachos a quienes debía enseñar. ¡Qué dulzura hallar en las misteriosas palabras de aquel santo viejo una confirmación de cosas tan lejanas!

Los tiempos habían llegado a su gloriosa madurez.

El 5 de junio de 1841 el pastorcito de los Becchi era ordenado sacerdote por el arzobispo de Turín, y al día siguiente celebraba su primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, de la misma ciudad.

Tocaba, pues, con sus manos consagradas, la cima de sus ardientes ensueños de niño.

Ese día escribe en un cuadernito que conservará toda su vida, las normas a que se va a ajustar.

"El sacerdote no va solo al cielo, ni al infierno. Al cielo va con las almas que ha salvado por su ejemplo. Al infierno, con las que se han condenado con su escándalo. Por eso, me empeñaré en observar las siguientes resoluciones:

"1.—No salir de paseo sino por grave necesidad, como visitar enfermos, etc.

"2.—Ocupar rigurosamente bien el tiempo.

"3.—Padecer, trabajar, humillarse en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.

"4.—La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales me servirán de guía en todo.

"5.—Me manifestaré siempre satisfecho de los alimentos que me ofrezcan, no siendo cosa nociva a la salud.

"6.—Beberé vino aguado, y sólo como remedio, es decir, cuando y en la cantidad que lo requiera la salud.

"7.—El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma, por lo cual no daré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Entre día, especialmen-

te después de almorzar, no tomaré ningún descanso, excepto en caso de enfermedad.

"8.—Cada día emplearé algún tiempo en la meditación y en la lectura espiritual. Durante el día haré alguna visita, por lo menos una breve oración al Santísimo Sacramento. Haré, por lo menos, un cuarto de hora de preparación para la santa misa y otro de acción de gracias.

"9.—No conversaré nunca con mujeres, fuera del caso de confesión o de alguna otra necesidad espiritual."

En su aparente sencillez, este programa encerraba lo que la Iglesia denomina la virtud heroica, y debía cumplirse *además* de las obligaciones del sacerdote, el Breviario, la misa y los otros deberes del santo ministerio: confesión, predicación, enseñanza, apostolado.

Hacía cuatro o cinco días que era sacerdote, y aún no había dicho misa en Castelnuovo, donde sus paisanos lo reclamaban con justificada vehemencia.

Destinóles el jueves de Corpus Christi. Su llegada al país fué un triunfo.

Los que habían conocido al pastorcito de los Becchi, al saltimbanqui del mercado, al sirviente de los Moglia, al cuidador del caballo de Don Dassano, apenas podían creer que fuese el mismo que celebraba la santa misa, bajo la casulla de oro, en el altar mayor.

Cuando esa misma tarde llegó a su aldea, al sitio donde tuvo su primer sueño profético, no pudo contener las lágrimas.

Su madre y él, solos, entraron en la casita de los Becchi, donde había transcurrido la infancia pobre y maravillosa de Don Bosco.

Anochecía ya. Margarita encendió el candil, y sentándose frente por frente del hijo sacerdote y poniendo sus manos sobre las rodillas de él, lo miró cara a cara y le habló así:

—¡Ya eres sacerdote! Dices misa; estás más cerca de Nuestro Señor Jesucristo. Pero acuérdate, Juan, de mis palabras: comenzar a decir misa, significa comenzar a padecer. No lo advertirás en seguida; pero un día comprenderás que tu madre no te ha engañado. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, esté viva o muerta, y eso me basta. De ti no quiero más. Tú, en adelante, piensa en la salud de las almas.

Hilos de un llanto muy tierno, se deslizaban por las mejillas del pastorcito de los Becchi. Sentíase niño, desamparado, infinitamente pobre y necesitado del corazón de aquella mujer analfabeta, pero fuerte y grande como una Mónica, como una Blanca de Castilla, como Ana, la madre de Samuel, madres de profetas, de reyes y de santos.

Lloró el hijo sobre el pecho de la madre, y ella, enternecida, no halló más palabras que decirle, sino: "¡Juan, mi Juan! ¡Vas a comenzar a sufrir!"

Preparó luego la cena, y antes de irse a dormir rezaron el rosario.

La noche era calurosa, perfumada por los viñedos y los maizales en flor, y vibrante de estrellas.

Un campesino, retardado en la ciudad, pasaba por la solitaria carretera, arreando una yunta de burros, y cantando a grito pelado:

Guai al mondo
se ci senti
forestieri
senza niente!

—Ese ha hecho buen negocio en Chieri—pensó Margarita Bosco—. Pero hace mal en pregonar por los caminos, a estas horas, que va con los bolsillos llenos de dinero.

Juan no oyó la canción. Ya dormía con el sueño omnipotente de la juventud, en su cama estrecha y dura, cama de soldado y de misionero a que desde la infancia lo acostumbró su madre.

Ahora tenía que decidir lo que iba a hacer. Habíanle propuesto tres empleos: profesor en una familia de ricos genoveses, con mil liras al año; capellán en Murialdo, vicecura en Castelnuovo.

Consultó a su madre, que, con media palabra, desechó la primera propuesta.

—¡Mi hijo en un palacio! ¡No sería más mi hijo, si se aficionara al dinero y al lujo!

Sobre las otras dos propuestas opinó Don Cafasso:

—No acepte ninguna. Véngase a Turín, al Colegio o

Convictorio Eclesiástico. Usted necesita estudiar moral y predicación.

Existía en Turín una institución de altos estudios eclesiásticos, donde los jóvenes sacerdotes podían perfeccionar sus conocimientos en las ciencias sagradas y empezar la práctica de su ministerio, bajo una sólida dirección.

Don Bosco—ya debemos llamarlo así, pues era sacerdote—se instaló, pues, en Turín, la rica y populosa capital del Piamonte, en cuyo seno fermentaba el germen de la revolución.

Al penetrar en sus muros lo sobrecogió una misteriosa ansiedad. Adivinó que iba a ser el teatro de su apostolado. No era tierra de infieles la corte del romántico rey Carlos Alberto; pero ¡cuánta mies por segar en su recinto, cuántos niños abandonados que se corrompían en sus plazas, y acababan miserablemente en sus cárceles!

En uno de los sermones que se han conservado de Don Bosco, describe la llegada ante las puertas de Roma de un joven estudiante, que fué después San Felipe Neri, fundador de la Congregación del Oratorio.

Don Bosco ha puesto en ese trozo la emoción y el realismo de una visión directa.

"—Quién eres tú y qué es lo que miras con tanta ansiedad?

"—Soy un pobre forastero; contemplo esta gran ciudad y un pensamiento me agita; pero temo que sea locura o temeridad.

"—¿Cuál es tu pensamiento?

"—Consagrarme al bien de tantas pobres almas, de tantos niños que, por falta de instrucción religiosa, van por el camino de la perdición.

"—¿Posees ciencia para eso?

"—He estudiado un poco; pero estoy muy lejos de la sabiduría.

"—¿Tienes medios materiales?

"—Nada; no tengo ni un pedazo de pan, aparte del que me da mi amo cada día por caridad.

"—¿Tienes iglesia, tienes casa?

"—No tengo más que un cuartujo estrecho que me prestan. He tendido una cuerda, de una a otra pared, y allí cuelgo mi traje.

"—¿Cómo, pues, quieres, sin nombre, sin ciencia, sin fortuna, emprender tan gigantesca tarea?... ¿Cómo te llamas?

"—Felipe Neri..."

Con esta sensación de su insignificancia, pensando si sus proyectos son locura o temeridad, llega Don Bosco a Turín aquel año de 1841.

En las horas libres de sus difíciles estudios, visita las cárceles y los hospitales.

Entonces advierte que hay más miserias en la corte de los reyes que en las remotas aldeas de sus montañas.

VIII

LOS CARBONARIOS

¿Qué privilegio tiene Italia, cuya historia hace latir todos los corazones, como si fuera la de la patria de cada uno?

¿Y qué novela hay comparable a aquel drama confuso del *risorgimento*, torrentes de aventuras que se suceden del 1830 al 1870, en que personajes de toda grandeza alternan con forajidos de la peor especie?

El viento de la revolución atiza los incendios preparados por las sociedades secretas, en las capitales de aquella colección de pequeños reinos y principados.

Las grandes potencias de Europa acuden, intervienen, intrigan con sus soldados o sus diplomáticos: las unas, para contener el fuego que a todos amenaza; las otras, para agrandar la hoguera.

El mundo asiste a fenómenos extraños y contradictorios. La demagogia y la traición hállanse hasta en el corazón de los reyes. El ateísmo y la apostasía, hasta en el cáliz de los sacerdotes.

Entre Roma, capital de los estados pontificios y del universo católico, y Turín, capital del reino de Cerdeña y foco de las conspiraciones, la lanzadera de los carbonarios teje la cuerda con que va a ahorcar al último Papa por la mano del último rey.

Y entre Roma y Turín, va a pasar la vida entera Don Bosco, el hombre suscitado por Dios para reconstruir su templo en el corazón de la niñez abandonada, y para demostrar que la ardiente adhesión al Papa no es incompatible con la más decidida italianidad.

En Turín va a conecer y a tratar a los más implacables enemigos del Pontificado. Ellos, so color de patriotismo y de democracia, intentarán enrolarlo en sus filas, como han enrolado a otros sacerdotes; y no lo conseguirán, porque Don Bosco une la candidez de la paloma a la prudencia de la serpiente.

Lo perseguirán, pero no lo derrotarán, y acabarán por respetarlo con su inexpugnable doctrina, y él, unas veces con su simplicidad de apóstol, otras con su habilidad de diplomático, conjurará muchas injusticias y servirá de mensajero privado del Papa ante el Rey excomulgado.

Ahora, para nuestros oídos, son cosas arcaicas la masonería con sus Logias y los carbonarios con sus Ventas.

La ruda escoba del Socialismo, menos romántico y más conforme a las realidades, barrió de la historia contemporánea el nombre y la cosa. Y si algo sobrevivía, en

los años de la Gran Guerra todo se ha sumergido en la saturnal del Comunismo.

Esos son los modernos instrumentos para combatir a los reyes y a los Papas.

Mas no se recorre la historia de aquel tiempo en Italia, sin descubrir a cada vuelta del camino la acción de las Sociedades secretas, la ley injusta, el panfleto corruptor, el crimen misterioso por el veneno y el puñal.

La masonería había acabado por ser una Sociedad de aristócratas, damas y caballeros, más preocupados de sus placeres que de la política o de la religión.

Y aparecieron los carbonarios, más misteriosos y más eficaces, y, en pocos años, sus Ventas cubrieron Italia y se extendieron al extranjero.

Los masones, para no ser del todo suplantados, aprovecharon el movimiento que aquéllos imprimían a los pueblos, y participaron en su política.

El programa de las Sociedades secretas era éste:

1.° Obtener que los reyes y príncipes que entonces gobernaban, dieran a sus pueblos una Constitución.

2.° Hacer de Italia una sola nación, independiente.

Había, en verdad, un tercer punto, pero lo guardaban misteriosamente. Era el secreto de la Venta suprema, la mayor autoridad de los carbonarios.

En un país católico, habría sido condenarse a la impotencia declarar de entrada que el tercer punto del pro-

grama era *destruir el Pontificado, para descristianizar al mundo.*

Convenía primero atraer a las masas, con la promesa de quitar su poder a los reyes absolutos para entregárselo al pueblo soberano.

Esto halagaba inmensamente a los pueblos cansados de las guerras napoleónicas. Un rey atado por una Constitución, sería un rehén para conservar la paz.

Y si, por ventura, se lograba raer de la faz de la tierra la raza ambiciosa de los reyes, y se establecía una República en cada nación, ¡oh, entonces la paz sería eterna, y segura la felicidad de los pueblos.

No es extraño que estas ideas cayeran como un sabroso maná en aquellas Sociedades.

Nadie ponía en duda la buena fe de los apóstoles de la democracia.

Ahora los pueblos son más escépticos. Ya casi no hay reyes, y los pocos que quedan están bien atados por infinidad de constituciones.

Casi todos los reinos se han convertido en Repúblicas, donde gobierna el pueblo soberano; pero ninguno de ellos ha celebrado nupcias durables ni con la paz ni con la felicidad.

Y los filósofos, desencantados de la libertad, comienzan a dudar si la más perfecta forma de gobierno no será dictadura.

La dictadura, que es una nueva especie de Monarquía absoluta, con reyes, no por derecho divino, como los Luises y los Carlos, sino por gracia de las ametralladoras y de los automóviles blindados.

Es también fácil comprender que el segundo punto del programa de las Sociedades secretas, *realizar la unidad de Italia,* encontrase eco en millares de corazones italianos. La unidad significaría la grandeza de Italia, que sacudiría la tutela de cortes extrañas y reconquistaría las provincias lombardo-venetas que Austria poseía.

Recordemos nuevamente la palabra de Donoso Cortés: en el fondo de toda gran cuestión política hay una cuestión religiosa.

En el fondo de esa idea, la unidad de Italia, dormía la cuestión del poder temporal del Papa. Para realizar la unidad había que despojar al Papa y enriquecer con sus Estados al Rey del Piamonte, y Roma pasaría a ser la capital del nuevo reino.

En los comienzos de esta larga y ruda polémica, las Sociedades secretas no descubrieron sus baterías.

Conveníales enrolar en sus filas a muchos católicos, sacerdotes, prelados, cardenales, a fin de tener influencia en los cónclaves futuros.

Ya que no era posible convertir al Papa en un carbonario, había que hacer de un carbonario un Papa.

Era, pues, indispensable guardar secreto el verdadero plan y presentar la unidad de Italia como una Confederación de reinos y principados, presididos por el Pontífice romano.

La Policía del cardenal Bernetti, secretario de Estado de León XII, logró apoderarse de muchos documentos de las Sociedades secretas. La pequeña parte publicada de ese precioso archivo arroja una siniestra luz sobre aquellos hombres que, durante años, manejaron como fantoches a reyes y ministros.

Las cartas que se cruzan los miembros de la Suprema Venta van siempre firmadas por un seudónimo: *Nubius, Piccolo Tigre, Bracco*...

La Suprema Venta es el espíritu que imparte el movimiento a las Logias y a las pequeñas Ventas que cubren Europa.

Su composición no es bien conocida ni siquiera por los afiliados, que obedecen sus órdenes. En el misterio está la clave de su formidable autoridad.

La Suprema Venta desprecia a los masones, pero se sirve de sus Logias como de un noviciado para probar y madurar la vocación de los futuros carbonarios.

Si el candidato es ambicioso, o cobarde, o indiscreto, no va más allá de las logias; y nunca sospecha que durante años los ojos de un jefe han estado fijos en él.

Componen la Suprema Venta hombres de distintas nacionalidades, de profesiones las más diversas, diseminados en varios países y unidos por una copiosa correspondencia, y especialmente por un odio inextinguible a la Iglesia romana.

Remontémonos veinte años y empecemos a leer algunos trozos de esa interesante correspondencia.

En 18 de enero de 1822, el que firma *Piccolo Tigre* envía sus instrucciones a sus altos cofrades de Italia. Saboreemos este sarcasmo:

"El hombre ha nacido rebelde. Atizad ese deseo de rebelión hasta el incendio, pero contened el incendio... Dejad caer ciertas palabras que provoquen el deseo de afiliarse a una logia. Esta vanidad del ciudadano o del burgués de enrolarse en la masonería es tan vulgar y universal, que yo no acabo de admirar la estupidez humana... Ser miembro de una logia, sentirse apartado de su mujer y de sus hijos, llamado a guardar un secreto *que nunca le confían,* es para ciertas naturalezas una voluptuosidad y una ambición. Las logias hoy pueden procrear glotones, pero no engendrarán ciudadanos. Se come demasiado bien en compañía de los M.·. Q.·. y M.·. R.·. H.·. de todos los Orientes.

"No importa: las logias son un depósito. un haras, un centro por el cual hay que pasar antes de llegar a nosotros."

Más adelante, en la misma carta:

"La Suprema Venta desea que, con uno u otro pretexto, se introduzca en las logias masónicas el mayor número posible de príncipes y de ricos. Los príncipes de casas reinantes, pero que no tienen esperanzas de ser reyes por la gracia de Dios, quieren serlo por la gracia de la revolución. El duque de Orleáns es masón; el príncipe de Carignano también lo fué.. Adulad a estos ambiciosos de popularidad; atraedlos a la masonería. La Suprema Venta después verá qué puede hacer de ellos para

la causa del progreso. Hacedlos masones; de la logia pasarán al carbonarismo. Y tal vez un día vendrá en que la Suprema Venta se digne afiliárselos.

"Un burgués es bueno, pero un príncipe es mejor. Sin embargo, cuidad que no ocurra lo que con el infame Carignano: el cordero se ha vuelto zorro."

Piccolo Tigre luego advierte por qué razón la cuestión política les interesa poco a él y a sus altos hermanos de la Suprema Venta: porque hace olvidar el verdadero propósito que los mueve.

"En mi último viaje a Francia he visto con satisfacción profunda que nuestros jóvenes iniciados propendían con extremo ardor a la difusión del carbonarismo. Pero encuentro que se precipitan demasiado. Según mi idea, transforman demasiado pronto su odio religioso en odios políticos. La conspiración contra la Sede romana no se debe confundir con otros proyectos.

"Eso nos expondría a ver germinar en el seno de las Sociedades secretas ardientes ambiciones; estas ambiciones, una vez dueñas del Poder, pueden abandonarnos. Tenemos que descatolizar el mundo, y un ambicioso que satisface su ambición se guardará bien de secundarnos... En París no quieren comprender esto; pero en Londres he visto hombres que penetran mejor en nuestros planes. Se me han hecho ofrecimientos considerables: pronto vamos a tener una imprenta en Malta. Podremos con impunidad, y bajo pabellón británico, cubrir a Italia de libros y folletos..."

¿Quién era el príncipe de Carignano, que había sido masón y carbonario, y que en la fecha de la carta de Piccolo Tigre, enero de 1822, ya no lo era?

El infame Carignano, como lo llamaban los carbonarios, era Carlos Alberto de Saboya, hijo de Carlos de Carignano, que en 1798, cuando fué invadido el Piamonte por los ejércitos de la revolución francesa, se entregó a cuerpo perdido a los revolucionarios.

El general Joubert, jefe de las tropas victoriosas, obligó a abdicar al entonces Rey del Piamonte, Carlos Manuel IV, que se refugió en la isla de Cerdeña, donde su primer acto fué revocar su abdicación.

Joubert se encogió de hombros. La mayoría de los partidarios del Rey se le habían adherido; y entre ellos, y de los primeros en pasarse al general republicano vencedor, fué el príncipe Carlos de Carignano, padre de Carlos Alberto.

Es duro a veces contar la historia con verdad, sin afeites. Así queremos contarla aquí.

Joubert, halagado íntimamente por la adhesión del príncipe, le propuso un buen negocio: le dejaría su palacio y sus tierras con tal que renunciara a los derechos que alguna vez podían corresponderle a la corona de aquel reino transformado en provincia francesa.

Carignano, que estaba cuatro o cinco escalones abajo del trono, renunció alegremente a sus quiméricos derechos, conservó sus bienes y se hizo un ardiente republicano.

Por esos días nació Carlos Alberto. Empero la revolución no creyó en la sinceridad republicana de Carignano, y violó el convenio de Joubert; confiscó los bienes del príncipe y lo internó en París, donde murió a poco andar mediado el 1800.

Diez años después Napoleón, considerando los servicios que Carignano prestó a los franceses, cuando se realizó la reunión del Piamonte a Francia, concedió a su hijo el título de conde y una renta de 100.000 libras anuales, con la obligación de poseer en París un palacio que no costara menos de dos años de rentas.

La viuda de Carignano, afiliada a la masonería, muy de moda entonces, se volvió a casar y confió la educación de su hijo a un protestante de Ginebra.

Entretanto el rey destronado, Carlos Manuel IV, abdicaba en su refugio de la isla de Cerdeña y entraba en la Orden de los jesuítas. Sucedíale su hermano, Víctor Manuel I, que, no teniendo hijos varones, consideraba como heredero de aquella pequeña corona a su último hermano, el duque de Genevois, que más tarde había de ser efectivamente rey, con el nombre de Carlos Félix.

Dspués de éste, que tampoco tenía herederos directos, el trono correspondía a Carlos Alberto, conde ahora de Carignano, por merced de Napoleón.

He aquí cómo aquellos quiméricos derechos a que su padre renunciara en manos de Joubert adquirían inesperadamente consistencia y realidad. La abdicación de unos, la muerte de otros, iba poniendo un trono al alcance de aquel joven que en Ginebra se instruía en máximas protestantes.

Carlos Alberto oyó entonces el anuncio de las brujas de Macbeth: "¡Tú reinarás!" Pero ¿qué significaba ser rey de Cerdeña, si en las posesiones de este Rey no se incluían la Saboya, Niza y el Piamonte, con su hermosa Turín? Antes esas hermosas regiones pertenecían al reino de Cerdeña. Ahora sobre ellas mandaba Napoleón.

¡No importa! Carlos Alberto había oído el anuncio de las brujas, y empezó a conspirar. La masonería lo recibió con los brazos abiertos, y se dispuso a allanarle el camino del trono a cambio de terminantes promesas.

Sobrevino la caída de Napoleón y luego la restauración de los reyes despojados por él.

Víctor Manuel I abandonó su isla e instaló su capital en Turín. Ahora sí que valía la pena ser rey de Cerdeña, mucho más cuando la masonería y los carbonarios prometían a Carignano ayudarle a conquistar la Lombardía y Venecia, y a lanzarse desde allí sobre los demás reinos y principados, inclusive los del Papa.

Ahora las brujas cambiaban de tono para hablarle así:

"¡Tú reinarás, y serás el primer rey de la Italia unida y libre de austríacos!"

La restauración se había realizado en casi todas partes en sentido católico. Razón de más para que las Sociedades secretas trabajasen febrilmente por desposeer a los reyes actuales en beneficio de otros príncipes atados a ellas por juramentos y por amenazas.

Hemos visto en la carta de *Piccolo Tigre* que no consideraban difícil atraer esta especie de afiliado, en un tiempo en que eran innumerables los pretendientes, por ser muchas las dinastías y muy confusos los derechos.

No les bastaba a las Sociedades secretas la ayuda de príncipes destronados.

Necesitaban especialmente afiliar sacerdotes, prelados, cardenales, *para llegar a poseer un Papa.*

Aquel famoso jefe de la Suprema Venta que firma sus cartas con el seudónimo de *Nubius,* se encarga del gobierno de la alta sociedad, y escribe desde Roma a su cofrade Volpe, en 3 de abril de 1824:

"Debemos llegar al triunfo de la idea revolucionaria por medio de un Papa... Hay una parte del clero que muerde el anzuelo de nuestras doctrinas con una avidez maravillosa: es el sacerdote que no tendrá jamás otro empleo que decir su misa, ni otro pasatiempo que esperar en un café el toque del Avemaría, a las dos de la tarde, para irse a dormir la siesta. Este sacerdote, que es el más grande ocioso que existe en la Ciudad Eterna, me parece creado para servirnos de instrumento. Es pobre, ardiente, despreocupado, ambicioso; se sabe desheredado de los bienes de este mundo; vive murmurando contra la injusta repartición de los puestos y de los honores en la Iglesia... Tenemos también un tipo de sacerdotes corsos y genoveses que llegan a Roma con la tiara en la valija. Desde que Napoleón ha nacido en su isla, no hay uno solo de estos corsos que no se crea un Bonaparte eclesiástico."

Logran, en efecto, enrolar muchos de esos sacerdotes; hallan manera de acomodar su conciencia con sus deberes de carbonarios.

Pío VII vela sobre su redil, descubre la intriga, y en su bula del 13 de abril de 1821 lanza una memorable excomunión sobre la secta.

"Entre otras sectas, dice el Vicario de Cristo, es necesario indicar aquí una Sociedad recientemente formada, que se ha propagado en toda Italia y en otras naciones, y que, si bien dividida en varias ramas con distintas denominaciones, según las circunstancias, es realmente una sola, tanto por la comunidad de opiniones y de propósitos como por su constitución. Generalmente se la designa con el nombre de *Sociedad de Carbonarios.* Estos afectan un singular respeto y un celo maravilloso por la religión católica y por la doctrina y la persona del Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, a quien han tenido algunas veces la criminal audacia de llamar su Gran Maestre y Jefe de la Sociedad."

Los carbonarios acogieron la bula pontificia con hábil hipocresía. Afectaron creer que el Papa, engañado, había cedido a la influencia de los austríacos. Así podían seguir conspirando con aparente respeto a la Iglesia y procurando más que nunca la adhesión de los sacerdotes.

La habilidad con que presentaron como los únicos móviles de las Sociedades secretas el amor a Italia y el odio a la dominación extranjera, incautó a muchos. La ambición y el orgullo, que no mueren nunca, ni siquiera

en el corazón de los sacerdotes, facilitaron el engaño. Y muchos de ellos, y entre ellos algún prelado, como monseñor Cocle, arzobispo de Patrasso, confesor del rey de las Dos Sicilias, Fernando II, se hicieron carbonarios.

Para ellos el Papa había sido inducido en error por los austríacos. En el misterio de las logias y de las ventas trabajarían más eficazmente por el reino de Dios y la libertad de Italia.

Mentita est iniquitas sibi! La culpa se engaña a sí misma.

¡Dios y la libertad! Esta era la fórmula de otro sacerdote, quien, desde Francia, les daba la razón. Defensor elocuente del catolicismo, respaldado por una legión de polemistas fervorosos, pasaba por un padre de la Iglesia.

Al grito de Dios y la libertad, Lamennais se había lanzado en una ardiente cruzada. Algunas de sus expresiones parecieron rebasar los límites de la pura doctrina.

Fué a Roma à defender sus ideas. El Papa y el Sacro Colegio le dispensaron una acogida entusiasta, y llegó a decirse que volvería consagrado con la púrpura cardenalicia.

¿Era, pues, el apóstol de los tiempos nuevos, el cardenal que ansiaban los carbonarios?

¡Oh, no! León XII, con inspiración más divina que humana, descubrió el error en la doctrina, y la diabólica soberbia en el fondo de aquella alma.

Con voz serena y triste hace esta terrible confidencia a su secretario de Estado, el cardenal Bernetti:

"El abate Lamennais nos ha producido una impresión de espanto. En la frente de ese sacerdote hay el sello del heresiarca. Sus amigos de Francia y de Italia querrían para él un capelo de cardenal. Este hombre está demasiado poseído de orgullo para no hacer arrepentirse a la Santa Sede de una bondad que sería justicia no considerando más que sus obras actuales..."

En la misma carta en que el cardenal Bernetti apunta las palabras del Papa agrega sus propias impresiones. "Para darme exacta cuenta de lo que el Santo Padre se ha dignado manifestarme, he querido ver de nuevo al abate de Lamennais y le he invitado a almorzar con su compañero de viaje. Con vergüenza, o mejor con satisfacción de mi caridad, confieso que no he descubierto nada de infernal en este hombrecito enfermizo, cuya conversación hace tan poco honor a su genio... Es evidente que el abate de Lamennais, después de habernos defendido victoriosamente en sus obras y en los periódicos, se complacería en hacernos pagar su defensa, imponiéndonos sus doctrinas y haciéndonos endosar sus exageraciones."

Lamennais vuelve a París, y la sombría adivinación de León XII no tarda en cumplirse.

En la Chenaie, su pequeña posesión de Bretaña, Lamennais erige una especie de Port Royal, rodeado de discípulos a quienes transmite el fuego que lo devora: ¡Dios y la libertad!

Funda un periódico, *El Porvenir*, y una agencia eclesiástica para la defensa de la libertad religiosa.

El Papa, en ese tiempo Gregorio XVII, desaprueba aquella defensa incendiaria del catolicismo y ordena la supresión de *El Porvenir*. Lamennais va a Roma a justificarse, y regresa con el corazón irremediablemente ulcerado, porque el Papa no se ha plegado a sus doctrinas.

Y aquel en quien sus discípulos descubrían un segundo Bossuet, fué un nuevo Tertuliano, y se hundió en la más trágica apostasía.

El que pudo aplicarse, en la embriaguez de su genio, las palabras de Isaías: "El Señor ha hecho de mí como una flecha encogida en su carcaj", vivió largos años combatiendo enconadamente a la Iglesia de Cristo, y murió ordenando que sobre su tumba no se pusiera ninguna cruz.

En los comienzos de 1821 las logias preparan en el Piamonte la revolución contra el rey Víctor Manuel I. Su sobrino, Carlos Alberto de Carignano, desempeña a medias su papel de conspirador sin abandonar del todo a su rey, que lo considera, más que su sobrino, su hijo.

El de Carignano se inicia en la triste serie de vacilaciones que han de conducirlo de las logias al trono, del trono al campo de batalla y a la abdicación y al destierro, y le harán dar por los mordaces pasquines italianos el sobrenombre de "Re Tentenna", Rey Vacilante.

La revolución estalla, exigiendo que el Rey otorgue al país una Constitución a la manera de la que han arrancado los españoles a Fernando VII.

La revolución de Turín hubiera sido fácilmente dominada, pero Víctor Manuel no quiere que se derrame una gota de sangre, y encarga a su sobrino que vaya a parlamentar con los revolucionarios.

Sea que Carlos Alberto desempeñara mal su cometido, sea que las cosas no pudieran marchar de otro modo, el resultado fué la abdicación de Víctor Manuel I.

No teniendo éste sino hijas mujeres, que no podían subir al trono, pues en el reino de Cerdeña imperaba la ley sálica, el Rey abdica en favor de su hermano Carlos Félix, duque de Genevois, ausente de Turín, y nombra regente del reino a Carlos Alberto.

Llega la hora de empezar a cumplir sus promesas. Los revolucionarios exigen que se otorgue al reino la Constitución española, y Carlos Alberto se allana y concede.

Pero nadie, ni los que la exigen ni el que va a promulgarla, conocen cómo es la Constitución española. A duras penas consiguen un ejemplar de ella, que posee el señor Garrau, el más sabio jurisconsulto de Turín. Van, pues, a proclamarla a libro cerrado, sin saber lo que contiene, cuando Garrau les advierte que la Constitución española no reconoce la ley sálica, y, por consiguiente, las mujeres pueden subir al trono, de donde se deduce que si el señor de Cerdeña la adopta, *ipso facto* recaerá la corona en Beatriz, la hija mayor de Víctor Manuel I, casada con el duque de Módena.

Momento de perplejidad. A Carlos Alberto no le conviene que la corona pase a la princesa Beatriz, sino a Car-

los Félix, que no tiene hijos, y de quien él será el heredero.

Se resuelve, pues, proclamar la Constitución española amputándole el artículo conforme al cual las mujeres pueden reinar.

Pero Garrau observa un segundo inconveniente. La Constitución española, en su artículo primero, declara que "la religión católica apostólica romana es la religión del Estado".

¿Cómo un príncipe, inspirado por las Ventas y las Logias, va a incurrir en el despropósito de dar a su pueblo una Constitución reaccionaria? ¡Abajo también ese artículo!

Hechas esas dos correcciones, el regente promulga la Constitución española, que empieza a regir en los Estados de Cerdeña.

Todo se hace precipitadamente para poner al nuevo rey, Carlos Félix, en presencia de los hechos consumados.

Mas Carignano no está tranquilo. Acosado por el remordimiento, teme la cólera de Carlos Félix, que odia a las Sociedades secretas y va a descubrir el verdadero fondo de la intriga.

Para engatusarlo envíale un mensajero fidelísimo, que le relate en forma conveniente los sucesos, y lo invita a venir a Turín.

Carlos Félix no traga el anzuelo, y furioso del papel doble que ha desempeñado su sobrino, como carbonario y como regente, se niega a reconocer la abdicación de su

hermano y la Constitución; y, como primera medida, destierra a Carlos Alberto, confinándolo a Novara, en los límites del Piamonte, casi en las garras de la Policía austríaca, que ha de vigilar mejor que la suya misma al ambicioso y débil príncipe.

Y como Víctor Manuel insiste en su abdicación, comienza el reinado de Carlos Félix, que con su primer decreto ha desbaratado la intriga de las Logias. Luego resuelve desheredar al príncipe de Carignano, en cuyo amor no tiene confianza, aunque el joven príncipe se lo declara en cartas arrepentidas y románticas.

Carlos Alberto no se resigna a perder sus derechos, y escribe al Rey de Francia y al Zar de Rusia y a otros príncipes y al mismo Papa, a fin de que intercedan por él. Y da muestras de remordimiento y abandona toda relación con las Sociedades secretas, a tal punto que éstas lo consideran un traidor, y los carbonarios lo condenan a muerte.

Toda su vida ha vivido, según dice él mismo, entre el veneno y el puñal. Tal vez exagere, pero no hay duda que sus antiguos amigos le profesaron desprecio u odio viendo la transformación de su conducta para hacerse perdonar de Carlos Félix.

Pero éste no le creía, y escribía así a Víctor Manuel: "Aunque haga las penitencias de un anacoreta, aunque se discipline hasta verter sangre, no se debe mirar su conversión como sincera."

Y añadía, con duro sarcasmo: "Pienso que los gran-

des bigotes del príncipe de Carignano son más propios de un carbonario que de un convertido. Sólo Dios ve los corazones. El puede haber operado el milagro de su conversión, pero todavía no ha hecho el de convencerme de ella a mí..."

Algún tiempo después se le brinda a Carignano una oportunidad de probar su sinceridad: la guerra de Francia en España. Luis XVIII ha resuelto enviar 100.000 soldados contra los revolucionarios españoles, que han hecho jurar a Fernando VII aquella Constitución que Carlos Alberto proclamara en Turín.

Si ahora el mismo Carlos Alberto sienta plaza de soldado en las tropas francesas, que van a combatir a los revolucionarios, el rey Carlos Félix depondrá sus recelos contra él.

Carlos Félix demora en concederle el permiso. El príncipe le escribe cartas tras cartas. Se le muestra impaciencia de correr la aventura "para que la infame Constitución sea destruída en el lugar mismo donde ha nacido".

Por fin consiente el Rey, pero nombra a un general de su confianza para que constantemente acompañe al príncipe e impida toda comunicación de éste directa o indirecta con los revolucionarios españoles ..

Carlos Alberto asiste a diversos combates, se porta bravamente en la toma del Trocadero y regresa con la gloria de un héroe.

Para los carbonarios, ese heroísmo de su antiguo afiliado es un crimen. Las cartas anónimas con amenazas de muerte llueven sobre él.

Berchet, uno de los poetas que antes lo habían ensalzado, escribe contra él, y su canto se difunde en toda Italia: "¡Oh, Carignano: tu sitio estaba señalado entre los héroes! Pero has preferido un camino infame. ¡Traidor! Has entregado a los reyes tu patria y los compañeros que tuvieron fe en ti."

Todavía Carlos Félix no le cree. Supone que todo lo sacrifica al afán de ser rey algún día, y que entonces volverá a entregarse a los carbonarios.

Carlos Alberto se halla dispuesto a garantizar lo contrario de todas maneras, y acepta firmar un documento por el cual se compromete, cuando ascienda al trono, a conservar intactas las bases fundamentales y la forma orgánica de la Monarquía.

En los últimos días de enero de 1824 firmó Carlos Alberto aquel extraño compromiso, redactado por Metternich, como que la mano del Gobierno austríaco anduvo en aquel negocio de dinastía.

La reconciliación por fin se hizo, mas nunca fué cordial la amistad entre el receloso tío y el sobrino arrepentido.

En 1831 murió el rey Carlos Félix, y subió al trono el príncipe de Carignano.

En Francia, desde el año anterior, reinaba Luis Felipe, hijo de la revolución y de las Logias, quien, cum-

pliendo sus pactos, fomenta la revolución en Italia, especialmente en la Romaña, que pertenece a los Estados pontificios.

Dos sobrinos del emperador Napoleón I, hijos de Hortensia, la ex reina de Holanda, afiliados al carbonarismo, figuran entre los cabecillas revolucionarios. Se llaman Carlos Luis y Luis Napoleón.

Carlos Luis, el mayor, escribe al Papa Gregorio XVI una carta, en el estilo del gran Napoleón, conminándolo a renunciar al poder temporal y amenazándolo con tomar Roma. Pero ni el Papa le responde ni él tiene tiempo de cumplir su plan, pues una prosaica enfermedad lo aleja del campo de batalla. El 11 de marzo del año 31, en una fonda de Forli, muere de sarampión complicado con bronconeumonía.

El otro hermano, Luis Napoleón, sale con vida de la aventura carbonaria, pero con escasa gloria.

Austria ha enviado tropas en apoyo del Papa y los revolucionarios se retiran hacia Spoletto.

Es arzobispo de Spoletto un hombre de treinta y seis años, monseñor Juan Mastai Ferretti. En cierto momento los revolucionarios, que se entretenían en saquear la ciudad, son copados por los austríacos. Van a caer prisioneros y serán fusilados. Los salva el arzobispo, que les recoge las armas y les da medios de pasar la frontera.

Entre los socorridos está el hijo segundo de la reina Hortensia. Por primera vez en la historia se encuentran frente a frente Luis Napoleón Bonaparte, que ha de llamarse después Napoleón III, emperador de los franceses, y monseñor Mastai Ferretti, que será Pío IX.

Como los revolucionarios estuviesen prontos a recomenzar, contando con el apoyo del rey de Francia, Maetternich, ministro omnipotente del emperador de Austria, amenaza con la guerra a Luis Felipe, si pretende erigirse en presidente de la propaganda revolucionaria.

Merced a esa enérgica intervención, se suceden diez años de relativa paz.

Era ya rey de Cerdeña Carlos Alberto, que hacía olvidar sus primeras debilidades fomentando la prosperidad del Piamonte con una administración enérgica y progresista.

Así, llegamos al año de 1841, cuando Don Bosco se instala en Turín y empieza a trabajar en su obra gigantesca: la enseñanza de la juventud obrera, especialmente; la vuelta a las prácticas católicas de aquel pueblo envenenado por las sectas.

IX

EL PRIMER BIRICCHINO

Pasado el aturdimiento y la admiración de los primeros días, ¿qué descubren sus ojos en los rincones de la populosa capital del reino?

Miseria material y moral; miseria disimulada por el esplendor de la corte, la actividad de las industrias, el renombre de las escuelas.

Bandas de muchachos, de todas las aldeas del Piamonte y aun de la Lombardía, venidos a buscar trabajo, recorren fábricas y talleres y acaban decepcionados, perdiendo en la ociosidad sus buenas costumbres de campesinos.

Siempre que Don Bosco sale de paseo, instintivamente va hacia los sitios donde se reunen grupos de muchachos sin trabajo. Quisiera entrar en su amistad, pero ya no puede, como lo hacía en Chieri, atraerlos con pruebas de prestidigitador. La dignidad del sacerdote dificulta la empresa.

Ellos mismos desconfían de él. Saben que los clérigos son altaneros y no gustan de trabar relación con muchachos de su laya.

Por excepción se encuentra un Don Cottolengo, un Don Cafasso, que atraen con su dulzura a los hijos del pueblo.

¡Con qué lastimera sonrisa piensa Don Bosco en las palabras de Don Cottolengo, que un día halló muy flojo el paño de su sotana! ¿Dónde están los niños que han de tironearle de un lado y de otro hasta desgarrársela? Señor, ¿dónde están los niños que tú quieres que yo eduque? ¿Dónde están los perros y lobos y zorros de mi sueño?

A fuerza de pasar por aquellos sitios donde ellos se reunían, algunos chicuelos acabaron por acercársele, y aun lo acompañaban. Una medallita, una castaña tostada, alguna imagen, era cuanto podía ofrecerles. Pero más que eso valían sus palabras y sonrisas. ¡Oh, la sonrisa de Don Bosco! Toda su alma estaba en sus ojos y en sus labios; su alma, que arrojaba los demonios con el resplandor de su alegría.

Yo tengo para mí, y lo diré de paso, que aunque uno haya leído las cien historias que se han escrito de Don Bosco, si no ha encontrado en ellas su sonrisa no conoce la vida de Don Bosco; y si leyéndola no ha aprendido a ser amable y alegre como él, con todo el mundo y en todo tiempo, no es verdadero discípulo suyo.

Ya los muchachos lo esperan a las horas que sabe pasar; ya lo siguen por calles y plazas hasta la puerta de la

Casa Chica, o de las cárceles, o de los hospitales, que visita a menudo, o hasta el Convictorio eclesiástico de San Francisco de Asís, donde vive.

Un día de los últimos de ese otoño, en una mañana crudísima que parece de pleno invierno, está Don Bosco revistiéndose en la sacristía para celebrar la misa. Es el 8 de diciembre, fiesta de la Santísima Virgen. ¡Oh, si ella le inspirara lo que debe hacer!

Es muy temprano. El sacristán acaba de abrir la puerta. Un muchacho, medio muerto de frío, se cuela detrás de él, atraído por el calorcito que reina en la iglesia y tal vez con la esperanza de alguna limosna.

Como no conoce el terreno, de pronto se halla en la sacristía delante de aquel sacerdote revestido, que reza, de pie, con los ojos cerrados.

El sacristán, un tal José Comotto, irascible y rezongón, según suelen ser los sacristanes, se da a todos los diablos, porque va a tener él que ayudar la misa a Don Bosco, pues no ha venido ninguno de los muchachos que suelen hacerlo.

Vuelve a la sacristía y ve al recién llegado, inmóvil, a cuatro pasos de Don Bosco.

—¡Bueno, aquí está éste!—exclama satisfecho, entregándole el misal—. Tú vas a ayudar esta misa.

El muchacho retrocede sin tocar el hermoso libro.

—¡No sé qué es eso!

—¿Cómo que no sabes? ¡Es el misal! Es preciso que ayudes esta misa.

—No sé, nunca lo he hecho.

—Y si no sabes, ¿a qué vienes aquí?

—¡Tenía frío! — murmura desventuradamente el chico.

—¿Conque tienes frío?—exclama, enfurecido, Comotto—. ¡Yo te voy a hacer entrar en calor!

Coge un plumero y descarga sobre él una tempestad de palos y puñetazos. El muchacho huye, sin atinar con la salida. Recibe más golpes, se larga a llorar y, por fin, da con la puerta.

Don Bosco, abstraído en su oración preparatoria, sólo advierte lo que acaba de pasar cuando el chico va huyendo por la plaza.

El sacristán aparece bufando, satisfecho de su energía.

—¿Qué ha hecho, Comotto?—le pregunta severamente el sacerdote—. ¿Por qué ha castigado a ese niño?

—Porque se ha metido en la sacristía y no sabe ayudar a misa.

—Ese no es motivo para pegarle.

El sacristán mira a Don Bosco de arriba a abajo.

—¿Y a usted qué le importa?—le replica desdeñosamente.

—Sí, me importa mucho; ese chico es amigo mío; llámelo al instante...

—¡No faltaría más!

—Si no lo llama, diré al rector cómo trata usted a los niños... ¡Vaya!

El sacristán refunfuña una imprecación en piamon-

tés: *"Toder, toder!"*, pero sale a buscar al fugitivo, lo encuentra en la calle, lo tranquiliza y logra traerlo a presencia de Don Bosco.

Este lo acaricia y le habla amorosamente:

—¿Has oído misa ya?

—¡No!

—Bueno, ven conmigo, la oirás, y después tengo que decirte algo que te gustará mucho.

Aturdido y asustado aún, el muchacho consiente en llevar el misal y acompañar a Don Bosco hasta el altar, por no quedarse mano a mano con aquel sacristán cascarrabias. Pero allí termina su ayuda.

Después de la misa, Don Bosco lo conduce a un cuartito sin otros muebles que un armario y un banco de madera. Oigamos lo que hablan:

—Tienes cara de ser un buen chico ¿No es cierto?

No hay respuesta. Pero una primera sonrisa alumbra la cara paliducha y tímida del muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Bartolomé Garelli.

—¿De dónde eres?

—De Asti.

—¿Cuál es tu oficio?

—Albañil.

—¿Cómo se llama tu padre?

—No tengo padre; ha muerto.

—¿Y tu madre?

—También ha muerto.

—¡Oh, mi pobrecito amigo! ¿Estás solo en el mundo?... ¿Cuántos años tienes?

—Quince, dieciséis, no sé de cierto.

—¿Sabes leer y escribir?

—No sé nada de eso.

—¿Has hecho la primera comunión?

—No.

—¿Te has confesado alguna vez?

—Sí, cuando era chico.

—¿No vas al catecismo?

—No; nunca.

—¿No te gustaría ir?

—¡No!

El gesto es rotundo, pero Don Bosco adivina que en aquella negativa hay más timidez que mala voluntad. Palmea en el hombro al muchacho y le pregunta dulcemente:

—¿Por qué?

—Porque yo soy grande y no sé nada, y mis compañeros chicos sabrían más que yo.

—Veamos, Garelli; si yo te enseñara a ti solo, ¿vendrías a verme?

—¡Oh! Sí, vendría con mucho gusto.

—¿Vendrías aquí mismo? Ya sabes cómo se entra por la sacristía.

El muchacho guarda silencio.

—¿Qué dices? ¿No quieres venir?

—Sí, pero si no está allí ese hombre para apalearme.

—¡Mi pobre Garelli! Yo voy a arreglar eso. Nadie te molestará; vendrás solo, o si quieres con otros compañeros, y yo te esperaré aquí mismo. ¿Cuándo quieres comenzar a aprender el catecismo?

—Cuando usted me diga.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—¿Y no es mejor ahora mismo?

—Bueno, con mucho gusto.

Ya que la Santísima Virgen, en el día de su fiesta, le mandaba aquel primer discípulo, Don Bosco no iba a dejarlo escapar.

Se arrodilla, y con la emoción del que va a comenzar una solemne etapa en su vida, reza un avemaría.

Aquel avemaría fué como el grano de mostaza de la parábola. Otras, por millones de millones, han brotado de esa imperceptible semillita, que no cayó en tierra estéril.

—¿No haces como yo, Garelli? ¿No te santiguas en el nombre del Padre, y del Hijo...?

—No sé hacerlo...

—Bueno, vamos a comenzar por allí. Se hace de esta manera: dame tu mano derecha; pon así los dedos. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

Al domingo siguiente, Bartolomé Garelli se presenta en la sacristía con otros seis muchachos de su laya, aprendices de albañil, pero con más hábito de correr las calles que de manejar la llana.

Don Bosco los recibe, los entretiene contándoles historietas edificantes, poniendo en juego su ingenio alegre y fecundo, y empieza a enseñarles la doctrina cristiana y termina haciéndoles cantar una cancioncita que él mismo ha compuesto.

Ese es el origen de las famosas reuniones de muchachos, que él llamó *Oratorios festivos*.

De semana en semana fué aumentando el número de los que concurrían a la piecita donde Don Bosco enseñaba, con palabras fáciles de retener y con preciosas historias.

Para aquellos pobres chicos de la calle era una novedad y un embeleso ver que alguien se interesaba por su bien. Terminada la lección, el sacristán, seducido por algún regalillo de Don Bosco, y más que todo ganado por sus buenos modales, dejábalos divertirse en la plazoleta contigua a San Francisco de Asís.

Entre semana Don Bosco recorría las fábricas y los sitios donde se construían casas y buscaba empleos para sus protegidos.

Pasando por una de aquellas construcciones, oye a uno de los albañiles cantar una canción muy bonita y muy popular. No entiende la letra, pero saca su lápiz y su cuaderno, raya un pentagrama y apunta las notas para retenerlas.

Vive en Turín un gran poeta italiano, famoso en el mundo entero por su libro *Mis prisiones*. Don Bosco lo conoce y lo ha tratado, pues a menudo Silvio Pellico va

a confesarse con Don Guala, el fundador y director del Convictorio eclesiástico.

Obedeciendo a una repentina inspiración, va en busca del autor de *Mis prisiones*, que vive en el palacio de la marquesa de Barolo, y le pide que componga una poesía en honor del ángel de la Guarda, capaz de adaptarse a aquella música.

Silvio Pellico compone entonces los deliciosos versos *Angelito de mi Dios*, que una o dos semanas después corren ya en boca de los muchachos de Don Bosco, y que todavía ahora se cantan en los Colegios salesianos, y se cantarán por siglos de siglos.

No imaginaba ciertamente el compositor de la canción que cantaban los albañiles el destino de su música.

"En poco tiempo—dicen las *Memorias*—me encontré rodeado de jovencitos obedientes y laboriosos, y cuya conducta, en los días de trabajo como en los de fiesta, yo podía garantir."

No pensemos que esos jovencitos eran la crema de la ciudad. Todo lo contrario. Don Bosco echaba su red en las aguas revueltas y fangosas de los suburbios, en los barrios populares, en calles y plazas y rincones baldíos; y pescaba de todo, y se alegraba más de pescar lo malo que lo bueno.

"Al uno—cuenta él mismo—lo conducía a casa de sus padres, de donde había huído; al otro, que era ocioso y vagabundo, lo colocaba con un patrón, dedicado al trabajo; algunos, recién salidos de la cárcel, se tornaban

modelos de los camaradas; aquéllos, ignorantísimos de las cosas de la fe, se instruían en la religión."

En el edificio del Convictorio hay un buen patio, que el rector cede a Don Bosco para que sus muchachos jueguen más al abrigo que en la descampada plazoleta de San Francisco.

Pero el alboroto que ellos arman perturba el sosiego de aquella casa de altos estudios y de oración. Las quejas se multiplican, y algunos sacerdotes, que no comprenden el bien que hace el oratorio festivo, empiezan a poner piedras en el camino de Don Bosco.

Don Bosco tendrá en este mundo la herencia que han tenido todos los santos, y que tuvo el Divino Maestro: la contradicción, la persecución; y con su paciencia, probará su doctrina, conforme a las palabras del Espíritu Santo. (Proverbio 19, II.)

Los seis primeros camaradas de Bartolomé Garelli se habían multiplicado por diez y por veinte; y si hubiesen tenido un amplio local donde acogerlos, serían cien veces más. Y apenas hacía dos años que existía el oratorio.

En 1843 Don Bosco, en las vacaciones, comienza a ir al santuario de San Ignacio, en el pueblo de Lanzo, a dar los ejercicios espirituales a los laicos. Desde entonces hasta 1875 no dejó de ir ningún año, y durante muchos hizo el viaje a pie, saliendo de Turín a las tres de la mañana para llegar a Lanzo a las diez. Su salud estaba lejos de ser buena, pero su voluntad y su abnegación le infundían un vigor portentoso.

En esas vacaciones volvió a su aldea natal, y visitó en Castelnuovo a su antiguo protector, Don Cinzano. Estaba el viejo párroco zambullido en la lectura de un libro que hacía entonces un ruido formidable en toda Italia y aun en Europa entera. La obra del abate Gioberti *El primado civil y moral de los italianos.*

Ahora nos costaría trabajo leer y gustar ese estilo y participar del entusiasmo que despertó el libro entre toda clase de gentes, y en especial en el clero.

Gioberti se presenta como el apóstol de la unidad italiana, realizada en la forma de una Liga de sus diversos Estados bajo la presidencia del Papa. Los elogios al catolicismo y el carácter sacerdotal del autor eran apropiados para hacer pasar como doctrinas de la iglesia romana las teorías políticas de las Sociedades secretas y de Mazzini.

Por ese tiempo Gioberti, desterrado del Piamonte, vivía en Bélgica, y colaboraba en el periódico de Mazzini *Giovane Italia.*

Don Bosco toma el libro que tanto embelesa a Don Cinzano, lo hojea y hace una mueca desdeñosa, que solivianta al buen viejo.

—¿Qué tienes que decir de esta obra, espléndidamente escrita y llena de doctrina católica?

—Mi querido señor vicario, desconfiemos de esa doctrina, que puede no ser tan católica como parece.

—¿Y por qué?

—Porque el abate Gioberti no lleva una vida de sacerdote católico, y no puede tener un color la vida y otro color la doctrina. Vive en Bruselas, en comunicación con Mazzini y otros conspiradores. Enseña Filosofía en un colegio protestante; no celebra misa desde hace años; no reza el breviario y no viste de sacerdote, sino de civil... Todo eso bastaría para hacerme sospechoso el libro...

Volvió a hojearlo y leyó en alta voz algunos pasajes, comentándolos.

—Como todos los reformadores del catolicismo, Gioberti no se contenta con purgarlo; quisiera transformarlo...

Don Cinzano, que es tozudo, menea la cabeza y contesta en su dulce piamontés, sonriendo:

—*Don Bosc! Don Bosc! ti't ses un sant baloss!*

Tres años después, la Iglesia ponía en el Indice todas las obras del abate Gioberti. La inocente mirada de Don Bosco había penetrado su malicia.

En Turín, aparte de sus estudios y del oratorio festivo, que va creciendo como una planta vigorosa, confiesa, predica, administra los sacramentos en los hospitales, en los asilos, en las cárceles.

Confesar es su vocación. No lo rinde jamás la fatiga. Suele estarse horas y horas, con los pies fríos, en un rincón glacial, escuchando a los penitentes, que se renuevan a su alrededor. Mientras más gordos son los pecados de que se acusan, más alegría siente viendo en forma tan palpable la operación de la misericordia divina.

Cuando se le acerca un nuevo cliente, su mirada sa-

gacísima descubre antes que el otro abra la boca qué especie de pecados son los que lo atormentan y lo llevan a sus pies. Adivina sus vacilaciones y su vergüenza, y lo alienta con palabras así:

—Vea, mi amigo, hoy tengo tiempo sólo para confesar cosas graves; de modo que si usted no me trae sino bagatelas, le ruego que dejemos para más tarde esta confesión.

El penitente comienza a sentirse más animado, pero todavía vacila. Don Bosco añade:

—Si tiene cosas graves, échelas sobre mí, y estaré contento, y el Señor estará más contento aún.

—¡Oh, no dude que yo le voy a satisfacer!—exclama con voz sorda y conmovida el penitente.

—¡Gracias a Dios! ¿Cuántos años hace que no se confiesa?... ¡Háblame como a un amigo que tiene el poder de perdonarlo en nombre de Dios! ¡Háblame como al mismo Dios que sabe todo lo que usted me va a decir!

No era posible que por inmensas que fuesen las culpas de aquel que se arrodillaba a los pies de Don Bosco, se negara a declararlas a quien le hablaba así.

Don Bosco había confesado en las cárceles, y conocía la mortal vanidad que los criminales sacan de sus delitos. Los mayores delincuentes eran los más reputados. Gozaban con la siniestra fama de sus crímenes, hablaban de ellos sin reparo y hasta despreciaban a los sólo culpables de pequeños delitos. "¡Qué me vas a decir a mí que

he estado en galeras doce años!" "¿Y a mí, que fuí condenado a muerte y el Rey me conmutó la pena?"

Esa franqueza brutal, ese orgullo del crimen, las más de las veces no era otra cosa que necesidad de confesar, de descargar la conciencia en el pecho de un amigo. Don Bosco lo comprendía y encauzaba hacia el bien el instinto de confidencias de aquellos desventurados.

Y fuera de las cárceles procedía igual, porque hay muchos crímenes que la justicia humana ignora o no castiga, pero que aplastan como un torno el corazón del culpable.

¡Qué alivio para éste saber que hay un confesor a quien puede confiarle su horrible secreto, y que no se va a escandalizar, sino que se va a alegrar, va a ser su amigo, y lo va a perdonar en nombre de Dios! ¡Y nadie en el mundo, nunca, jamás, sabrá nada de aquel misterioso diálogo que hayan tenido entre los dos!

Los hospitales y las cárceles en aquellos tiempos, no eran como hoy. En la cárcel no había celdas, sino grandes salas donde permanecían hacinados centenares de presos. Don Bosco, para confesar, buscaba el rincón más tranquilo por lo retirado, y era a veces el más sucio, junto al lugar infecto, que servía a todos de retrete.

No había silla, y debía sentarse en un madero, en un atado de paja podrida, que ya ni para lecho servía. El penitente se arrodillaba a sus pies, apoyaba la frente en la propia cabeza de Don Bosco, y desgranaba en su oído santo las cosas nefandas que mordían su conciencia. En esa

postura, agachado, ya a derecha, ya a izquierda, y en ese lugar pestífero, pasaba tantas horas que alguna vez lo sorprendió la noche.

No era posible salir de la cárcel, porque al toque de oración, cerraban las puertas y el alcaide se llevaba las llaves. Nadie salía hasta el día siguiente.

Los carceleros, que amaban a Don Bosco, y que eran también sus clientes, corrían despavoridos en busca del superior. No era fácil hallarlo a esa hora, ni iba a dispensarles buena acogida. Lo probable es que los mandara a paseo y condenara al imprudente sacerdote a dormir en el presidio por haber violado el Reglamento.

Don Bosco sonreía y aguardaba, y cuando, por fin, le abrían la puerta, eran las once o las doce de la noche. Mala hora para llegar al Convictorio Eclesiástico.

El superior, teólogo Guala, amonestábalo severamente.

—¿Cómo es eso? ¿No conoce el Reglamento de la casa?

—¡Oh, señor! ¡Si viera el quehacer que había en la *Piccola Casa*, y en el hospital, y, finalmente, en la cárcel!

—Será así, pero eso no es motivo para llegar a estas horas. Si hay mucho que hacer, déjelo para otro día, y, ante todo, cumpla con el Reglamento.

Sin resentirse, Don Bosco agachaba la cabeza, pedía perdón y subía a su aposento.

¡Lo que ha tenido que sufrir, no de los malvados, sino de los buenos, sólo Dios lo sabe!

Pero si el grano de trigo no es triturado por la rueda del molino, no se transforma en la harina, de que se hace el pan.

X

¿ACASO LOCO?

Se acerca el plazo en que debe abandonar el Convictorio.

¿Qué hará? ¿Adónde irá?

Vuelve a asaltarlo la idea de hacerse misionero o religioso. Ahora piensa en los capuchinos. Tiene algunos amigos en dos conventos de esa Orden, que ha visitado.

¡Qué delicia vivir en una celda, con muchos libros, estudiando la Historia Sagrada, la historia de la Iglesia, la Teología y escribiendo, sin tener que preocuparse de las cosas materiales!

Pero le atrae más, tal vez, la idea de penetrar en tierras de salvajes, a predicar el Evangelio y a sufrir el martirio. La Congregación de los Oblatos de la Virgen María, tiene sus preferencias, porque en esos años se habla mucho de sus conquistas espirituales en los países paganos del Extremo Oriente. Y ya que ama tanto a los niños, ¿cómo no ha pensado antes en los millares y millares de criaturas que mueren sin bautismo en aquellas misteriosas regiones?

¡Ya está! ¡Será oblato de la Virgen María!

Con aquel ímpetu generoso de todas sus resoluciones, destina todos sus minutos libres a estudiar lenguas, español, inglés, francés, instrumentos preciosos para un misionero. Ha consultado a su confesor, Don Cafasso, quien sacude la cabeza irónicamente:

—¿No pensaba también ser sastre? ¿Cómo va la sastrería?

Don Cafasso alude a aquel sueño que Don Bosco le ha narrado, en el cual se veía zurciendo retazos de diversas telas y cortando ropas.

Un día, ansioso de concluir con sus dudas, prepara su maleta y se presenta a Don Cafasso.

—Vengo a decirle adiós.

—¿Adónde va?

—A hacerme oblato de la Virgen María.

—¡Ah, Don Bosco, Don Bosco!... ¿Y la sastrería?... Vaya, deje su maleta y venga a hablar conmigo...

—¡Yo estoy resuelto a ser misionero!

—No, usted no puede ser misionero. No puede andar una milla en un carruaje cerrado, sin marearse y estar a la muerte, y piensa cruzar el Océano... ¡No, no! Dios no quiere que usted sea misionero... Déjeme pensar a mí...

Don Cafasso ha adivinado sobrenaturalmente la misión de Don Bosco.

No sólo en el centro del Asia y del África y en las

regiones inexploradas de América hay infieles a quienes evangelizar. También en Turín y en Roma, y en todas las grandes ciudades. Esos son los pedazos de telas diversas que debe zurcir. Esa la sastrería que no puede abandonar.

Con su acostumbrada humildad, Don Bosco renuncia al proyecto.

Don Cafasso ha encontrado para él un empleíto que le permitirá dedicarse a sus *biricchini*, sus muchachos, sin abandonar su querida Turín.

La marquesa de Barolo va a darle 50 liras mensuales, como director espiritual del *Ospedaletto*, un hospital de niños que ella ha fundado.

Magnífica y a la vez curiosa figura la de aquella marquesa de Barolo. Es una gran dama francesa, Julieta Colbert, viuda de uno de los hombres más ricos de Turín. No tiene hijos y gasta sin contar su gran fortuna en obras de caridad y en fundar instituciones piadosas, colegios, hospitales, asilos, y en hacer venir del extranjero hermanas de Congregaciones nuevas en el Piamonte para que los atiendan.

Durante el cólera de 1835 se la ha visto a ella personalmente cuidar a los apestados.

A su muerte se han conocido sus penitencias. Lleva cilicio. No es bastante: también quiere fundar Ordenes religiosas, y no se contenta con una, funda dos: las Hermanas de Santa Ana, para cuidar de las niñas pobres, y las Hermanas de Santa Magdalena, para la reeducación de las

descarriadas. Remueve cielo y tierra, y en seis meses consigue del Papa Gregorio XVI la aprobación de sus Constituciones.

Además, tiene un salón, uno de los más aristocráticos salones de la corte de Carlos Alberto.

Poetas, filósofos, escritores, políticos, hombres de mundo, se disputan el aparecer en aquel salón. Es un título difícil de alcanzar, y más aún de conservar, porque la marquesa de Barolo es rígida y autoritaria. Bien lo sabe su secretario, Silvio Pellico.

El dulce autor de *Mis prisiones* ha dejado las malas compañías. Ya no es carbonario. Es un ruiseñor que ha anidado en el alero de un príncipe.

Suele pasar horas en el salón privado de la marquesa, despachando su correspondencia copiosa como la de un primer ministro. Ella, en el hueco de la ventana, cose o teje para sus pobres. Nadie chista mientras ella no habla. Su ovillo rueda por el suelo y se oye su voz imperiosa:

—¡Silvio! ¡Alcánzame el ovillo!

Y el autor de *Francesca de Rimini* corre, en cuatro patas bajo la mesa, donde se ha escondido el ovillo.

Con una ojeada, en la primera entrevista, la marquesa de Barolo mide la estatura de su nuevo protegido, aquel joven sacerdote que le presenta el teólogo Borel. ¿Qué hay debajo de aquella sotana pobre, detrás de aquella frente que los negros cabellos hacen parecer más pálida? ¿No es un poco tímido? ¿No le han dicho que quería ser

franciscano y también misionero? Eso significará que su voluntad es ondulante. ¡Mejor! La noble dama tiene bastante voluntad ella sola como para que todos sus colaboradores puedan privarse de tenerla.

Satisfecha de esa primera impresión, lo conversa amablemente y se complace en allanarle toda dificultad. ¿Don Bosco no quiere abandonar a sus *biricchini?* ¡Bueno! Que los reuna en su pieza, que va a ser vecina de la del teólogo Borel.

—¡Y también en la mía!—dice éste.

Los dos amigos, desde ese instante, van a trabajar con alma y vida en los Oratorios festivos, la ingeniosa idea de Don Bosco para atraer a los muchachos vagabundos de Turín.

El domingo, a la hora acostumbrada, van llegando al nuevo local los *biricchini* de todos los rumbos de la ciudad. Se juntan más de doscientos, y sus gritos, sus saltos, sus travesuras alarman al vecindario.

¿Quién es ese sacerdote extravagante que se rodea de tales pilletes? ¿No sabe, acaso, la marquesa de Barolo el barullo que arman en la casa, metiéndose por todos los rincones, encendiendo fuego, derramando agua, rompiendo vasijas? ¡Ah, no tardará en saberlo!

Se calman luego cuando Don Bosco, en su pieza, y el teólogo Borel, en la suya, explican el Evangelio, y luego confiesan a los que quieren hacerlo, y después, en alegre procesión se van por las calles cantando, hasta una iglesia, donde oyen misa.

Faltaban varios meses para que se concluyera el edificio del *Ospedaletto* que Don Bosco iba a dirigir. Y la marquesa quiso darle otra prueba de su benevolencia, consintiendo que transformasen en capilla dos de sus grandes piezas, y ayudándolo con noventa liras para el ornamento.

Don Bosco tenía de antemano la autorización del arzobispo, pues nunca llevó adelante proyecto alguno sin el permiso de la autoridad eclesiástica.

El 6 de diciembre de 1844 inauguró, pues, la primera iglesia de las muchas que había de fundar. La dedicó a San Francisco de Sales, modelo perfecto de paciencia y dulzura, las dos cualidades por excelencia de todo maestro de niños.

¿Saben mis lectores cuántas iglesias de Don Bosco existen ahora en el mundo, cuántos colegios, asilos, talleres; cuántos sacerdotes y cuántas monjas de sus Congregaciones, cuántos millares de alumnos, cuántos artesanos y artistas, salidos de sus escuelas; cuántos centenares de millones de libros, revistas, folletos, impresos en sus talleres?

Asombra el cómputo de esta sobrehumana labor, realizada en pocos años, por un pastorcito analfabeto. Y asombra todavía más considerando los obstáculos que lo acorralaban.

¿Cuál de esos héroes de la historia universal, que en los libros de texto se proponen a los escolares como modelos de energía y perseverancia ha vencido más difícul-

tades que Juan Bosco, para aprender a leer, para seguir su vocación, para juntar sus primeros muchachos y dar sus primeras lecciones gratuitas, porque todo, en su larga vida, lo hizo gratis para los pobres?

¿Cuál de esos gigantes de la historia universal ha realizado una obra más universal, más progresiva y más útil para la humanidad?

Es una pequeña cuestión histórica que vale la pena apuntar sin detenernos.

¡Dificultades en apariencia invencibles, a veces ridículas!

El Oratorio festivo en aquellas piezas del *Ospedaletto* no duró gran cosa.

Creo ya haberlo dicho: los *biricchini* de Don Bosco no constituían la flor y nata de la juventud de Turín. Por el contrario, algunos eran muchachos recién salidos de la prisión; los más, vagabundos, sin trabajo, ni morada fija, y todos, de escasa o ninguna educación.

Ensordecían con sus gritos y sus cantos la casa entera y la calleja contigua. Escandalizaban a las buenas religiosas del Refugio; alborotaban a sus cuatrocientas muchachas, recogidas en la calle también, y perturbaban la paz de todo el barrio.

Las quejas de las hermanas y de los vecinos llegaron a la marquesa de Barolo. Se aproximaba también la época en que iba a inaugurarse el hospital, cuyos enfermos necesitaban silencio y tranquilidad.

Por desgracia, la marquesa de Barolo amaba las flores. No tardaron en llevarle malas noticias de un rosal plantado a la entrada del *Ospedaletto*. Los *biricchini* de aquel extravagante sacerdote lo habían talado.

Fué la gota que hace desbordar el vaso. Don Bosco recibió una agria reprimenda de la caritativa, pero enérgica dama, y una orden terminante de no reunir más allí sus muchachos.

Le sobraba razón; Don Bosco mismo se la daba. En verdad, sus amados *biricchini* merecían volver a la cárcel.

Y no se afligió mucho; ya sabía adónde llevarlos, y no muy lejos de allí: al cementerio de *San Pedro in Vincoli*, donde existía una capilla y un camposanto, rodeado de anchos corredores.

El no necesitaba más; sus *biricchini* tampoco. Una capilla para las funciones, un corredor para estar a cubierto en los días de lluvia y un sitio baldío para jugar a las bochas.

Don Tesio, el capellán del cementerio, que se aburría de mirar por la ventanilla de su aposento, arriba del tejado, sólo tumbas y lápidas, se alegró de la visita de Don Bosco.

—¡Oh, sí! ¡Traiga, traiga a sus *biricchini!* Usted me asegura que son buenos muchachos. , que no harán destrozos..., ni profanaciones... ¡Tráigalos en buena hora!

Al domingo siguiente, precioso domingo de primavera, más de trescientos muchachos, de todos pelajes, llenaron la capilla, los corredores, el camposanto.

Don Bosco y el teólogo Borel, bajo los pórticos, enseñan lectura. Y como no tienen libros. se aprovechan de las grandes letras de aquellas lápidas, de mármol o de bronce, muchas de ellas con emblemas nobiliarios y temas en latín o en francés, que era por esos tiempos el idioma cortesano.

Y entre tanto, los *biricchini* juegan a las bochas.

¡Ay! Una bocha lanzada con demasiado vigor va a meterse en un cuartujo, al lado de la capilla, donde el ama de llaves del capellán tiene unas gallinas cluecas.

Las gallinas cacarean despavoridas y aparece la irascible fámula vomitando injurias contra los perturbadores de su eterno reposo, y como Don Bosco intenta aplacarla, lo cubre de improperios:

—¡Guárdese bien de poner los pies en el cementerio el domingo próximo! ¡Porque si no es el capellán, seré yo la que lo eche de aquí!

Los carpinteros, los zapateros, los cazadores, hasta los automovilistas tienen un santo protector. Don Bosco podría ser el protector de los desalojados. a juzgar por las veces que él y sus discípulos fueron echados a la calle.

Así, los vemos desfilar por las calles de aquel suburbio, en número de doscientos o más, llevando los enseres de su Oratorio festivo, los ornamentos sagrados, los bancos, las bochas, los juegos, el brasero en que se calentaban, pero que ya no les servirá porque el verano esplende sobre Turín.

El Municipio les permite reunirse en el sitio llamado

Molassi, donde hay un molino, que mueven las aguas del Dora, riacho torrentoso y amarillo, que poco más allá se arroja en el seno del Po.

Allí hay una corralada o patio, con pavimento de piedra, y una capilla y un corredor, en donde representan sainetes compuestos por Don Bosco mismo.

A las pocas semanas, los vecinos, especialmente los molineros, empiezan a intrigar contra Don Bosco y sus *biricchini*. El Municipio manda a ver qué son esas reuniones de muchachos.

Ha crecido tanto su número, que llenan la corralada y la calle, y desbordan en la plazoleta de Los Molinos, donde evolucionan con sospechosa disciplina.

Pensemos que en 1845 se preparaba la pólvora que iba a quemarse un poco después en las barricadas del 48. Eran las vísperas de la gran revolución que costó la corona a Luis Felipe de Francia y a Carlos Alberto del Piamonte.

Sólo un pórtico de tres arcos separa la plazoleta de la enorme plaza Manuel Filiberto, llamada también plaza del Palacio, por no estar lejos del Palacio Real.

Es más bien un mercado inmenso, atendido por centenares de mujeres, que adoptan aires de matronas, aunque su comercio quepa en un tenducho o se realice al aire libre.

Allí se venden todas las cosas imaginables: comestibles, herramientas, juguetes, paños, baratijas, animales vivos y muertos; mientras en las calles adyacentes, como

quien dice a la sombra del gran mercado, se agrupan innumerables traficantes de trastos viejos, desde la grasienta levita hasta el libro de texto roñoso, desde el gabán indescriptible hasta el clarinete sin llaves o el garrafón desorejado.

Aquellas damas de *Porta Palazzo* tienen orgullo de clase. Es tradición de siglos que nadie las llame por su nombre sólo, ni las tutee familiarmente. Exigen tratamiento de *señora* y de *usted*, y cuando alguien lo olvida, se lo recuerdan con esta frase desdeñosa: "¡Señor, nunca he pastoreado mis cabras en vuestra compañía!"

A esa susceptibilidad de ciudadanas libres, unen la generosidad proverbial, que bien ha probado la *Piccola Casa* del beato Cottolengo, instalada a pocos pasos de allí.

Ya sabemos que la *Piccola Casa* es un grandioso hospital, sin rentas ni beneficios de ninguna laya, sostenido ya va para un siglo por limosnas anónimas, como las de esas mujeres.

Entre gente así, el alegre y cumplido Don Bosco tenía que granjearse amistades. Su pequeño ejército crecía y los municipales acabaron por dar oídos a los molineros, y le espetaron un papel y clavaron otro en la puerta de los molinos prohibiendo las reuniones de los *biricchini*.

Inmediatamente, con sus ornamentos, sus bochas, sus bancos, seguido de su dócil batallón, se traslada a tres piezas que ha alquilado a un sacerdote, de nombre Moretta,

en una casa de inquilinato, próxima al Refugio de la marquesa de Barolo y al *Ospedaletto*, cuya dirección espiritual conserva.

En aquellas piezas abrió la primera escuela nocturna para hijos del pueblo que haya habido en Turín. Los inquilinos de las otras piezas se sublevaron. ¿No le bastaba perturbar sus domingos con el infernal barullo de los *biricchini?* ¿Era necesario sacrificarles las noches de todos los días? Pero ¿a qué horas descansaba aquel singular sacerdote?

Se reunieron para exigir al propietario que lo expulsara, so pena de irse ellos.

El propietario, con buenas maneras, despidió a Don Bosco y sus *biricchini*.

No podían reunirse en una capilla; no podían reunirse bajo un pórtico; no podían reunirse en una pieza; los expulsaban de un cementerio y del patio de un molino... Don Bosco resolvió que se reunirían en un prado, sin más techo que el cielo.

Había uno cerca de la casa que abandona; corre y lo alquila: era el prado de los hermanos Filippo, rodeado por una cerca. Y allí, bajo el cielo límpido, nublado o lluvioso, se reunieron los *biricchini*, y el prado sirvió para jugar a las bochas, y para hacer carreras y dar saltos, y confesarse, y predicar, y enseñar a leer y a cantar.

Decididamente, si Don Bosco no era un revolucionario, que preparaba sistemáticamente sus tropas, era un loco.

Algunos curas empezaron a murmurar que aquel sistema de educación al aire libre era extravagante y herético, y alejaba a los muchachos de sus parroquias.

El arzobispo debía prohibírselo.

—Mis *biricchini* no tienen parroquia—contestó Don Bosco—, porque no tienen domicilio estable, ni familia. La mayoría no son de Turín, son saboyanos, suizos, bieleses, lombardos. Hablan dialectos distintos. Son ignorantes, y muchos de ellos adultos, de quince, dieciocho, veinte años... Si los párrocos quieren atraerlos, en buena hora; tengan un patio con juegos y música, enséñenles catecismo, y lectura, y cuentas... Denles también desayuno y un poco de merienda a la tarde. Y búsquenles trabajo en las construcciones y en las fábricas, porque todos quieren ganarse la vida.

Los curas no oían de esa oreja.

El marqués de Cavour, padre del célebre Camilo Cavour, era Vicario de la ciudad. Mandó llamar a Don Bosco al Palacio Municipal y le habló sin remilgos:

—Sus reuniones, mi amigo, son peligrosas y no puedo tolerarlas.

—¿Cómo pueden ser peligrosas, señor Vicario? No tienen otro fin que mejorar la suerte de los hijos del pueblo, educarlos y disminuir el número de vagos y delincuentes.

—Yo no lo he llamado para disputar con usted—repuso Cavour con aspereza—, sino para ordenarle que suspenda esas reuniones que no he autorizado.

—Mis reuniones no tienen carácter político, señor Vicario...

—¡Basta! ¿Sabe usted en presencia de quién se encuentra? ¡Reconozca mi autoridad!

—La reconozco y la respeto; y si no le he pedido permiso para mis reuniones, es porque sólo se trata de enseñar el catecismo, con la aprobación del arzobispo.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, yo hablaré con el arzobispo y veremos lo que resulta.

Don Bosco hizo un gran saludo y se fué, satisfecho, pues sabía que el arzobispo no pondría piedras en su camino.

Sobre su mesita halló una carta de los hermanos Filippi, propietarios del prado, que, con diversas razones, le intimaban el desalojo.

Era para desanimar a un ángel.

La salud de Don Bosco no era buena. Llevaba de frente, a más del trabajo de sus *biricchini*, la dirección espiritual del *Ospedaletto;* confesaba allí y en el Refugio, y en las cárceles, y predicaba y escribía libros de texto: una Historia Sagrada, una Historia de la Iglesia, que ahora todavía se reimprimen. Se difundió la especie de que el excesivo trabajo lo había enloquecido.

Hasta sus más fieles amigos, como Don Cafasso o el teólogo Borel, sintieron vacilar la confianza que habían puesto en él, y le aconsejaron que abandonase el Oratorio festivo, para atender las otras cosas. Los más graves sacer-

dotes lo visitaban compadecidos de su locura y trataban de salvarlo.

—¡No se obstine! Usted no puede realizar imposibles. Se ve que la Divina Providencia no aprueba su obra, puesto que le opone tantos obstáculos.

—¡No, no, no!—respondía Don Bosco tenazmente, con extraordinario fulgor en los ojos negros—. Ustedes se equivocan. La Divina Providencia me ha mandado mis *biricchini*. Y si vienen más, ¡mejor!, no rechazaré uno solo, y continuaremos reuniéndonos...

—Pero ¿dónde, si de todas partes lo han desalojado?

—Hay una iglesia, y un patio, y una casa de donde no nos desalojarán, porque será mía...

—¿Dónde está?

—No puedo decir dónde está; pero sí que existe, la he visto en sueños...

Los amigos cambiaban miradas tristes y se decían en voz baja:

—¡Está loco! Tal vez podamos salvarlo sometiéndolo a una cura.

Don Bosco era perspicaz y había comprendido lo que pensaban de él, y hasta se complacía en confirmar sus sospechas.

—¿Ustedes no creen que existe esa casa? Bueno, si no existe, la construiré con la ayuda de María Santísima. Mis *biricchini* tendrán vastos edificios, con aulas para las clases y grandes dormitorios y talleres donde podrán aprender cualquier oficio. Patios espaciosos y corredores para

los juegos, y magníficas iglesias, y clérigos, y sacerdotes que les enseñarán y cultivarán en ellos las vocaciones eclesiásticas...

—¡La, la, la! Entonces, ¿usted quiere formar una nueva Congregación religiosa?

—Y si se me antojara hacerlo, ¿qué dirían ustedes?

—Nos alegraríamos de su buen resultado...

—¡Pues la formaré!

—¿Y con qué hábito va a vestir a los nuevos frailes?

—¿Ustedes me lo preguntan? Bien, sépanlo: mis clérigos irán vestidos de albañiles, en mangas de camisa...

La marquesa de Barolo había pasado seis meses en Roma librando batalla para obtener la aprobación de sus dos institutos de monjas de clausura. Nadie creía que en tan poco tiempo la obtuviese. Pero su actividad pasmosa, su tremenda tenacidad, vencieron todos los obstáculos. Cuantos esperaban verla volver mohina y desengañada, la vieron llegar triunfante, briosa y más autoritaria que nunca.

Dos Bosco fué a felicitarla, y como entrasen a hablar de los *biricchini*, entre broma y veras le dijo así:

—Deme unos cuantos millones y verá, señora marquesa, cuántos *biricchini* voy a reunir. Seré como una gallina y cubriré al mundo con mis alas.

¡Qué manera de hablarle a ella, fundadora de Ordenes religiosas, nueva Teresa de Jesús! Era forzoso creer lo que murmuraban: Don Bosco estaba loco.

Al día siguiente, ella misma, penetrada de compasión,

pero resuelta a cortar por lo sano, trepó la humilde escalera de su capellán, y se le apareció en la pieza del Refugio.

—Mi buen abate—le dijo con cariño y firmeza—, usted no puede ocuparse de tantas cosas a la vez. Su salud está resentida. Debe limitarse a su obligación, que es atender mi *Ospedaletto*, nada más.

—¿Y mis *biricchini*, señora marquesa?

—Déjese de *biricchini;* deje de ir a las cárceles; deje también la *Piccola Casa;* deje de predicar en las iglesias... Por ahí andan diciendo que su salud mental...

Don Bosco se echó a reír.

—¿Ya usted sabe lo que dicen, mi buen señor? Bueno, pues yo no puedo permitir que usted se vuelva loco de trabajo y vengo a proponerle.

—¿Qué, señora marquesa?

—Que abandone una de las dos cosas; o mi *Ospedaletto* o sus *biricchini*. Piénselo, y mañana me contestará.

Era un ultimátum que Don Bosco recibió con la más plácida sonrisa.

—No hay necesidad de aguardar hasta mañana, señora marquesa. ¡Ya está pensado! Usted, con su dinero, encontrará para el *Ospedaletto* cuantos sacerdotes necesite. Mis muchachos, si yo me retiro, quedarán abandonados. Elijo, pues, mis *biricchini*.

A su vez, le tocaba sonreír a la marquesa de Barolo. Y le arrojó esta punta:

—¿Y con qué va a vivir si cesa la pensión que yo le paso?

—Dios me ha ayudado hasta ahora, y me ayudará siempre.

—Pero su salud está arruinada. Su cabeza débil. Va a meterse en deudas y después vendrá a mí para que yo se las pague. Y yo le aseguro que entonces no le daré ni un céntimo. Escúcheme, como a una madre. Yo le continuaré pagando el estipendio, y hasta se lo aumentaré. Pero aléjese de Turín. Váyase a descansar, uno, tres, cinco años. Cuando se restablezca su salud, vuelva y será bien recibido por mí.

—Le agradezco, señora marquesa, pero yo no me he hecho sacerdote para cuidar de mi salud.

—¡Piénselo bien!...

—Ya está pensado. Mi misión es consagrarme a la juventud.

La marquesa montó en cólera:

—Entonces, ¿prefiere esos forajidos a mis institutos? Si es así, queda despedido. Hoy le nombraré reemplazante.

—Está bien, señora marquesa. Pero una despedida tan brusca hará suponer motivos nada honrosos para usted y para mí.

—Tiene razón: le doy tres meses de plazo para dejar el *Ospedaletto*...

Y la gran señora se fué, haciendo sonar la puerta.

Don Bosco, en sus *Memorias*, dice lo siguiente:

"El rumor de que Don Bosco estaba loco, iba afirmándose cada día.

"Mis amigos se mostraban condolidos; otros, reían; pero todos se mantenían alejados de mí. El arzobispo dejaba hacer. Don Cafasso aconsejaba esperar; el teólogo Borel callaba. Así, todos mis colaboradores me dejaron solo, en medio de aproximadamente cuatrocientos muchachos.

"En esta ocasión, algunas personas respetables quisieron cuidar de mi salud.

"—Este Don Bosco—decía una de ellas—tiene ideas fijas que lo conducirán irremediablemente a la locura. Quizá atendiéndolo a tiempo lo salvaremos. Conduzcámoslo al manicomio, y allí, con el debido respeto, se hará cuanto sugiera la prudencia.

"Dos se encargaron de ir a buscarme en una carroza y de llevarme al manicomio.

"Los dos mensajeros me saludaron cortésmente, y después de pedir noticias del Oratorio, del futuro edificio y de la iglesia, lanzaron un suspiro y exclamaron: "¡Es verdad!" Y me invitaron a dar un paseo.

"—Un poco de aire le hará bien. Salgamos; tenemos allí una carroza. Iremos juntos y conversaremos largamente.

"Yo me di cuenta de la jugada que querían hacerme, y sin mostrar desconfianza, les acompañé, pero insistí en

que subieran ellos primeramente a la carroza; y luego, en vez de subir yo también, cerré la portezuela y ordené al cochero:

"—¡Pronto! ¡Llévate estos dos eclesiásticos al manicomio! ¡Los están aguardando!"

XI

EL CÓNCLAVE

Bajo el cielo de Italia, los días del otoño son tibios, transparentes, impregnados del agridulce perfume de las viñas maduras.

En el Piamonte, el verano del año 46 había sido en extremo seco; pero lluvias tardías renovaron la frescura de los campos y aplacaron el polvo de los caminos. El otoño se presentaba escaso de frutos, pero éstos eran de mejor calidad y se vendían a buenos precios.

Mamá Margarita, la madre de Don Bosco, había cumplido cincuenta y ocho años, se conservaba sana y fuerte, y esperaba morir, cuando el Señor lo dispusiera, en su amada casita de los Becchi, tan llena de recuerdos, en medio de su viña y del maizal cultivado por ella misma.

Cuando un día su hijo la habló así:

—Madre mía, he alquilado una casa en las afueras de Turín. No es una casa entera, sino una larga pieza que me sirve de capilla, una camarita que me sirve de escritorio, dormitorio y escuela, y otra que hará de cocina, despensa, comedor y también de dormitorio. ¿Quiere venirse conmigo a acompañarme?

La proposición tomó tan de sorpresa a mamá Margarita, que no acertó a decir ni que sí ni que no. Dijo sólo, dulcemente y con tristeza:

—¿Dejar *esto?* ¿Irme allí? ¿Para siempre?

Esto era todo el mundo para ella; la casa en que habían nacido sus hijos, sus colinas, sus prados, la vecindad, parientes y amigos, el mercado de Castelnuovo, la iglesia que amaba. ¡Oh, nunca se acostumbraría a rezar en otra!

Don Bosco se hizo el que no advertía la emoción de su madre.

—Ya no tengo mi pieza en el Refugio. Ahora debo habitar la casa que he alquilado. Pero hay mala vecindad. Casi todos los inquilinos de las otras piezas son gentes de mal vivir. Y al frente hay otra casa, de cierta señora llamada Bellezza, donde existe una taberna infame. ¿Puedo vivir solo, allí, madre mía?

Mamá Margarita no dijo más que esto:

—No, no puedes vivir solo... Tu madre te acompañará.

Los preparativos la demoran dos o tres días. Un vecino que va para Turín con su carro se ofrece a llevar a ambos por poco dinero. Prefieren mandar con él la harina de maíz, el poco vino, el pan y los otros víveres que guarda en su despensa mamá Margarita. Ellos dos irán a pie; son tan pobres que, después de pagar el transporte

de aquellas cosas, no les queda un sueldo en el bolsillo.

Sin embargo, Don Bosco ha hecho un contrato de alquiler obligándose a pagar al dueño de aquellas piezas, el señor Pinardi, 320 liras al año. Y no está satisfecho: piensa alquilar todas las que vayan desocupándose, hasta quedarse con la casa entera; más todavía: tomará la de la señora Bellezza para librarse de vecinos escandalosos.

Para un hombre que va a hacer 30 kilómetros a pie, con su madre, por no tener con qué pagar un asiento en el carro de un vecino, semejantes proyectos son locuras.

Todavía hay estrellas en el cielo cuando mamá Margarita y su hijo cierran tras sí la puerta de la casa de los Becchi. Mamá Margarita no se hace ilusiones: nunca más volverá...

¿Qué importa? El apego a las cosas es una especie de idolatría. Su corazón está libre de esas ataduras. Al menos, tal es su voluntad.

—¡Vamos!—dice, pero esconde la cara para que su hijo no vea que, a pesar de todo, llora. El se hace que no ve el llanto de su madre, que todo lo sacrifica para servir a sus *biricchini.*

Ella ha puesto un poco de ropa blanca y algunas provisiones en un canasto, que lleva en el brazo derecho, o en el izquierdo cuando se cansa. El ha hecho un atado con sus manuscritos, su breviario, grueso como un misal, su misal grande y pesado como un libro de coro, y se lo echa gallardamente al hombro.

—¿Podrás andar con tanto peso, Juan?

—Y también con su canasta, si quiere dármela.

Marchan a prisa, animados por el fresco vivificante de la madrugada. Cuando sale el sol, los Becchi quedan a sus espaldas. No se vuelven siquiera a mirar aquellos amados horizontes. El volverá a verlos muchas veces; pero ella no, y bien lo sabe.

Antes de mediodía están en Chieri, fatigados, hambrientos. A la sombra de unos castaños, mamá Margarita saca de su canasto las provisiones y almuerzan frugalmente, descansan un rato y se ponen otra vez en camino, porque apenas han hecho la mitad de la jornada.

De vez en cuando saludan a un conocido, y cambian algunas palabras alegres. El amor aligera todo lo pesado, dice Kempis. Si no fuese el amor que los anima, nunca tendrían fuerzas para llegar a Turín. No hay cosa más dulce que el amor, vuelve a decir Kempis, ni más fuerte, ni más cierta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra... El que ama, vuela, corre, alégrase, es libre; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta...

¡Qué invencible fuerza les da a esos dos pobres caminantes el amor a Dios y a su prójimo!

Al atardecer divisan el inmenso caserío de Turín. En algunas ventanas ya hay luces prendidas, señal de la noche que llega.

La casa Pinardi, de donde nunca más los desaloja-

rán, pues Don Bosco ha hecho un contrato largo y acabará por comprarla, queda en las afueras de la ciudad.

La casualidad les depara un encuentro que es de buen augurio. Un tal Vola, sacerdote amigo de Don Bosco, lo reconoce y se extraña de verlo con aquella viejecita, cubiertos de polvo los dos y visiblemente rendidos de cansancio.

—¿De dónde vienes así?

—De los Becchi... Esta es mi madre ..

—¿Y habéis venido a pie?

—Cuando falta *esto*...

Don Bosco, sonriendo, restrega el dedo pulgar con el índice, gesto que significa *dinero* en todas partes del mundo.

—¿Y os espera alguien en vuestra nueva casa?

—No, nadie.

—¿Y qué vais a cenar?

—Todavía tengo aquí algunas provisiones —dice mamá Margarita.

—¿Y después?

—*Deus providebit*...

—¡Oh!—exclama el sacerdote buscando en sus bolsillos, sin hallar ni un mísero cobre—. Mira, te quiero ayudar, pero no tengo dinero. Toma mi reloj: algo te darán por él, y eso te vendrá bien para agasajar a tus *biricchini*...

Al día siguiente, Don Bosco vendía por algunas liras aquel reloj. Mamá Margarita vendía su cadenita de oro y su anillo de novia, y con su ajuar, que había guardado celosamente, como guardan los campesinos esos queridos recuerdos, hacía manteles, corporales, purificadores para la humilde capilla establecida en la casa Pinardi y camisas para sus muchachos.

Poco después se decidió a vender el último pedazo de viña de que podía disponer...

¡Ya está hecho el sacrificio total! Ahora sí que su corazón es como un navío que ha cortado amarras y se engolfa en alta mar.

Los nuevos hijos de Margarita Occhiena pasan de 400. ¡Qué fatiga el vigilarlos, el cuidar sus ropas, aderezarles la merienda, mantener la casa en orden!

Y siguen aumentando. Don Bosco no cierra su puerta nunca a ningún muchacho que quiere incorporarse al Oratorio. Por otra parte... ¡allí no hay puertas! Un simple seto vivo o cerco de ramas lo separa de la calle. No impone tampoco ninguna obligación religiosa. El que quiera confesar y comulgar, en buena hora venga; pero nadie lo haga forzado.

Hay allí un muchachito que espía la diversión de los otros, por arriba de la cerca. Se le conoce en los ojos las ganas que tiene de jugar con ellos. Don Bosco se le acerca:

—¿No quieres entrar?

—¡No!

—¿Cómo te llamas?

—Paulino.

—¿Te has desayunado? ¿Quieres desayunarte con nosotros?

—No, señor.

—¿Por qué? ¿No tienes hambre?

—Porque no me he confesado ni comulgado.

—No hace falta haberse confesado ni comulgado para desayunarse aquí.

—¿Y qué hace falta?

—¡Tener buen apetito! ¡Vamos, entra!

Por arriba de la cerca Don Bosco le toma la mano.

—¿Eres capaz de saltar? ¡Salta! ¡Ya está!

Para atraerlos y divertirlos inventa juegos, músicas, regalos, meriendas, paseos. Todo eso, aun hecho con la milagrosa economía de mamá Margarita, cuesta mucho. Pero ya la obra del Oratorio festivo es conocida y tiene protectores en Turín.

Un día, el marqués de Cavour, que sigue recibiendo denuncias contra los posibles propósitos revolucionarios de aquel cura extravagante, lo vuelve a llamar, y lo somete a un duro interrogatorio.

—En fin de cuentas, ¿de dónde saca usted recursos para mantener a esos vagabundos?

—A decirle verdad, señor marqués, yo mismo no sé de dónde. Es cosa de la Divina Providencia. Todos los días hace algún milagro para mis *biricchini*. Por ejemplo, si en este instante la Divina Providencia le inspirase al señor marqués la idea de hacerme una limosna, le aseguro que me vendría muy bien, y se lo agradecería mucho...

El marqués de Cavour se echa a reír, mete la mano al bolsillo y le da 200 liras.

—¡Hombre de Dios! ¡Y dicen que es loco! ¡Y dicen que es revolucionario!

La marquesa de Barolo, resentida con quien ha osado resistirle, no quiere figurar entre sus protectores; pero, bajo cuerda, envía limosnas al Oratorio, y no son de las más exiguas.

El mismo rey Carlos Alberto, el día de Año Nuevo, manda 300 liras en un sobre en que ha escrito: "*Para los* biricchini *de Don Bosco.*"

El 1.º de junio de 1846 había muerto el Papa Gregorio XVI, en la austeridad de un monje, vestido con su hábito de benedictino camandulense y sobre una estera de juncos.

Durante quince años había luchado contra las Sociedades secretas, carbonarios y masones, que hacían en los estados pontificios una infatigable propaganda revolucionaria, a base de complots y de crímenes.

También debía resistir la intromisión de algunas potencias europeas, que, por librar sus propios territorios de la revolución que avanzaba a pasos de gigante sobre Europa, consideraban diplomático entregarle los de la Iglesia.

El gobierno de Gregorio XVI fué intransigente y severo. Los escritores anticatólicos lo han descrito con aversión, por la energía con que puso en defender sus derechos, que eran los del Pontificado. En verdad, fué

tardío en las reformas, defectuoso en la administración, aislado del pueblo.

Pero su vida fué intachable, y su justicia nunca fué cruel, como la de otros soberanos de su siglo, que tuvieron que defenderse de los mismos peligros, y poner coto a los asesinatos con que la revolución apoyaba sus doctrinas.

Todo esto lo había hecho impopular, y su muerte no fué llorada. Su pueblo sólo se preocupaba ahora de quién sería el sucesor.

Dos partidos se formaron: absolutistas, o *gregorianos*, partidarios de la política de Gregorio XVI, y los reformistas o liberales, que querían desarmar la revolución, abriendo la puerta a las reformas.

Estas dos tendencias se reflejaban en el Cónclave: había un grupo de cardenales absolutistas, cuyo candidato era el enérgico Lambruschini, secretario de Estado del Papa difunto.

Había otro grupo que deseaba elegir un Papa tolerante y conciliador, pero no tenía candidato determinado.

Entretanto, el pueblo de Roma anhelaba el advenimiento del cardenal Gizzi, de bondadoso corazón, de gran saber, hábil diplomático y buen administrador. Se le suponía inclinado a las reformas y los liberales estaban por él.

Una leyenda falsa, como tantas otras inventadas a propósito de Pío IX, nos describe al cardenal Mastai-Ferretti encerrándose en el Cónclave con los libros de

Balbo, Gioberti, D'Azeglio, es decir, los escritores neoguelfos que luchaban por la unidad de Italia y la guerra contra el Austria.

Otra leyenda asegura que el Papa Gregorio XVI, en su lecho de muerte, llamó a sus más fieles cardenales y les entregó un sobre con orden de no abrirlo hasta después de su muerte. Allí les indicaba tres cardenales a quienes no debían elegir: uno de esos tres era Mastai-Ferretti.

Se ha dicho también que, al conocerse en Viena la muerte de Gregorio XVI, el cardenal Gaysruk, arzobispo de Milán y, como tal, súbdito del Emperador, se dirigió a Roma para asistir al Cónclave, llevando instrucciones de Metternich de oponer un veto o exclusiva a Mastai-Ferretti.

Un accidente del viaje impidió a Gaysruk llegar a tiempo.

La verdad es que los 52 cardenales que el 14 de junio se encerraron en el Quirinal, y los albañiles construyeron aprisa las paredes con que se clausuran las puertas del Palacio, iban a deliberar ante la ansiedad, no sólo del mundo católico, sino también de sus enemigos.

Para resultar elegido un candidato, necesita los dos tercios de los votos del Cónclave, 34 en este caso.

Cada cardenal escribe y firma su voto en una boleta que se dobla en forma que no se pueda leer sino el nombre del elegido y no el del votante, y la deposita en un cáliz.

Tres escrutadores, designados por sorteo, las extraen y proclaman en alta voz el nombre votado.

Ocurrió que Mastai-Ferretti resultó ser uno de los escrutadores, y como tal tuvo que leer en el primer escrutinio 15 veces el nombre del cardenal Lambruschini, y 13 el suyo propio.

El Sacro Colegio notó con sorpresa el escaso partido de Lambruschini y la fuerza ignorada de su rival, el antiguo arzobispo de Spoletto, actualmente obispo de Imola, apenas conocido en Roma.

Ese mismo día, a la tarde, se realizó la segunda votación: Lambrischini, 13 votos; Mastai. 17.

Tercera votación, en la mañana del 16 de junio: Lambruschini, 11 votos; Mastai, 27.

Cada vez que resulta fallida una votación, se queman las boletas, y el humo que sale por una pequeña chimenea del Quirinal anuncia al pueblo, agolpado en la plaza de Monte Cavallo, que aún no se ha realizado la elección.

Tres veces, pues, ha visto el pueblo ascender en el claro cielo de Roma la tradicional *fumetta*. Pero en la tarde del 16 de junio se difunde la noticia de que el cardenal Gizzi ha sido electo.

Los que difundieron la noticia daban el siguiente fundamento. La servidumbre pontificia debe preparar, antes que termine el Cónclave, tres vestidos papales, uno grande, otro mediano, otro pequeño, para que el elegido pueda vestirse inmediatamente.

Por la premura de los preparativos de aquel Cónclave, el sastre no había tenido tiempo de entregar más que

dos trajes, el grande y el mediano, cuando el maestro de ceremonia, que deseaba estar preparado para todo, le exige urgentemente el tercer traje.

El cardenal Gizzi es pequeño de estatura. El sastre no puede callar la noticia y la echa a correr, y aquel exuberante público romano se entrega a las más frenéticas alegrías. ¡Su favorito electo!

La servidumbre de su palacio, loca de alegría, amontona sus hábitos cardenalicios, que no le serán útiles ya, y hace con ellos un auto de fe, entre los aplausos del pueblo. Y se apresuran a enviar la gran noticia al pueblo natal de Gizzi, Ceccano, donde se realizan estupendos festejos.

La verdad era otra. En la tarde del 16 se efectúa la cuarta votación. Mastai-Ferretti ha pasado orando todo el tiempo, desde la tercera votación hasta ésa, que será la definitiva.

Está pálido, casi diríamos consternado. El solemne drama se acerca al desenlace. Siente su pequeñez, su debilidad ante la majestad suprema de la tiara. Sin querer, y sin atribuir importancia de profecía a cierta leyenda que anuncia la suerte de los Papas futuros, recuerda que el lema correspondiente al sucesor de Gregorio XVI, es *Crux de cruces*. La tiara se convertirá en una corona de espinas.

Como tercer escrutador, empieza a leer los votos, y lee en alta voz su nombre una, dos, tres veces. La mano tiembla, la voz se ahoga. Lo lee diecisiete veces, y no puede seguir. Le presentan otra boleta; suya también, y al-

canza a leerla, pero no más. Suplica que sea otro el que realice el escrutinio, sin recordar que la elección será nula si por cualquier causa se interrumpe la operación.

—¡Descansad!—le gritan los cardenales.

Algunos se le acercan, le ofrecen un vaso de agua. Se repone de esa irresistible conmoción y prosigue hasta el fin. Treinta y seis votos...

—¡Oh, señores! ¡Qué es lo que habéis hecho!—exclama, y cae desvanecido.

A la mañana siguiente, el castillo de Sant Angelo anuncia, con 101 cañonazos, el advenimiento de un nuevo Pontífice. Una multitud inmensa acude a la plaza de Monte Cavallo a recibir su primera bendición. Los albañiles han empezado a romper el muro que cierra la entrada. Ha sido uno de los Cónclaves más rápidos de la Historia. En tres días la cal no ha tenido tiempo de secarse. Ya hay una abertura suficiente a dar paso a un hombre.

Aparece el maestro de ceremonias, aparta con el pie los escombros y hace lugar al primer cardenal diácono, Riario Sforza, quien con la cruz pontificia llega a la balaustrada para anunciar el nombre del nuevo Papa.

¡Qué impresionante silencio el de aquella gran plaza, repleta del más turbulento público del mundo!

—*Annuntio vobis gaudium magnum! Papam habemus!*... ¡Os anuncio una gran alegría: tenemos Papa, el eminentísimo y reverendísimo señor Juan Mastai-Ferretti, que asume el nombre de Pío IX!

Las trompetas de la guardia noble y los tambores de las tropas alineadas frente al Quirinal responden a aquel anuncio, y todas las campanas de Roma se echan a vuelo.

Pero el pueblo queda consternado. ¿No era, pues, Gizzi? Multitud de correos parte para todos los pueblos de Italia. Al que le toca llevar la verdadera noticia a Ceccano por poco le cuesta la vida, pues los compatriotas de Gizzi creen que intenta burlarse de ellos.

Sin embargo, la reacción viene pronto y es favorable al nuevo Papa, que parece dispuesto a las reformas.

Ante todo se reclama la amnistía, o sea la libertad de multitud de presos que, por delitos políticos o comunes, yacían en las cárceles pontificias.

Pío IX se encuentra como obligado a hacer lo que su bondadoso corazón le habría dictado, sin niguna inspiración de afuera. Sus consejeros temen que ese acto pueda interpretarse como un signo de debilidad. Pasan los días sin resolverse nada, porque es menester estudiar a quiénes debe comprender la amnistía y a quiénes (procesados por delitos comunes) debe excluir.

En el verano tórrido, el pueblo se caldea más fácilmente que en el invierno. Empiezan a murmurar. Hasta que al anochecer del 17 de julio se fijan en las calles de Roma y se envían a todas las ciudades pontificias grandes carteles. Ya no hay luz para leerlos; pero un curioso trae una antorcha y descubre que es el decreto de amnistía.

Las gentes que a esa hora toman el fresco en los pórticos y en los balcones repiten sus gritos, y el anuncio cun-

de por Roma entera, y se forman grupos delante de cada cartel, y se lee el decreto a la luz de faroles y teas.

Pío IX perdona las penas y levanta el destierro, sin exigir de los condenados políticos más que la promesa de no abusar de su clemencia.

Cien mil personas acuden a la plaza Monte Cavallo a vivar al Papa, que aparece en el balcón de la *loggia* y bendice a su pueblo delirante.

Se refiere cómo ha sido dado el decreto. Pío IX era favorable, pero ha llevado el asunto a la Congregación de cardenales. Todos han callado, haciéndole creer que estaban de acuerdo. Pero en lo votación secreta, por bolillas blancas o negras, todas las bolillas aparecen negras, menos una blanca, que se atribuye al cardenal Gizzi.

Presentan al Papa el resultado negativo de la votación, y él sonríe, se quita el solideo blanco y cubre las bolillas:

—¡Ahora son todas blancas!

Redacta el decreto, corrige las pruebas él mismo y lo hace publicar.

Días después nombra secretario de Estado al cardenal Gizzi, con lo cual desencadena nuevas tempestades de popularidad. Decimos bien *tempestades;* la alegría romana era tumultuosa y delirante, y a los ojos de un observador tranquilo resultaba excesiva y desproporcionada.

En el fondo de aquellas manifestaciones de un pueblo que se dejaba caldear fácilmente, había la acción de

las Sociedades secretas. Mazzini había creído descubrir en Pío IX un hombre bondadoso y débil, y, por lo tanto, fácil de arrastrar de concesión en concesión hasta irremediables renuncias. E impartió la orden a la *Joven Italia,* la tenebrosa secta fundada por él, de embriagar de popularidad al Papa.

Cada salida de Pío IX a la calle era objeto de manifestaciones desmesuradas.

La amnistía había abierto las puertas de Roma a una multitud de conspiradores, que trabajaban libremente al grito de *"¡Viva Pío IX!"*

Este grito había salvado las fronteras y extendídose por Italia, y lo repetían los diarios de toda Europa, y hasta hallaba eco en los Parlamentos extranjeros.

En Turín el entusiasmo no era menos que en Roma, y los católicos acompañaban aquel grito de todo corazón.

Solamente los *biricchini* de Don Bosco no gritaban *"¡Viva Pío IX!"* ¿Por qué? ¿Acaso Don Bosco no amaba al Papa?

¡Ah, Don Bosco no era fácil de engañar! Tenía un instinto rápido y seguro. Sospechó de aquellos elogios a Pío IX en la pluma o en los labios de escritores y de políticos acostumbrados a insultar a la Iglesia romana. Y a través de las innumerables leyendas, que el mundo católico devoraba con fruición, porque ponderaban la mansedumbre y el patriotismo de Pío IX, adivinó la intención de seducirle y de transformarle en el Papa carbona-

rio que desde los tiempos de *Nubius* anhelaban las Logias para destruir a la Iglesia.

Se equivocaron, porque desde los primeros actos, dictados por la clemencia, el Pontífice demostró una firmeza a prueba de todas las seducciones, y empezó a subir su largo calvario.

Ya sabía Don Bosco que se equivocarían, porque el heredero de Pedro tiene la promesa de Cristo; pero, entre tanto, desbarató la intriga.

Sus *biricchini* un día gritaban *"¡Viva Pío IX!"*, y él los hizo callar.

—No gritéis *"¡Viva Pío IX!"* Gritad más bien: ¡Viva el Papa!

La sorpresa se pinta en la cara de los muchachos. Uno de ellos se atreve a preguntar.

—¿Por qué quiere que gritemos *¡Viva el Papa!* solamente? ¿Pío IX no es acaso el Papa?

—Tenéis razón; pero vosotros no veis más allá del sentido natural de las palabras. Hay, sin embargo, personas que pretenden separar al Soberano de Roma del Pontífice, al hombre de su divina investidura. Alaban la persona, pero no entienden alabar la dignidad de que está revestida. Nosotros, para estar seguros, gritemos: *"¡Viva el Papa!"*

Y así, desde entonces, hicieron los *biricchini*.

XII

VÍSPERAS DE GUERRA

Hacia el año 47 el odio a los austríacos era en Italia un ardiente sentimiento nacional. Aún al pueblo, alejado de la política, dolíale saber que millones de italianos vivían bajo el dominio de Austria, gobernados desde Viena. Y ese sentimiento se condensaba en un programa, que para la gran masa popular sólo comprendía este artículo: Independencia de Italia, lo que significaba expulsión de los austríacos de la península.

Las clases dirigentes, políticos, escritores, estudiantes, buena parte del clero, tenían un programa más completo. La *independencia* no se podía realizar sin la *unidad*, o sea sin la fusión de todos aquellos minúsculos principados en un solo Estado, con un solo rey.

Este programa, pues, contenía dos artículos:

1.° Independencia.

2.° Unidad de Italia.

Había un tercer programa, el de las Sociedades secretas, que pululaban con diversos nombres: Masonería,

Carbonarismo, Hijos de Marte, Defensores de la Patria, Güelfos, Adelfos, Joven Italia, etc.

Para los altos jefes de las Sociedades secretas, la Independencia y la Unidad eran la bandera con la cual reclutaban adeptos y un sistema de lograr el tercer propósito, que era su verdadero ideal: la destrucción de la Iglesia romana.

Dos caminos para conquistar la independencia: o la *guerra de los pueblos,* como se llamaba a la revolución, o la *guerra de los reyes,* mediante una alianza de todos los soberanos de Italia para combatir juntos a los austríacos.

Mazzini indicaba el primero, la guerra de los pueblos, o sea la insurrección de toda la península, desde Sicilia hasta Venecia. Creía en las fuerzas democráticas, y anhelaba que la unidad se realizara bajo el signo de la República. Sólo así esperaba conseguir la destrucción del Pontificado.

Más que las ideas, a los pueblos los mueven los sentimientos, que fácilmente se encarnan en una de esas fórmulas sonoras y vagas, donde cada cual puede hacer caber sus propias aspiraciones.

Al pueblo italiano creyente, Mazzini le arroja este programa: "Dios y el pueblo".

Está de más advertir que el Dios de Mazzini no es el de los católicos. Es un "Dios encarnado en la Humanidad", invención panteísta, manera de adorarse a sí mismo puesto que uno forma parte de la Humanidad.

Mazzini aparecía como un nuevo Mahoma, sin huríes y sin paraíso. En sus ojos negros y ardientes, en su rostro pálido, en su vestimenta casi sacerdotal, se adivina al hombre de una idea fija: *la revolución.* ¿La revolución contra quién? Contra todos los Gobiernos de Europa. Hay que reconstruir el mundo político y social bajo un plan nuevo.

Ha comenzado por Italia, fundando una secta, la *Joven Italia;* pero ha seguido y ha fundado la *Joven Alemania,* la *Joven Polonia*...

No es un anarquista. No es un colectivista. Ha censurado al colectivismo francés, "sueño bárbaro y absurdo, contrario al progreso". Ha llamado a Proudhom "Mefistófeles de la democracia, diez veces renegado de su propia doctrina". Ha denigrado a los revolucionarios franceses, que "mataban por miedo de que los matasen".

Pero él se les parece en la violencia de la propaganda y los aventaja en la falta de escrúpulos. Todos los medios que facilitan la realización de su fin son buenos.

El veneno, el puñal, la traición, la alianza con el extranjero, fueron cartas que jugó a sangre fría, o, para emplear sus palabras, "con conciencia calmada y tranquila".

Echemos una ojeada a los estatutos de la *Joven Italia,* redactados con su estilo ampuloso y fanático:

"Art. 30. Cualquier miembro que desobedeciera a las órdenes de la Sociedad o revelara sus secretos será sin compasión apuñalado. La misma pena a los traidores.

"Art. 31. El tribunal secreto pronunciará la sen-

tencia y designará uno o dos miembros para su inmediata ejecución.

"Art. 32. El miembro que rehuse ejecutar una sentencia, será considerado perjuro y, como tal, muerto al instante.

"Art. 33. Si la víctima condenada a muerte lograra evadirse, será perseguida sin reposo en cualquier lugar, y con mano invisible será degollado, aunque se refugiase en el seno de su madre o en el tabernáculo de Cristo.

"Art. 34. Todo tribunal secreto será competente para juzgar a los miembros culpables y pronunciar sentencia de muerte..."

Que éstas no eran vanas amenazas, lo probaron muchas víctimas del estileto entre los propios sectarios.

Si el sistema de Mazzini—la conspiración y la insurrección permanentes—no logró arrebatar al extranjero ni una pulgada de tierra italiana, no puede negarse que preparó el ambiente, y el grito de *"¡Mueran los austríacos!"* resonó no solamente en Lombardía y en Venecia, sino hasta en el fondo de Sicilia.

Contra la idea de Mazzini, que quiere la *guerra de los pueblos*, está el partido de los moderados, que son monárquicos, pero constitucionales, y aspiran a realizar la *guerra de los reyes*. A la cabeza de éstos, que se llamaron los neo-güelfos, hallamos en 1846 al sacerdote Gioberti, al conde Balbo, a los marqueses Máximo y Roberto d'Azeglio.

Ellos querían la Confederación de todos los Gobiernos italianos, con el Papa a la cabeza, para realizar una cruzada contra los austríacos, y después.

El después era lo que preocupaba a los invitados a formar la Liga, porque no parecía claro el plan de lo que vendría después de realizada la independencia lombardo-veneta.

En Italia había en un momento, a más del reino de Cerdeña y de los Estados pontificios, el reino de Nápoles, el gran ducado de Toscana y los ducados de Parma y de Módena.

No dejaban de advertir estos pequeños soberanos que el emperador de Austria era su aliado natural más que su enemigo.

Más peligroso les parecía el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, que, una vez engrandecido por la conquista de las posesiones austríacas, se sentiría con fuerzas para realizar la unidad italiana en su provecho, devorando a los otros pequeños príncipes y hasta despojando al Papa.

La unidad de Italia suponía la desaparición de los soberanos más débiles y la capital no en Turín, sino en Roma.

El marqués de Pallavicino-Tribulzio, patriota lombardo de antigua estirpe, prisionero de los austríacos durante diecinueve años en Spielberg, teme más al rey de Cerdeña que al emperador de Austria: "Considero que el *piamontismo*—escribe—es nuestro peor enemigo".

Unos y otros, los moderados de Gioberti y los exaltados de Mazzini, comprenden que en Italia el sentimien-

to religioso es un arma política y hay que utilizarla.

Para atraer al Papa a su campo no dejan de ensayar ninguna seducción.

Todos los camellos de Arabia no serían capaces de transportar en un año el incienso quemado por los neogüelfos y las Sociedades secretas a los pies de Pío IX.

Mazzini llega hasta a escribirle así:

"Santo Padre: estudio vuestros pasos con tan grande esperanza y os escribo con tanto amor, que siento el alma toda sacudida.

"Tened ánimo y confianza en nosotros. Fundaremos para vos un Gobierno único en toda Europa. Sabremos convertir en un hecho potente el instinto que hierve de un extremo al otro de Italia. Sólo nosotros podremos hacerlo, porque sólo nosotros tenemos unidad de miras y creemos en la palabra de nuestro príncipe. Os he escrito porque os creo digno de ser el iniciador de esta gran empresa. Si estuviera a vuestro lado, rogaría a Dios para que me diese el poder de convenceros con gestos, con acentos, con lágrimas." (Carta del 8 de septiembre de 1848.)

Después del Papa, le escribe a su asociado Lambertí: "He mandado la carta al Papa. La he escrito como si te escribiese a ti. Sin embargo, sería bastante para turbarle la cabeza, si tuviese cabeza." (Scritti editi ed ineditti di G. M. Edizione Nacionale, t. XXXII, p. 327.)

También Garibaldi, en octubre de 1847, hallándose en Montevideo, escribía al nuncio, Bedini, ofreciendo al Pontífice su espada.

En Roma, al amparo de la libertad de imprenta, concedida por Pío IX, se publican más de cincuenta periódicos, la mayoría de ellos detestables, según afirma Carlos Alberto, que prohibe su entrada en el Piamonte.

De un extremo al otro de Italia todos los pueblos exigen la abolición de los gobiernos absolutos.

Mazzini envía sus instrucciones a los miembros de la *Joven Italia*: "Conviene conciliarse la influencia del clero... El clero no es enemigo de las instituciones liberales... Si en cada capital podéis suscitar un Savonarola, haremos pasos de gigante..."

Y en otro escrito: "La potencia clerical está personificada en los jesuítas... Lo odioso de este nombre es un arma para los socialistas... ¡Acordaos!"

En las calles de Turín, entre las llamaradas y el humo de las teas, se realizan manifestaciones contra los austríacos. Se dice que Pío IX ha enviado a Carlos Alberto una espada que tiene grabada una leyenda: *"In hoc gladio vinces"*: Con esta espada vencerás.

A los gritos de *"¡Viva Pío IX!"*, se agregan los de *"¡Mueran los jesuítas!"*

Muchos clérigos se pliegan a las manifestaciones y hasta firman las solicitudes que se elevan al rey, pidiéndole reformas de las leyes.

Un día llevan a Don Bosco una de esas solicitudes, haciéndole notar que la han firmado seis canónigos de la metropolitana, diez curas párrocos de la ciudad y más de cien otros sacerdotes.

—No veo la firma de mi arzobispo—observa Don Bosco.

—No ha firmado todavía...

—Bueno; cuando él firme, yo firmaré...

Ya el oratorio festivo era una gran fuerza, aun bajo el punto de vista político. Casi un millar de muchachos disciplinados, y muchos capaces de manejar un fusil, daban no sólo que pensar a la Policía, sino también a los sectarios. ¿De qué parte se pondría Don Bosco, llegada la ocasión?

—Mañana, en la plaza del Castillo, frente al Palacio real, habrá una gran manifestación — le dice Brofferio, uno de los jefes de la izquierda, como ahora se dice.

—¿Sí, eh?

Su puesto y el de sus *biricchini* está señalado...

—Aunque yo no vaya—responde Don Bosco—, ese lugar no quedará vacío; otros se alegrarán de ocupar mi puesto. Tengo tanto que hacer que no puedo salir.

—Pero ¿cree usted que está mal dar testimonio público de patriotismo? — le replica Brofferio con sarcasmo.

—Yo no creo nada... Soy un simple sacerdote... Mi oficio es predicar, confesar, enseñar el catecismo. Fuera de mi capilla, no tengo autoridad sobre mis muchachos.

Al día siguiente, en vez de llevar sus *biricchini* a embriagarse con gritos de guerra, los conducía en procesión por los alrededores de la casa Pinardi.

Había comprado por 27 liras una estatuilla de la Consolata, la Virgen de que el Piamonte es devoto, y los muchachos la sacaban solemnemente en hombros, teniendo cuidado al desfilar de no pisar las lechugas que mamá Margarita había plantado en su pobre huerto.

Menos obedientes que los *biricchini* se mostraron los seminaristas de Turín.

Hacia fines del año arreciaron los rumores de guerra contra los austríacos. Carlos Alberto volvía de Génova, y se le preparaba una formidable manifestación. La mayor parte del clero dispuso adherirse. El arzobispo, que gustaba de las situaciones claras, prohibió la concurrencia de los seminaristas, pero mandó que las puertas del seminario permanecieran abiertas. Esa noche más de ochenta seminaristas se unieron a la multitud. Y el día de Navidad, mientras monseñor Fransoni pontificaba, vió el pecho de casi todos sus jóvenes clérigos adornados con la escarapela tricolor, símbolo de la Italia unida, pero también de la guerra al Papa.

La revolución había confundido con tal arte las ideas que, so color de patriotismo, penetraba hasta en el fondo de los claustros.

Y así llegó el año 48.

BIBLIOTECA CENTRALE SALESIANA

XIII

EL PAPA, EL REY, LAS SOCIEDADES SECRETAS

En el caso de la guerra, ¿debían esperar los italianos la ayuda de los franceses?

Esta cuestión preocupaba a los políticos. Muchos no se hacían ilusiones: sin la ayuda extranjera, Italia nunca derrotaría al gran imperio austríaco.

Pero ¿cómo se cobrarían sus aliados los sacrificios que hicieran?

Carlos Alberto pensaba que Francia de buena gana lo ayudaría a expulsar a los austríacos de Milán y de Venecia, pero no consentiría después en la unidad de Italia, bajo su cetro, sin retener Niza y Saboya, que serían como la punta de la espada francesa en el corazón del Piamonte.

Entonces fué cuando, en una reunión de sus ministros, que discutían los peligros de la alianza y las posibilidades de la guerra, dijo secamente:

—*Italia fará da se!* (¡Italia procederá por su cuenta!)

Estas arrogantes palabras se pronunciaron en un momento de fiebre nacional, e Italia entera hizo de ellas su

divisa. Halagaban el orgullo e interpretaban un sentimiento unánime: no valía la pena librarse de los austríacos si habían de caer bajo el protectorado de los franceses.

Carlos Alberto sabe que las Sociedades secretas han minado el suelo de toda la península. Ellos quieren la unidad de Italia. Cuando él se lance a la guerra, ellas despertarán a todos los pueblos. Estallarán revoluciones en Nápoles, y en Florencia, y en Milán, y también en Roma. Los otros príncipes serán destronados y huirán; y todos los italianos se alistarán bajo las banderas del Rey de Cerdeña, y su Ejército será como un vasto crisol donde se realizará la unidad de Italia frente al enemigo.

"Yo aguardo mi estrella", ha dicho siempre, mucho antes de ser Rey de Italia. ¿No lo engaña la ambición? ¿Cuenta bien al contar con la ayuda de Mazzini? ¿Acaso las Sociedades secretas han renunciado ya a vengar la traición del príncipe de Carignano? "¡Oh, Carignano, pagarás el precio de tu traición!"

Pero ésa es una vieja historia que todos tienen interés en olvidar, comenzando por Mazzini.

¡Sí! Las Sociedades secretas estarán de su lado, pero le exigen de inmediato un anticipo: 1.º La Constitución. 2.º La expulsión de los jesuítas.

Algunos historiadores de Carlos Alberto hablan de su devoción, hasta en su misticismo. En realidad, sólo puede afirmarse que era católico, por tradición de familia, como lo fué su hijo, Víctor Manuel II, lo cual no le

impidió despojar al Papa y sentar sus reales en el Quirinal.

Pero, más nervioso que Víctor Manuel, Carlos Alberto tenía arranques de penitente. Su devoción era una exaltación enfermiza que lo precipitaba de rodillas, avergonzado y casi arrepentido de sus prevaricaciones. Cada vez que la ambición lo ponía en conflictos insolubles en la conciencia, sus palaciegos asistían a escenas de desesperación, en que ellos, por ignorancia, veían señales de un acendrado misticismo. No. La desesperación nacía de que aquella voluntad débil no halló nunca energía para ponerse de parte de la conciencia.

A pesar de su valentía, que probó en los campos de batalla, era pusilánime e inseguro, y de allí el sobrenombre de *Re Tentenna* (rey vacilante).

En 1821, como regente del reino, después de la abdicación de Víctor Manuel I, lo hemos visto vacilar entre sus promesas a los carbonarios y su honor de soberano.

Transa el conflicto concediendo aquella Constitución, que días después el nuevo rey Carlos Félix arroja al canasto.

Lo vemos el 1824, para no ser desheredado, firmar un documento por el cual se obliga a no modificar las leyes de la Monarquía absoluta.

Ahora, los que le exigen que otorgue una Constitución, no saben que le exigen la violación de aquel compromiso. Pero ¿quién conoce la existencia de ese papel? Y sobre todo, ¿quién puede acusarle de no haberlo cumplido? Es un terrible secreto de Estado entre muy pocos.

Han pasado veinticuatro años. Metternich, que lo redactó, será pronto su enemigo; Carlos Félix, que se lo obligó a firmar, ha muerto. ¿Qué debe hacer? ¿Qué puede hacer? El pueblo, aguzado por los clubs, hierve en la plaza del Castillo, vivándolo y reclamando la Constitución y la guerra.

Y él, irresoluto, se pasea, exangüe como un fantasma, por los fríos salones de su palacio. Los cortesanos, espantados, asisten de lejos a aquella escena de Shakespeare.

Ahora que no existen los soberanos absolutos sino en el centro del Africa y en alguna que otra dictadura, nos cuesta comprender el conflicto de Carlos Alberto.

¿Le exigen una Constitución? ¿Por qué vacila en concederla? ¿Acaso el ser rey constitucional no es una fortuna tan grande que muchos príncipes perderían la vida detrás de ella?

Ahora sí, pero entonces no. Porque no hay sacrificio mayor para un rey absoluto que descender a rey constitucional. Prefiere perder la mitad de su reino con tal de gobernar a su guisa la otra mitad.

Una Constitución significa la existencia de un Parlamento, representante de la soberanía popular. El rey renuncia a ser el verdadero soberano, despojo al que los reyes no se acomodan sino cuando ven relumbrar la guillotina.

Y, como si fuera poco, le exigen también la expulsión de los jesuítas.

Gioberti ha publicado su obra, *El jesuíta moderno*, que ha tenido un éxito desmesurado, a pesar de sus seis macizos volúmenes. Sobre la cabeza de los hijos de San Ignacio de Loyola se acumulan todos los pecados. Se les acusa de ser espías de los austríacos...

Carlos Alberto ya sabe lo que en el fondo significa eso. Cada vez que en Europa se prepara una gran batalla contra el Pontificado, los primeros cañonazos se disparan sobre los jesuítas, *los granaderos del Papa*, como los llamaba un filósofo revolucionario, d'Alembert.

Las vacilaciones de Carlos Alberto, atribuídas a una maniobra de los jesuítas, exasperan a los piamonteses.

La revolución se siente en el aire. De un momento a otro la señal puede darla Turín, o Génova. Los cortesanos viven con el ¡Jesús! en la boca.

El 8 de febrero del 48 el Rey se rinde y firma el proyecto de Estatuto elaborado por sus ministros. En lo fundamental dispone: 1.° Disminución de los poderes del Rey.—2.° Elección de un Senado y de una Cámara de Diputados.—3.° Libertad de imprenta.—4.° Libertad individual garantida.—5.° Creación de la guardia nacional.

El Municipio resuelve celebrar aquel triunfo de manera estrepitosa, con festejos en que intervengan el Rey, el arzobispo, los clubs y todas las instituciones del Piamonte. Pero el arzobispo declara que no concurrirá.

Roberto d'Azeglio comprende que monseñor Fransoni no quiere endosar los inevitables *vivas* y *mueras* que se arrojarán a las nubes durante la manifestación, y sale

irritado de la entrevista y se va personalmente a invitar a Don Bosco, sabiendo su adhesión al arzobispo.

—Señor marqués—le responde Don Bosco—, este Oratorio no forma un ente moral. Es una pobre familia, que vive de la caridad. Se burlarían de nosotros si nos vieran en semejantes fiestas.

—¡Al contrario, mi querido Don Bosco! Verán que no es usted enemigo de las ideas modernas. No pierda esta ocasión de mostrarlo.

—Le agradezco su buena voluntad, señor marqués. Que no soy enemigo de las ideas modernas, lo demuestro recogiendo a estos pobres muchachos, instruyéndolos y enseñándolos a trabajar, para que sean útiles a la familia y a la sociedad.

—Se equivoca, Don Bosco. Si persiste en estas ideas, todos los que lo ayudan lo abandonarán.

—¡Gracias por sus consejos, señor marqués! Invíteme V. S. adonde un sacerdote pueda ejercitar caridad, y yo iré con mucho gusto y me sacrificaré por V. S. Pero estoy resuelto a permanecer extraño a la política: ni en pro, ni en contra...

Mientras hablaban los dos, llegó la hora de rezar el rosario. La capilla se llenó de muchachos, y aun hicieron larga cola a su entrada.

—¿Qué es lo que rezan?—preguntó d'Azeglio oyendo la potente voz que se elevaba al altar.

—El rosario, señor marqués.

No pudo éste reprimir un gesto desdeñoso.

—¿No ve, Don Bosco? Usted pretende estar con las ideas modernas porque les enseña a leer a sus muchachos...

—Y a trabajar... y a rezar...

—Sí, pues, ¿y qué provecho pueden sacar, qué sentido tiene el enfilar una detrás de otra cincuenta avemarías, con el pensamiento a mil leguas de aquí?

Don Bosco replicó, dulce pero inflexiblemente:

—Señor marqués: sobre esta práctica está fundada mi institución. Prefiero renunciar a cualquier otra cosa que parezca más importante. Y aun si fuera necesario, renunciaría a su preciosa amistad antes que a hacer rezar el rosario a mis *biricchini*...

Roberto d'Azeglio desde ese día no volvió a hablar con Don Bosco.

El Rey asistió a aquellas fiestas como a sus propios funerales. ¿Acaso no había visto pasar el pelotón de los antiguos desterrados piamonteses, con una bandera especial en que se leían estas fechas: 1821, 1831, 1833? Atroz insulto contra él, que no tenía ánimo de castigar.

Ese día llega el correo de Francia con la noticia de la revolución del 24 de febrero y la abdicación de Luis Felipe. El Rey, surgido de las barricadas del año 30, caía ante las barricadas del 48.

La República había sido proclamada en Francia.

Si esa noticia hubiese llegado veinte días antes, Carlos Alberto no habría concedido la Constitución,

que no era más que una etapa en la obra de la revolución.

Gioberti, Balbo, d'Azeglio quedaron consternados. Habían allanado los caminos para la revolución, pero temblaban ante ella, porque la revolución era la República, y la República era Mazzini, el terrible invitado de la última hora.

Carlos Alberto ya no piensa en desafiar al Austria. Ahora necesita apoyar su trono en una Monarquía fuerte, y el 15 de mayo hace escribir a Metternich, para que las comunique al Emperador, estas amistosas palabras:

"El Rey desea que Su Majestad el Emperador de Austria reciba la seguridad de que la observación de los tratados formará siempre la base de su política..."

Y espera "afirmar los vínculos de amistad que han unido hasta el presente los dos Estados..."

Si en aquellos tiempos hubiera existido el telégrafo entre Viena y Turín, Carlos Alberto no habría enviado esa nota a Metternich. Era como escribir a un muerto.

Dos días antes, el 13, una racha revolucionaria había tumbado al omnipotente ministro, árbitro de Europa casi cuarenta años.

Y tres días después, el 18, la insurrección contra los austríacos estalla en Milán. Principio de la ansiada guerra de independencia. Los milaneses envían un emisario a Turín, el conde Martini, a solicitar la ayuda de Carlos Alberto. Las palabras que emplean en su nota son prudentes; se guardan de prometerle la corona de la Lom-

bardía, y Carlos Alberto responde con desabrimiento al emisario:

—¿Queréis que vaya a Milán a proclamar la República?

Pero los que en Turín acaban de arrancarle el Estatuto no miran así las cosas. ¿En qué piensa el rey? ¿Va a permanecer impasible, mientras Radestky barre a cañonazos las calles de Milán?

El Rey, a su vez, se pregunta:

—¿Cómo puedo declarar la guerra a quien hace cuatro días he escrito una carta llena de amistad?

¡No importa! Ya no es más rey absoluto. La Prensa tiene ahora libertad y no tarda en incendiar la atmósfera. Camilo Cavour, que hace sus primeras armas políticas, escribe en su periódico:

"La hora suprema de la dinastía ha sonado. Hay circunstancias en que la audacia es prudencia, y la temeridad resulta más juiciosa que la reflexión .."

Carlos Alberto lee entre líneas: la guerra o la abdicación.

Es la media noche del 23 de marzo. El pueblo, nervioso y exigente, se vuelca en la plaza del Castillo. Ahora tiene la conciencia de su soberanía, puesto que ya Carlos Alberto no es un rey absoluto. ¿Qué hace el Rey? Todos miran al balcón de Pilatos. Extraño nombre el que han dado a aquel balcón del palacio, donde suele presentarse la familia real en las grandes ocasiones.

Se abren las ventanas, y el Rey, a la luz de las antorchas, aparece, pálido como un muerto, apoyándose en la balaustrada, con las manos ardorosas de fiebre. A su lado están sus dos hijos y detrás el emisario de Milán, que ha venido a reclamar la ayuda del Piamonte.

Carlos Alberto despliega una banda tricolor, símbolo de la Italia unida, y la agita sobre su cabeza, y el pueblo comprende y se entrega a un loco entusiasmo. Es la guerra nacional.

Al día siguiente el Rey lanza una proclama en que se lee esta alusión a Pío IX, que pareciera dictada por Mazzini: "Pueblos de la Lombardía y de Venecia: nuestras armas os prestarán la ayuda que el hermano debe al hermano, el amigo al amigo... Nosotros os secundaremos confiados en Dios, que ha dado Pío IX a Italia y ha puesto a Italia en condiciones de no necesitar de nadie..."

Es la repetición de su fórmula: *Italia fará da se,* y una notificación a las otras potencias de que no quiere intervenciones extranjeras.

Y en otro lugar: "Descienda sobre vosotros el espíritu angelical de Pío IX, y la Italia se hará."

¿Cómo acogerá Roma esta conminación a lanzarse a la guerra?

En Roma la revolución ha hecho más camino que en ninguna parte, favorecida por el espíritu bondadoso del Pontífice.

También él ha consentido en otorgar una Constitución, que crea dos Cámaras: los senadores, elegidos por el

Papa, y los diputados, por el pueblo. Pero los diputados, representantes de los clubs, serán los verdaderos dueños del Poder.

También en Roma se exige la expulsión de los jesuítas, que se glorian de ser impopulares en todas las zonas del mundo donde el Papa lo sea.

Frente a su iglesia del *Jesús* las turbas reclaman la "muerte de los frailes", y les cantan el *Miserere* y el *De profundis*.

Pío IX los visita para confortarlos, pero él ya no es un soberano, sino un cautivo, y los jesuítas abandonan la ciudad. Casi al mismo tiempo los expulsan de todas partes de Italia, inclusive de Turín, donde Don Bosco los provee de trajes civiles para que huyan sin ser reconocidos.

Llegan noticias de que el mariscal Radetzky retrocede ante Carlos Alberto, que avanza con 42.000 soldados. ¡Victoria, victoria! Que el Papa se ponga al frente de la nueva cruzada!

Un monje barnabita, llamado Gavazzi, quiere ser otro Pedro el-Ermitaño y habla desde el Coliseo, invocando la sangre de los mártires, y blandiendo un crucifijo tricolor: "¡Romanos, a las armas! El austríaco, cien veces más feroz que el musulmán, está a nuestras puertas; nuevos cruzados, armemos nuestros pechos con el signo de la cruz... ¡Dios lo quiere! .. Sí, juramos no volver a Roma sin haber degollado hasta el último de esos bárbaros."

Los planes de Mazzini parecen a punto de realizarse: la Iglesia va a remolque de la revolución. Porque no solamente se cuentan energúmenos como el padre Gavazzi, sino también sacerdotes de fama y de virtud, como el padre Ventura o el célebre Rosmini.

El Papa moviliza su Ejército para defender su neutralidad, y lo envía a la orilla del Po, con orden terminante de no vadearlo, porque la otra margen es tierra austríaca.

Millares de voluntarios engrosan la guardia nacional pontificia, mandada por el general Durando. Este llega a la frontera, desobedece al Papa y cruza el río, lanzando una proclama:

"¡Soldados! El santo Pontífice ha bendecido vuestras espadas, que, unidas a las de Carlos Alberto, deben exterminar a los enemigos de Dios y de Italia.. Esta guerra no sólo es nacional, sino altamente cristiana .. Sea nuestro grito de guerra: ¡Dios lo quiere!"

Es una conspiración de todos para forzar la mano de Pío IX, y que ante el mundo católico la guerra al Austria parezca una guerra santa.

El Papa no lo consiente. Por su diario oficial, *La Gazetta de Roma*, desautoriza la proclama del general Durando, y días después, el 29 de abril de 1848, en una extensa alocución, expresa de este modo su voluntad:

"Pretendiendo algunos que también Nosotros emprendamos la guerra contra los austríacos, creemos nues-

tro deber manifestaros clara y terminantemente que eso está muy lejos de Nosotros, puesto que hacemos en la tierra, aunque indignos, las veces de aquel que es Autor de la paz y Príncipe de la caridad, y fieles a las obligaciones de nuestro apostolado, abrazamos a todos los pueblos y naciones con igual sentimiento de fraterno amor. Si, a pesar de esto, algunos de nuestros súbditos se dejan atraer del ejemplo de los otros italianos, ¿de qué manera podríamos evitarlo?"

Las Sociedades secretas abandonan toda ficción y empiezan contra Pío IX la memorable batalla, que durará veintidós años, y que es una de las tragedias más emocionantes de la Historia.

En estas condiciones se realizó en los Estados pontificios la elección de diputados, de la que resultó un Parlamento hostil al Papa.

En una de esas casas aisladas, con jardines, que los italianos llaman *villas*, situada fuera de la *Puerta del Pueblo*, se reunieron los que ahora ya no disimulaban su odio al Papa.

Eran más de cien y la Policía no los molestaba, porque el ministro de Policía, José Galletti, estaba entre ellos. También estaban otros dos personajes políticos, Terencio Mamiani y Pedro Sterbini; y ciertamente no faltaba el famoso tribuno que, por su elocuencia abundante y ruda, tenía el apodo de *Cicernacchio* (Ciceroncito).

Propuso *Cicernacchio* en la reunión asesinar a todos

los frailes; pero Mamiani contuvo los imprudentes entusiasmos, leyendo el programa político que debían presentar al Gobierno de Roma:

1.° Exclusión de los sacerdotes de todos los cargos públicos.—2.° Declaración de guerra al Austria.—3.° Remuneración a todos los voluntarios de la guerra contra los *bárbaros*.

Aprobado el programa, con los puñales en alto juraron todos fidelidad a Sterbini, Galletti y Mamiani.

Impuesto el Ministerio de aquellas exigencias de los clubs, presentó su renuncia, y el Papa, con un rasgo de bravura, llamó a Mamiani, que era el más moderado de los conspiradores, y le dijo:

—Puesto que usted parece contar con la mayoría de la Cámara, forme usted Gobierno.

Mamiani aceptó, y los conjurados creyeron ganada la partida y resuelta la guerra.

Los comienzos de ésta habían sido favorables al Piamonte. Carlos Alberto logró varias victorias sucesivas (Goito, Pastrengo, Peschiera).

Una vasta insurrección de húngaros y de eslavos, a raíz de la caída de Metternich, tenía en jaque al Emperador, impidiéndole concentrar sus fuerzas en Italia.

Para salvar su imperio propuso la paz, abandonando la Lombardía y conservando Venecia. Pero los ministros de Carlos Alberto, creyendo en la fidelidad de la fortuna, rechazaron la propuesta, contra los sentimientos del Rey.

El ejército piamontés había demostrado un valor heroico, ganando batallas a pesar de que carecía de organización, de víveres y hasta de armas. La ignorancia de sus generales, que habían entrado en campaña sin poseer un solo mapa de la región donde combatían, había sido compensada por la bravura de los soldados.

Entonces aconteció un suceso fatal para Mamiani. El general Durando, aquel que contra las órdenes de Pío IX vadeara el Po, al frente del ejército pontificio, se había rendido, en Vicenza, al mariscal Radetzky.

Al recibirse en Roma la noticia, y al conocer las circunstancias de la jornada, la Cámara acusó a Durando de traición, y el pueblo se indignó contra Mamiani, que intentó defenderlo.

El Ministerio perdió su popularidad en pocas semanas. Tampoco gozaba de la confianza del Pontífice, que soportaba a disgusto la duplicidad de su ministro. Vino en esto la noticia de la batalla de Custozza, en que 55.000 austríacos habían vencido a 22.000 piamonteses.

La retirada señaló el comienzo de la definitiva derrota de Carlos Alberto. Pío IX aprovechó la ocasión para deshacerse del Ministerio Mamiani, que pretendía llevarlo a la guerra.

Tras un breve Ministerio de transición, el Papa llamó a un antiguo carbonario, que por sus ideas liberales podía satisfacer a los diputados y al pueblo.

Era el conde Pellegrino Rossi, par de Francia, embajador de Luis Felipe, hombre de ciencia y de energía. Rossi aceptó formar el Ministerio.

Tenía dos caminos a seguir: servir, como Mamiani, la política de las Sociedades secretas, o servir franca y enérgicamente al Papa. Eligió este camino.

¡No lo eligió impunemente! Conocía los entretelones de las Logias y sabía que estaba condenado a muerte desde el momento en que, abandonando la causa de la revolución, se ponía al servicio del orden.

Para no tener un conspirador en su Ministerio, suprimió el cargo de ministro de Policía, agregando sus funciones al del Interior, y Galletti salió; pero muchos afiliados a la *Joven Italia* quedaron en otros empleos y como oficiales en el campo de Carabineros y Dragones pontificios.

Era a mediados de septiembre. Las sesiones de las Cámaras no se reanudarían hasta el 15 de noviembre. Rossi tenía por delante dos meses para encauzar la Administración.

En todos los Parlamentos, en las épocas de lucha, además del partido del Gobierno y del de la oposición, existe el partido del miedo, que inclinándose ora al uno, ora al otro, hace la mayoría. Lo forman diputados que porque carecen de programa y a menudo de ideas, se consideran independientes, y votan según sopla el viento de la calle o de las alturas.

Un jefe que surge de pronto, dando la sensación de fuerza y de victoria, puede ganarse el partido del miedo,

ávido siempre de un amo que le inspire confianza.

Gracias a tal partido, los diputados de la *Joven Italia* dominaban la Cámara. A la aparición de Rossi, advirtieron el inminente riesgo de perder su mayoría, porque el partido del miedo apoyaría a Rossi.

Sturbinetti era el presidente de la Cámara, y anunció aquel peligro en las reuniones de la Sociedad. Y todos pensaron que había una sola siniestra manera de conjurarlo. Bastaba reabrir el proceso de los carbonarios contra su antiguo afiliado y ejecutar la sentencia de muerte, que había quedado en suspenso. La *Joven Italia* se encargaría, y para que sirviera de escarmiento y amedrentara al Papa, el asesinato debía realizarse el 15 de noviembre, en la Cámara misma, cuando el primer ministro acudiera a inaugurar sus sesiones.

Después de la rendición de Vicenza, Roma se vió inundada de aquellos legionarios romanos, que partieron con el general Durando y volvieron como desertores. La guerra no había terminado, pero ellos preferían pasearse por la ciudad ociosos y arrogantes con la *pannutela*, especie de túnica militar que usaban de uniforme.

La gloria que no habían podido ganar batiéndose contra los austríacos, esperaban hallarla batiéndose en las calles y en las plazas de Roma contra los guardias del Papa. Eran, pues, elementos propicios para las revoluciones.

Sterbini y Galletti, ambos ex ministros, sedujeron a aquellos soldados sin empleo, y asignaron a cierto Grandoni, oficial oscuro y ambicioso, y a la compañía que él mandaba, el papel principal en la tragedia.

Un espía de Rossi, que asistía a los conciliábulos de la *Joven Italia* en el granero de *Cicernacchio*, llevó al ministro los detalles de la conjuración. El Gobierno prohibió vestir la *pannutela* que iba a ser el distintivo de los conjurados. Pero no coartó en ninguna forma las reuniones del *Caffé delle Belle Arti*, o del *Circolo Popolare* y de la plaza España, donde los tribunos incitaban públicamente a la revolución; ni estableció censura sobre los diarios, algunos de los cuales anunciaban grandes acontecimientos para el 15 de noviembre.

El ministro hacía gala de una bravura rayana en la temeridad. A veces, la temeridad ha resultado salvadora; pero a veces también ha perdido a los que se han inspirado en el ejemplo de Pedro el Grande presentándose solo en medio de los *strelitz*, conjurados para matarle.

A las seis de la mañana del 15, Rossi recibe de la duquesa de Rignano una esquela: "No vaya al Palacio de la Cancillería porque será asesinado."

En el pequeño teatro de la Capranica se han reunido quince afiliados de la *Joven Italia* para sortear al que dará el estiletazo, y a otros cinco más que lo suplirán si su golpe falla. La suerte designa primero a Sante Constantini.

A las nueve, un anciano general polaco va a rogar al ministro que no salga. Rossi desdeña el anuncio.

A mediodía, mientras almuerza con su mujer y sus

hijos, un desconocido pídele audiencia para comunicarle un asunto de gran importancia. Rossi le hace contestar que va a salir a la Cámara y no puede recibirlo; que vaya al día siguiente a su despacho.

—Mañana será tarde—contesta el desconocido.

La condesa y sus hijos, alarmados por aquellas repetidas advertencias, intentan impedir al ministro que acuda a la fatal Asamblea. Rossi no se deja convencer y se va al Quirinal, a pedir la bendición del Papa, antes de ir al Palacio de la Cancillería, donde pronunciará el gran discurso que sus partidarios aguardan y sus enemigos temen.

El Papa también ha recibido reiterados anuncios del complot.

—¡Evitad un gran crimen a los otros y a mí un gran dolor.

—Son demasiado cobardes—respóndele Rossi—, y no osarán...

—¡Dios lo quiera! Entretanto, os bendigo con toda mi alma.

Sabiendo que el golpe se proyecta dar, en la escalinata del Palacio de la Cancillería, la Policía manda ocuparla con soldados; pero el presidente de la Cámara, Sturbinetti, declara que eso es violar los fueros del Parlamento, y que le corresponde a él, presidente de la Cámara, la vigilancia del Palacio.

Frío y desdeñoso con los adversarios, Rossi no quiso aparecer temeroso, y consintió en que Sturbinetti, afiliado a la *Joven Italia,* se encargara de su custodia. Así fué cómo

la vigilancia de la Cancillería quedó confiada a 60 guardias cívicos, en su mayoría conspiradores.

Y cuando a las diez de la mañana aparecieron los legionarios de Grandoni, entre los cuales estaban los seis sorteados para el crimen, esos guardianes infieles permitiéronles situarse en la escalinata, a pesar de que vestían la *pannutela* prohibida, que había de servirles para dificultar la identificación.

El Palacio de la Cancillería es un hermoso edificio que el Brabante construyó a fines del siglo XV para el cardenal Riario. La iglesia de San Lorenzo in Damaso forma una de sus alas. Allí tiene su despacho el cardenal Bernetti, canciller de Pío IX, y sesiona la Cámara de Diputados.

El duque de Rignano, que es uno de los ministros, observa la palidez de Rossi cuando va a subir a la carroza. Está pálido, sí; pero firme y resuelto.

—Yo defiendo la causa del Papa, que es la de Dios. Debo ir y quiero ir.

Ha dado la una. Sturbinetti ocupa su sillón presidencial; los diputados, sus bancas. Uno de los últimos en llegar es Sterbini, vestido de negro. ¡El sí que sabe lo que va a ocurrir! Sus partidarios lo aplauden.

Se sienten gritos en la calle: *"Eccolo! Eccolo!* ¡Helo aquí! ¡Muera Rossi!"

Pero no es Rossi, sino el embajador de España, que posee una carroza igual.

Diez minutos después, por la calle de Baulari aparece la del ministro. Viene acompañado de Righetti, sub-

secretario de Finanzas. "¡Si no teme venir conmigo, suba!", le ha dicho. ¡Qué pálido está Rossi!

Los caballos avanzan con lentitud; el público ocupa la calzada, un público hostil, revolucionario, que lo increpa sordamente.

—¡Les sería fácil matarme aquí de un pistoletazo! ¿Quién hallaría después al asesino?—dice Rossi a su compañero.

Pero el arma de la *Joven Italia* no es la pistola, sino el estilete.

—¿Cómo están esos hombres vestidos de *pannutela?* ¿Quién les ha permitido colocarse allí?

Righetti no sabe qué decir. El corazón le late horriblemente. Ha visto ondular aquella masa humana, y oye sus voces enemigas: *"Eccolo! Eccolo!"*

El antiguo carbonario sonríe con desprecio.

—¡Mi causa es la de Dios! ¡Hoy enterraremos la revolución!—y blande como un arma los apuntes de su gran discurso.

El carruaje se detiene casi al pie de la escalinata. El palafrenero salta del pescante, abre la portezuela y desciende Rossi.

Los legionarios le abren paso, pero en seguida se cierran detrás de él, separándolo de Righetti, y uno de ellos, con un bastón, le golpea ligeramente en el hombro, por la espalda.

—¿Qué hay?—exclama Rossi, indignado de aquel ultraje, volviendo la cabeza.

Con este movimiento descubre el cuello y presenta la arteria carótida al golpe de Sante. Este desenvaina el estilete y se lo entierra con suprema habilidad.

—¡Asesino!...

Un borbotón de sangre corta la última palabra de aquel hombre, cuya elocuencia temieron sus enemigos. En el atrio se desplomó. Un confesor, llamado a prisa, de San Lorenzo in Damaso, alcanzólo con vida aún y pudo absolverlo.

El grito de Rossi se ha oído en el recinto donde los diputados aguardan.

—¡Señores! ¡El ministro Rossi acaba de ser asesinado!

—¿Cómo?—pregunta uno de sus partidarios—. ¿Por quién?

Y otro, mirando a aquel hombre que viste de luto y que no se ha movido de su banca, lo señala:

—¡Preguntad a Sterbini!

En el acto, el partido del miedo se siente revolucionario y se agrupa alrededor del hombre de luto, para mostrarle su adhesión, y uno de ellos exclama:

—¿Por qué tanto ruido? ¿Por ventura Rossi era el rey de Roma?

Después de este frío ultraje al muerto, a quien nadie osa defender, el presidente de la Cámara, Sturbinetti, agita la campanilla y pronuncia esta frase que se ha hecho célebre:

—Señores diputados, pasemos al orden del día.

El asesinato de Rossi quedaba así como un incidente callejero indigno de distraer la atención de un Parlamento.

—¡Esto es infame!—exclama el duque D'Harcourt, embajador de Francia, dirigiéndose a los otros embajadores que asisten a la sesión—. ¡Salgamos, señores, para no ser encubridores de este crimen!

En la calle, los soldados de Pío IX fraternizan con los legionarios de Grandoni. Este y Sante Constantini, autor de aquella admirable puñalada, son los héroes del día.

Más gloriosos que Galletti y que Sterbini y que Mazzini mismo, de quien el pueblo no conoce sino los discursos o los artículos.

En cambio, de Grandoni y de Constantini conoce ahora los hechos. El estilete es adorado. Lo exhiben, lo pasean por las calles, lo llevan frente a la casa de Rossi y lo levantan en una pica, envuelto el puño en una cinta tricolor, para que puedan verlo la viuda y los hijos aterrados y todavía ignorantes de la tragedia.

Como en el curso de esta historia no hemos de volver a hallarnos con Constantini y Grandoni, digamos en qué manera terminó su triunfo. El proceso por el asesinato de Rossi fué largo y difícil, y sólo pudo terminarse años después.

Las pruebas que inculpaban a los grandes bonetes, desaparecieron en la vorágine de la revolución. Pero los ejecutores materiales de aquella sentencia de la *Joven Italia* pagaron con la vida su adhesión a los principios *mazzianos:* Grandoni se libró del verdugo ahorcándose en la prisión, y Constantini fué ejecutado el 17 de marzo de 1854.

Caído Rossi, el verdadero rey de Roma fué Sterbini. Redactó un programa urgente: guerra al Austria, reforma de la Constitución, nuevos ministros.

El Papa, abandonado de sus cortesanos. cerró las puertas del Quirinal, guardadas por 70 suizos y algunos gendarmes, únicas tropas que permanecieron fieles, y convocó a los embajadores de las potencias para que fuesen testigos de los sucesos, y se negó a tratar con Sterbini.

El pueblo se indigna de que el Papa no quiera tratar con sus emisarios, y trata de invadir el Quirinal incendiando su puerta. Por entre la reja un suizo dispara su fusil. ¡Traición! ¡El Papa fusila a su pueblo! ¡A las armas! ¡Viva la República!

—¡Hemos comenzado, hay que acabar!—ha dicho Sterbini arengando al pueblo.

Asaltan el Quirinal; las balas penetran hasta el aposento donde se halla el Papa con algunos embajadores, entre ellos el de Francia, duque D'Harcourt; el de España, Martínez de la Rosa; el del Brasil, Figuereido. Una bala mata a monseñor Palma, secretario de Letras latinas.

Sterbini, el príncipe Canino y otros jefes del movimiento, instalados en el *Café de las Bellas Artes* como en un cuartel general, resuelven bombardear el palacio. El príncipe Canino hace llevar dos cañones y los coloca en

batería, frente a las puertas principales, y va a ordenar el fuego.

El Papa, horrorizado de aquella sangre, anuncio de mucha más, recibe a los emisarios y acepta el Ministerio que le imponen: Galletti, ministro del Interior; Mamiani, de Relaciones Exteriores; Sterbini, de Hacienda. Las primeras espadas de Mazzini son los ministros de Pío IX. Y fieles a su táctica de enrolar al clero en las filas de la revolución, ofrecen la presidencia del Ministerio al célebre sacerdote Rosmini, quien se niega a prestarse al papel que le asignan. En cambio, otro sacerdote, monseñor Muzzarelli, se deja seducir y consiente en ello, lo que le vale una amarga censura de Pío IX.

—Señores—dice el Papa a los embajadores despidiéndolos—, que el mundo sepa lo que acabáis de ver; he prohibido que en los decretos de este Ministerio se empleen las fórmulas comunes; no quiero que se abuse de mi nombre, pues yo no tengo parte en el Gobierno; más que un rey, soy un prisionero...

Esto ocurrió el 16 de noviembre. Pío IX era realmente un prisionero que, como Luis XVI, aguardaba su hora en manos de los asesinos de Rossi.

Una dama francesa, la condesa de Spaur, esposa del ministro de Baviera, tramó su liberación, en connivencia con su marido y el duque d'Harcourt.

En la noche del 24, la carroza del embajador de Francia llegó precedida de antorchas, como se acostumbraba en los días de recepción. Los centinelas dejaron

pasar al duque, y él mismo ayudó a Pío IX a despojarse de su traje blanco y a vestirse con una sontana negra.

Los centinelas que custodiaban las habitaciones del Papa no prestaron atención a aquel simple clérigo, de anteojos negros, que salió de allí. Oían la voz recia del embajador de Francia y se imaginaban que su interlocutor era el Pontífice.

Por los sombríos corredores del Cónclave Pío IX llegó a la *Puerta suiza*, que nadie vigilaba, y abandonó el Quirinal. El conde Spaur lo esperaba en un carruaje. Salieron por la Puerta de las Cuatro Fuentes, sin que los centinelas sospecharan de ellos. En el valle de Ariccia encontraron a la condesa de Spaur que los aguardaba en su gran berlina, con su hijo y dos servidores bien armados. Allí estuvieron a punto de ser detenidos por una patrulla de carabineros, que seguía el carruaje de Spaur. Los salvó la sangre fría de la condesa, que recibió a Pío IX con esta angustiosa exclamación:

—¡Oh, señor doctor! ¡Cuánto ha tardado!

Los carabineros no alcanzaron a ver las facciones de aquel médico a quien la dama reprochaba el retardo; pero, compadecidos de su angustia, le ayudaron a subir a la berlina, que partió al galope de sus cuatro caballos por el camino de Nápoles.

Cuando cruzaron la frontera y se hallaron en los dominios de Fernando II, lágrimas de emoción bañaban el rostro de Pío IX, que entonó el *Te Deum*.

A las nueve y media de la mañana, después de cambiar caballos en una posta, llegaron a Gaeta, dirigiéndose al palacio episcopal.

Por azar el obispo estaba ausente, y sus servidores no quisieron recibir aquellos huéspedes a quienes no conocían, por lo cual Pío IX tuvo que refugiarse en un albergue modestísimo, que llamaban *Il Giardinetto*.

Muchos años después, en su alocución del 26 de diciembre de 1876, a la nobleza romana, Pío IX explicó en esta forma su resolución:

La revolución nació tímida en apariencia, obsequiosa y aduladora. Con su hipocresía engañó a muchas personas honradas, sorprendiendo su buena fe, y se mezcló a ellos al pie de los altares; pero mientras los unos se alimentaban con el pan de vida, los otros comían su propia condenación. Pidieron y obtuvieron todo lo que era posible acordarles. A cada concesión estallaban en aplausos; luego mostraban nuevas pretensiones, hasta exigir un Papa batallador y agresivo. Pero el Papa, que no quería, ni podía ser batallador, tuvo que alejarse de Roma, antes de permitir la ejecución de las horribles amenazas de que fué objeto."

Si el Rey de Nápoles no consentía en tener de huésped al Pontífice, dos naciones se disputaban ese honor: España y Francia, que habían mandado naves para transportarlo a su territorio.

De Roma se enseñoreaba la anarquía.

Se votaba la desposesión del Papa y se establecía la

República romana; y se invitaba a venir al que consideraban el Mesías de la revolución.

José Mazzini apareció en Roma el 5 de marzo de 1849, con pasaporte suizo, bajo el nombre de Francisco Lavillat.

"¡Romanos! Habéis sido grandes... Yo os consagro romanamente italianos... Después de la Roma de los Emperadores, después de la Roma de los Papas, viene la Roma del Pueblo."

La República necesitaba dinero para la guerra contra el Austria. Fué tal el efecto de su elocuencia, que muchas damas se despojaban de sus joyas y las echaban a los pies del tribuno.

El 29 de marzo lo nombraron triunviro, pero en realidad fué un dictador, pues sus otros dos colegas fueron sombras a su lado. El 8 de abril era la Pascua. Mazzini quiso que se dijese la misa en el altar pontifical de San Pedro, donde sólo el Pontífice puede celebrar. Los canónigos intentaron oponerse, pero fué en vano. Un sacerdote apóstata, Spola, celebró aquella misa, asistido por el famoso padre Ventura, que tiempos después retractó sus errores, y por el no menos famoso padre Gavazzi.

Junto al altar estaba Mazzini, cruzado el pecho por la banda tricolor.

Con esta parodia entiende persuadir a los romanos que pueden prescindir del Papa. Bastan el Pueblo y Dios.

XIV

CÓMO TRABAJA ENTRE TANTO

Estos tiempos que hemos pintado, en que la religión parece haber tocado el fondo del abismo, son los que Don Bosco, sonriente, elige para fundar una nueva Congregación.

El hombre negro, el Jesuíta, cuyo nombre ha llegado a ser una injuria, es perseguido en todos los países, como el representante genuino del Papado. ¡Buena hora para inventar otros hombres igualmente negros, e igualmente adictos al Papa!

¿Acaso Don Bosco vivía en tierras lejanas y tranquilas, adonde no llegaban noticias de la revolución?

No, por cierto; vivía en Turín, el cuartel general donde un joven Rey, Víctor Manuel II, preparaba su pueblo para una nueva Cruzada, no contra los musulmanes, sino contra la Iglesia de Roma.

Y Don Bosco era súbdito de ese rey, y fué amigo y hasta comensal de Cavour, su ministro, el verdadero propulsor del movimiento que arrancaría al Pontífice tal

vez por un siglo el cetro de Roma. ¿Por un siglo no más? ¿Por ventura los católicos piensan que los Papas volverán algún día a ser reyes de Roma?

Nadie sabe los secretos de Dios. Setenta años vivieron los Papas en Aviñón, la segunda cautividad de Babilonia, según la llamaron, porque fueron cautivos de los reyes de Francia.

El 20 de septiembre de 1940 se cumplirán setenta años de la tercera cautividad. Después del Tratado de Letrán, entre el sucesor de Pío IX y el de Víctor Manuel II no puede hablarse de cautividad; pero ¿puede llamarse al Papa Rey de Roma, cuya corona ostenta en la tiara?

Los historiadores de los reyes cuentan por años; los de los pueblos, por siglos; los de la Iglesia, por milenarios; los de Dios, por épocas geológicas.

¿Qué son setenta años en las crónicas de Dios?

Los amigos que recibieron las primeras confidencias de Don Bosco eran sabios y santos: Don Cafasso, Don Borel. Mas juzgaron desatinos sus proyectos, y prueba tan patente de locura que por su bien y con el alma partida de dolor resolvieron encerrarlo en un manicomio (1).

¿Dónde había visto esas escuelas, esos talleres, esas iglesias, esos millares de sacerdotes que trabajarían conforme a su regla, esos millones de obreros que aprende-

(1) Este manicomio existe aún a dos pasos de la enorme casa madre de los salesianos, de Turín.

rían de él un oficio, de todo lo cual hablaba como de una realidad? ¡En sueños!

En la Historia Sagrada, en el libro de Esther, Mardoqueo el judío sueña como el pastor de los Becchi. "De pronto se oyeron voces y un gran ruido y truenos, y la tierra tembló... Dos dragones avanzaron, prontos a combatir... Y se hizo un día de tinieblas y de oscuridad; y reinó el espanto, la angustia y la tribulación sobre la tierra. El pueblo entero de los justos estaba en la confusión y se preparaba a perecer. Clamaron a Dios, y a sus clamores brotó una fuentecita que se transformó en un gran río y en una masa de agua. La luz y el sol brillaron, y los que yacían en la humiliación fueron elevados." (Libro de Esther, cap. XI, 5-11.)

Como esta fuentecita surgía la obra de Don Bosco.

Soñador, ciertamente, porque durmiendo le comunicaba Dios aquellas cosas que parecían locuras. Pero con un instinto realista infalible. Digo instinto, no atreviéndome a dar un nombre sobrenatural a aquella ciencia no aprendida en que se funden equilibradamente la discreción, la diplomacia, el don de gentes. Simple como una paloma, astuto como una serpiente, vivía codeándose con los enemigos de la Iglesia, parando sus golpes, recibiendo sus beneficios, haciéndoles frente cuando era necesario, pero sin dejarse arrebatar por un falso celo. Conservaba el juicio claro en medio de la confusión apocalíptica de aquellos tiempos, que habían turbado a muchos de más ciencia que él.

En los campos argentinos existen paisanos rastreadores o rumbeadores, que encuentran el rastro o el rumbo hasta en los días de cerrazón, hasta en las noches lóbregas, y son capaces de hallar un derrotero, a cien leguas de distancia, con los ojos vendados.

Así es Don Bosco. Posee ese sexto sentido de las palomas mensajeras, de las aves migratorias: la orientación.

Se dirige por senderos que parecen extraviados. Se rodea de *biricchini* (en italiano *biricchini* significa tunante, pillete. Don Bosco ha ennoblecido la palabra y la especie.)

No se le ocurre buscar sus discípulos en los palacios, en las altas clases sociales, entre los que mañana serán los dirigentes de la nación. Toma exactamente el camino opuesto. Recorre las calles, reune a los chicos abandonados, busca a los obreros, de preferencia a los ociosos y sin trabajo, que han aprendido a conocer el mundo en las prisiones y en cuyos oídos zumban ya los himnos comunistas.

¡Esos son sus elegidos! A los otros los deja venir, pero a éstos los llama, los persigue, no descansa hasta encontrarlos.

¿Y qué les ofrece y qué les enseña? ¿Los derechos del pueblo? ¡No! Les enseña a trabajar y a rezar. Y les ofrece un plato de menestra hecho por mamá Margarita, y a la noche un pedazo de pan, y los domingos un poco de fruta, si la tiene, función religiosa y juegos al aire libre.

¡Vaya una época para traer al pueblo con un plato de menestra y una procesión!

Cuando el Piamonte hacía su primer ensayo constitucional y se inauguraban Clubs en todos los rincones de Turín, y el pueblo se embriagaba con los discursos de los futuros parlamentarios y con las soflamas de Mazzini, que le enseñaban sus derechos, y los frailes se prendían escarapelas tricolores, y los seminaristas desertaban los claustros para acudir a los comités, a Don Bosco se le ocurría abrir también un Club en la capilla Pinardi y no para enseñar al pueblo sus derechos, sino sus deberes.

¡Peregrina ocurrencia! Y sin embargo, los hijos del pueblo acudían en tanto número que causaban envidia a los políticos y recelos a la autoridad.

¡Ah! No iban por el plato de menestra. Había otros que ofrecían más. La seducción de Don Bosco estaba en su sonrisa y en una palabra que encierra toda su pedagogía.

Hace bastantes años, el rector del Colegio de Jesuítas de Campolide, en Portugal, refería a Don Ricaldone, actual prefecto general de la Congregación salesiana, cómo conoció a Don Bosco.

"Me habían puesto al frente de un gran colegio y estaba lleno de temores, a causa de mi inexperiencia. Se me ocurrió entonces consultar a Don Bosco, y me fuí de Roma a verle en Turín. Quería que me explicara el secreto de aquella misteriosa atracción que ejercía con los niños: cuál era su sistema pedagógico.

"Para no hacerle perder tiempo, y para retener mejor sus respuestas, escribí un minucioso memorándum

con las cuestiones que me preocupaban. Me lo aprendí de memoria y fuí a exponérselo. Don Bosco me oyó cortésmente. Me dejó hablar cuanto quise. No me interrumpió una sola vez, y yo advertí, por la atención que me prestaba, que ida a dar una respuesta franca a mi largo cuestionario. Yo terminé así: ¿Cómo hace V. R. para atraer a los niños? Y él entonces me respondió, pero no me dijo muchas palabras, no me dijo ni tres, ni siquiera dos; me dijo una sola palabra:

"—¡Amándolos!

"Y se puso a hablar de otras cosas, con toda naturalidad, como si ya no tuviese nada que decir."

En la trama confusa de las doctrinas revolucionarias, socialistas o demócratas, Don Bosco ha descubierto el hilo de oro de una gran verdad, que todas ellas contienen y que es el motivo de la seducción de esas doctrinas sobre el pueblo. Esa verdad trascendental es la igualdad.

No es una idea revolucionaria ni moderna. Es un viejo dogma cristiano, contenido en la segunda palabra de la oración que Jesús enseñó a sus discípulos: "Padre *nuestro*..." Todos los hombres hijos de un mismo padre; por lo tanto, iguales todos, específicamente.

Si el egoísmo de los que oprimen a sus semejantes, por la riqueza o la fuerza, ha oscurecido esta verdad, y ha impuesto durante siglos desigualdades que parecían nacer con el hombre, peor para ellos, porque los oprimidos han acabado por reconocer la injusticia de los privi-

legios y han convertido en una bandera de odio lo que era un dogma de amor.

Se ha hecho famosa la ceguedad de aquel romano que definió así el cristianismo naciente: una discusión entre judíos a propósito de religión.

Así muchos, en los tiempos de Don Bosco, no advirtieron más que el aspecto político, hostil a los reyes, de las doctrinas revolucionarias, y no la avidez de justicia que preparaba los corazones a recibirlas.

El no creyó que fuese una discusión constitucional. Comprendió que la Humanidad penetraba en una región nueva, y que el catolicismo no tenía interés en desviar su rumbo.

El catolicismo no es solidario de ningún régimen político. Ha prosperado y ha sufrido persecuciones bajo los reyes absolutos; y le ocurrirá lo mismo bajo los constitucionales y bajo las Repúblicas.

Por esencia es democrático; sus príncipes son hombres de toda condición. Aun para ser Papa, el nacimiento no confiere ningún privilegio. Con razón Voltaire lo llamaba *la religión de la canalla,* y por *canalla* significaba el pueblo.

Pero la democracia, o sea el gobierno del pueblo, cuando no está regulado por la justicia y la caridad degenera en una salvaje lucha de clases, una aristocracia al revés.

Un pueblo que no tiene ninguna noción de sus deberes, porque sus oradores no le hablan más que de sus

derechos; que no conoce más límites que los que él se prescribe en sus leyes, mudables como los hombres que las hacen, está en el camino de la anarquía.

Y cuando cae en la anarquía, que es el desorden, el pueblo, desesperado, acaba por entregarse a un dictador. La dictadura impone orden a la fuerza. Da momentáneamente la sensación de la libertad, porque no hay tiranía más abominable que la de la muchedumbre anarquizada.

Pero la dictadura es la negación de la libertad y de la justicia. Por lo tanto, anticristiana.

Don Bosco ha tenido la intuición de la democracia en un momento en que a muchos les parecía una herejía.

El obrero, el proletario, como dicen los socialistas, es la gran masa de la población, la mayoría, y en un régimen democrático es el gobierno.

Preparemos al obrero para el gran papel que va a desempeñar en las Sociedades modernas, como elector, y muchas veces como elegido. Enseñémosle sus derechos y sus deberes. Hagámoslo hábil en su oficio, démosle la instrucción que antes era exclusivo patrimonio de los ricos y de los nobles; hagámosle buen católico y lo haremos buen demócrata; sabrá elegir y sabrá gobernar, y habremos hecho el bien de la patria y de la Humanidad.

Este es el pensamiento de Don Bosco. A realizarlo aplica sus cualidades de organizador, su inventiva, su tenacidad, su ciencia y, sobre todo, su gran corazón. ¡Amémoslo y vendrá con nosotros, aunque no le ofrezcamos lo que le ofrece la revolución!

Parece fácil simular amor al pueblo en estos tiempos en que los políticos se arrebatan de la boca las palabras con que han de adularlo. Decimos mal hablando de estos tiempos; pues los políticos actuales no han sobrepujado a los caudillos de comités de la antigua Grecia.

Aristófanes, en su comedia *Los Caballeros,* personifica el pueblo en un viejo chocho, Demos, cuyos favores se disputan dos políticos, Zurrador y Salchichero. Y dice *Salchichero:* —Demos, prueba este cojín que he cocido con mis manos. ¿Acaso no están tus nalgas cansadas del duro banco de los remeros de Salamina?—Y *Zurrador* le interrumpe: —Voy a depilarte las canas para rejuvenecerte, Demos.—Y *Salchichero* agrega: —Para que te limpies las lagañas te he traído este rabito de liebre.—Y añade *Zurrador:* —Al sonarte las narices, Demos, enjúgate los dedos en mi cabellera.—*Salchichero:* —¡Nunca en la de él! ¡En la mía!—*Zurrador:* ¡No, en la mía!"

Las peroratas de Mazzini en el fondo no eran más que las disputas de Salchichero y Zurrador, transformada en monólogo y escritas en llave de sol.

En sus aventuras de colegial, Don Bosco ha aprendido diversos oficios. Sastre, zapatero, músico, sabe de todo un poco, y sería capaz de enseñar si tuviera donde instalar sus talleres, y con qué proveer de herramientas y materiales a sus alumnos.

La instrucción del obrero es su idea fija. Pero no la concibe como una infusión de teorías inútiles en un

cerebro mal preparado. Eso, las más de las veces, no mejora la aptitud del obrero para ganarse la vida; y produce a menudo un desplazado, es decir, un descontento con la profesión que las realidades de la vida le obligan a adoptar, pero que una fantasía excitada encuentra humillante.

No; Don Bosco quiere perfeccionar las aptitudes del obrero, dentro de su vocación, sin atiborrarlo de conocimientos inútiles. Y quiere levantar de tal manera el nivel moral y profesional de sus alumnos, que el solo hecho de haber aprendido en su escuela les sirva de recomendación para hallar trabajo, si es que no pueden establecerse por cuenta propia.

¡Un sueño! ¿Cómo realizarlo cuando las necesidades del oratorio festivo crecen y no aumentan las limosnas que son sus recursos?

A los ojos del mundo, un santo debe ser un hombre desdeñoso del dinero hasta sentir náuseas delante de un escudo. El mayor pecado de las Congregaciones religiosas, expulsadas en muchos países, fué el haber acumulado ingentes riquezas.

Los que encuentran justo y laudable que un viejo verde y millonario deje su fortuna a la querida, se indignarían si les dijésemos ahora que ha hecho testamento en favor de Don Bosco.

¡Tranquilícense! En aquellos tiempos nadie pensaba testar en favor de Don Bosco. ¡Y qué falta le hacía! Era pobre como Lázaro, pero estaba lejos de maldecir el dinero. Al contrario, lo respetaba como el signo del trabajo

de un hombre; y cuando sabía que en tal casa le darían un puñado de escudos, volaba allá, y llenaba de bendiciones la mano generosa que se los ofrecía.

Es el santo en cuya vida se refieren más anécdotas en que el dinero desempeña algún papel. Y algunas de ellas son deliciosas.

Un día, cuando era ya un hombre célebre, tenido por santo, una dama riquísima se arrodilla delante de él y le suplica que le conceda un autógrafo para guardarlo como una reliquia.

Don Bosco sonríe, toma la pluma y escribe: "Recibí de la *señora Tal* la suma de dos mil liras para la merienda de mis *biricchini.*" La dama lee, comprende, suelta la plata y besa la *reliquia* que acaba de obtener.

Don Bosco es el santo de una época materialista en que nada se hace sin dinero. Su realismo robusto le hacía ver en cada pieza de oro los kilos de pan, los pares de zapatos, los metros de paño que podría adquirir para sus *biricchini*. Y cuando le faltaba esa moneda, suplicaba al Señor de rodillas que se la mandase; y si Dios le hubiera enviado un ángel con una bolsa de escudos, o con un cheque, lo habría recibido sin ninguna confusión, y hasta por la costumbre que tenía de hacerlo, cogiendo la pluma para firmarle un recibo.

Cierta noche de abril del año 47 en que lo habían llamado para confesar a un enfermo, volvía a su casa pensando que mamá Margarita lo aguardaría ansiosa por su tardanza.

Avanzaba a prisa, gracias a que conocía bien su camino, pues no había más luz en el cielo ni en la tierra que la que se escapaba por la puerta mal cerrada de alguna taberna.

Mala hora y peores tiempos para encontrarse con algunos afiliados de la *Joven Italia,* inclinados a ver jesuítas en toda sotana negra.

Al doblar una esquina de Via Dora Grossa, que hoy se llama calle Garibaldi, observa un grupo de mozalbetes mal entrazados a la entrada de un negocio de vinos.

¡Pésimo encuentro! De buena gana desviaría su ruta; pero ellos lo han visto y hasta lo han saludado con unas blasfemias. Si retrocede será peor. A mal tiempo, buena cara.

Avanza con paso firme y se les pone delante.

—¡Buenas noches, mis queridos amigos! Me pareció que me llamabais... ¿Qué tal? ¿Cómo andan los negocios?

Ellos, paralizados por la sorpresa, no le responden. Lo miran no más; no le hallan traza de jesuíta. Es seguramente un abate, un teólogo, vaya uno a saber lo que es, no siendo muy entendidos en cuestión de vestimentas frailunas.

—Los negocios andan mal, señor abate—responde brutalmente el más audaz.

—¿Por qué?... ¿La guerra acaso?

—¡Qué guerra, *corpo di Bacco!* ¡La sed, que es peor que la guerra! Tenemos sed y no tenemos *biyuya* (dinero).

—¡Páguenos una pinta, señor abate!

—Con mucho gusto. Y como son ustedes tantos les pagaré dos... ¿Qué les parece?

—¡Bravo! ¡Suelte la mosca!

Uno de ellos le coge el brazo, para hacerle entregar el dinero. Todos lo rodean...

—¡Pero yo también quiero beber con ustedes! ¿No me convidan? ¿Tengo aire de mal compañero?

—¡Oh, cómo se imagina, señor teólogo, que no le vamos a convidar!

—Entonces, entremos...

—¡Aquí, no! El vino de aquí tiene mucha agua. Vamos a la calle de las *Tres Gallinas*. Allí hay una taberna de confianza.

—¡Vamos allá!—dice Don Bosco, muy contento, porque la calle de las Tres Gallinas, contigua a la plaza Manuel Filiberto, está camino de su casa.

Son casi veinte los mozalbetes. Don Bosco se pone a la cabeza de ellos y echa a andar gallardamente, por medio de la calzada. Uno de sus extraños camaradas lo coge del brazo derecho; otro, del izquierdo, y entonan una canción popular. Al pueblo italiano le gusta cantar a grito pelado en plena calle, aprovechando el silencio de la noche. A veces se descubren así voces bellísimas.

Bien, pues la de Don Bosco no es la peor del grupo. Llegan a *Via delle tre Galline*, penetran en la taberna de confianza, y se acomodan delante de sus mesas, y Don Bosco pide un par de panzudas botellas de *freisa*, un

vino generoso que le recuerda las colinas de los Becchi.

Le sirven y brinda con ellos; pero no bebe.

—¿Cómo? ¿Usted no bebe con nosotros? ¿Nos desaira?

—No, mis amigos; pero no puedo beber. Están dando las doce de la noche en la torre de la Consolata...

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Que yo no podría celebrar la santa misa mañana, mejor dicho, hoy... No estaría en ayunas, y ustedes saben...

—¡Es verdad!—dice uno que recuerda un poco de su catecismo—. Haga como le plazca, señor abate. Usted sí que es un buen teólogo... ¡Si todos fueran como usted!

¡Un primer vaso al coleto! Las lenguas chasquean; aquel fresia es bueno de veras. Don Bosco les llena otra vez los vasos, y les explica quién es él y en qué trabaja; y les dice que su casa no está lejos de allí. Ellos le escuchan con respeto.

—¡Usted sí que es un buen teólogo!—repite uno de ellos.

—Me gusta haberles dado este placer, y que seamos amigos. Ahora les toca a ustedes hacer alguna cosa por mí.

—¡Diga, señor Don Bosco! No una, sino tres..., ¿qué quiere que hagamos?

A lo mejor se figuran que aquel buen teólogo les va a proponer un golpe de mano, y ya se están repartiendo mentalmente las ganancias.

—Lo que les voy a pedir, si quieren darme un placer, es que no blasfemen el nombre de Dios y de Jesucristo, como lo hacen a cada instante...

—Tiene razón—responde el que más ha blasfemado—. Es una mala costumbre, créanos, señor Don Bosco. La lengua va sola sin que uno piense en lo que dice.

—Así lo creo; por eso les pido que abandonen esa mala costumbre, si de veras quieren ser mis amigos...

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

Todos prometen y juran, y para afianzar más la promesa, no dejan de echar algún taco redondo. *Corpo di Bacco!*

—¡Mala costumbre! ¡Hay que corregirse! Y ahora, como es tarde, y yo me levanto temprano, y ustedes tendrán que hacer lo mismo, vamos cada cual a nuestra casa. Y el domingo los espero a todos en casa Pinardi.

Se levanta, pero ellos no se mueven.

—¿Todavía no tienen ganas de irse a dormir?

—¿Adónde?—exclama uno con sarcasmo—. Los albañiles todavía no me han concluído el palacio...

—¡Tampoco a mí!—agrega otro.

—¿No tenéis donde ir a dormir?

—¡Yo sí!—replica uno que no quiere aparecer tan miserable.

—Y yo también, aunque la casa no es mía, sino de un pariente.

—Yo no soy exigente, y conozco un albergue que por cuatro sueldos me da cama.

Don Bosco recapacita. ¡Pobres mozos! ¿Qué moralidad puede conservarse en aquellas condiciones?

—¡Les propongo una cosa!

—Diga, señor abate.

—Que los que tengan casa vayan a su casa, y que los que no la tengan se vengan conmigo... ¿Aceptado?

—¡Aceptado!

Se levantan alegres; doce o trece dan las buenas noches y se apartan. Los demás siguen a Don Bosco, que los conduce alrededor de la plaza Manuel Filiberto, y luego por la estrecha y larga calle Cottolengo.

En el trayecto se le agregan algunos otros vagos, de los que duermen en los portales de las iglesias o de los palacios.

Mamá Margarita aguarda a su hijo llena de angustia, y sale hasta el umbral del caserón Pinardi al sentir las pisadas.

—Aquí le traigo estos huéspedes, madre mía.

—¿Quiénes son, hijo mío?

—Unos buenos amigos...

—¡Bien venidos, pues! ¡Adelante!...

Diez o doce penetran en la cocina. La buena mujer, que no los había contado, se alarma.

—¿Dónde los vas a hacer dormir?

Don Bosco sonríe, y tranquiliza a su madre y a los ganapanes, que empiezan a mostrarse desencantados de la casa de tan buen teólogo.

—Como ustedes ven, yo no soy rico; pero con bue-

na voluntad vamos a acomodarnos todos. Arriba hay un granero, y alguna paja. Hoy no hace frío; además, les prestaré unas cobijas...

Justamente, en esos días, le han hecho la caridad de enviarle unas mantas para abrigar a sus *biricchini*. Está loco de alegría. En la aparición de estos huéspedes ve la mano de la Providencia. Serán el comienzo de otra faz de su obra: el hospedaje para jóvenes obreros. Les buscará trabajo, les enseñará, los guardará siempre consigo...

—¡Dios mío, qué mala traza tienen estos amigos de Juan!—murmura su madre viéndolos salir, y trepar uno a uno, por la escalera de mano al granero.

Don Bosco mismo ayuda a extender la paja, les entrega las cobijas de que dispone, les hace rezar un padrenuestro y un avemaría, les recomienda silencio y orden, y les da las buenas noches.

Baja frotándose las manos. Mamá Margarita refunfuña un poco:

—¿De dónde has sacado esas relaciones, hijo mío?

El no se atreve a contarle que ha andado con ellos en la taberna, pagándoles el vino, para mejor cautivarlos, y se va a dormir, rendido de fatiga, pero satisfecho.

Llegado el día, sale al patio a decir una buena palabra a sus amigos, a quienes espera encontrar lavándose en la fuente. ¡Ninguno! No se oye el más mínimo rumor.

—¡Es verdad que se acostaron tarde! ¡Deben de estar durmiendo todavía!

Su madre aviva el fuego y se dispone a calentar la

pitanza que les ofrecerá como desayuno. Y él, un poquitín inquieto, se trepa al granero. ¡Nadie! Los pajarracos han levantado el vuelo llevándose las cobijas.

—¡Bendito sea Dios, que me las dió y me las quitó!—exclama riéndose de buen talante. A su madre, la aventura le causa menos gracia. La gente vieja es menos tentada de la risa.

Algún tiempo después, en una lluviosa y fría noche de mayo, acababan de cenar madre e hijo, cuando sintieron llamar a su puerta. Un muchachito, como de quince años, mojado de pies a cabeza, les pedía limosna.

"Mi madre—cuenta Don Bosco en sus *Memorias*—lo recibió en la cocina, lo acercó al fuego, y mientras se secaban sus ropas, le dió menestra y pan.

"Al mismo tiempo, yo le pregunté si iba a la escuela y tenía familia y cuál era su oficio. Me respondió: —Soy huérfano; he venido a buscar trabajo. Tenía tres francos, pero los he gastado y no tengo ya nada... Pido, por caridad, me dejen pasar la noche en algún rincón de esta casa.

"Diciendo esto, se puso a llorar, y también mi madre. Yo estaba conmovido."

Pero la aventura de los amigos de la taberna, y otras análogas, habían hecho a Don Bosco más cauto con las relaciones nocturnas.

—Si supiese que no eres un ladrón, te admitiría en mi casa. Pero otros, a quienes he albergado, me han lle-

vado una parte de mis cobijas... ¿No me llevarás tú las que me quedan?

El muchacho, sin ofenderse, responde:

—No, señor; esté tranquilo, soy pobre, pero nunca he robado nada.

Mamá Margarita pone la mano sobre la cabeza del chico y le alumbra de lleno la cara. Hijo y madre son así. Cuando el uno se entrega, el otro resiste; si el uno disiente, le toca el turno al otro de dejarse llevar por la divina imprudencia de los corazones generosos. Así compensan, alternativamente, sus cualidades, que, en el fondo, son las mismas, como surgidas de la misma fuente.

—Si te parece—dice la madre al hijo en voz baja—, por esta noche, yo le arreglaré una cama...

—¿Dónde?

—Aquí, en la cocina.

—Le llevará las cacerolas...

—Yo vigilaré.

—Haga como guste, madre.

Mamá Margarita y el muchacho juntan unos ladrillos, los disponen en el suelo, improvisan un colchón, y está hecha la cama.

Antes de cerrarle la puerta, la buena mujer le hace rezar sus oraciones y le echa un discursito para que no le robe las cacerolas.

Al día siguiente, madre e hijo, aparecen, cada cual por su lado, ansiosos de ver el resultado del experimento.

El chico duerme todavía y ni un clavo falta. ¡Loado sea Dios!

"Este fué el primer joven de nuestro albergue...—dice Don Bosco—. A éste se agregó después otro, y luego otros; mas, por falta de sitio, ese año tuvimos que limitarnos a siete."

Junto con el albergue nocturno, comenzó otra institución salesiana, invención de mamá Margarita, y fué lo que llaman el *sermoncito,* unas palabras que ella misma dirigía a los muchachos al darles las buenas noches.

Cuando la buena mujer, por defender las cacerolas e inspirar saludables pensamientos a su primer albergado, le echó ese discursito, no se imaginó que había tenido una idea genial. Don Bosco la incorporó a sus reglas, y desde entonces, en todas las casas salesianas, y en todos los tiempos, no se van a dormir ni los sacerdotes, ni los estudiantes, ni los artesanos, sin recibir las buenas noches, breves y simples, tales como las inventó mamá Margarita.

Alguna vez, en ella reaparece la campesina prudente, que piensa en la vejez y economiza.

—Oye, Juan; si todos los días me traes un muchacho que mantener, nunca guardarás nada para ti... ¿Qué vas a hacer cuando seas viejo?

—Siempre me quedará una cama en el hospital Cottolengo—responde el hijo.

"La historia del Oratorio—ha dicho Don Bosco mismo—se divide en tres épocas: la fabulosa, la heroica, la histórica."

La fabulosa corre desde el comienzo hasta el año 55. Su relato parece un tejido de fábulas; tan extraordinarias son las dificultades que le oponen, un día, los sectarios; otro día, los católicos, y todos los días, la pobreza.

Don Bosco debe pensar, no sólo en divertir y dar merienda y enseñar a los *biricchini* del Oratorio festivo, y dar clase a los alumnos de la escuela nocturna, sino en alimentar, vestir, buscar donde aprendan un oficio a los siete alumnos internos que ha recibido, y que no tienen bajo el manto del cielo más padre que él.

Duermen en el granero, sobre colchones de paja. Al alba los despierta mamá Margarita. Se lavan en una fuente que hay en el patio y que se conserva ahora tal como era entonces; oyen la misa que celebra Don Bosco y parten a su trabajo. Son aprendices, que trabajan gratuitamente en casa de un buen patrón, hasta aprender el oficio.

Si Don Bosco tuviera recursos ya habría instalado talleres propios para que sus *biricchini* se hicieran carpinteros, tipógrafos, sastres... ¡Algún día será! ¡Lo ha visto en sueños!

La noche antes Don Bosco ha repartido a los muchachos 25 céntimos por cabeza. Con eso, al pasar frente a una panadería, se compran una tajada de pan y unas rodajas de salame, que van comiendo hasta que cada cual llega a casa de su patrón.

A mediodía vuelven a Valdocco—donde está casa Pinardi—para almorzar. Quien hoy ve lo que es Valdocco, un barrio populoso de la ciudad, apenas concibe

lo que era entonces, lugar despoblado y peligroso. Los chicos deben correr para llegar a tiempo, cuando mamá Margarita o Don Bosco mismo llenan de menestra las escudillas.

Cada uno tiene su escudilla de barro y su cuchara. La menestra consiste en arroz con patatas, o en harina de maíz con castañas, o fideos con porotos. Huele bien y humea que es un gusto.

Afuera cae la nieve y hace un frío de lobos. Los chicos se acurrucan en los rincones, sobre una piedra, sobre un madero, sobre un taburete y devoran su menestra caliente.

—¡Hoy está más rica que nunca! ¿Quién la ha hecho?

Don Bosco sonríe con vanidad de cocinero. Se ha ceñido un delantal para no ensuciar la sotana.

—¿Te gusta? ¡Come, haz honor al cocinero! Te daré, además, un buen pedazo de carne... cuando lo tenga. Deja estar, no bien encuentre una vaca sin dueño, la vamos a comer juntos.

Llena de nuevo las escudillas. Los muchachos piensan que tienen que lavarlas ellos mismos, y que afuera, en el caño de la fuente, cuelga un chorro de hielo... ¡Brrrr...!

Entonces inventan un juego como postre. El que pierde, lava las escudillas de todos.

A la noche, la escena es más pintoresca. Parece un cuadro flamenco. La cocina tibia sirve de comedor y de escuela para los alumnos de música.

Don Bosco, no sólo corta pantalones, y hace zapatos,

y fabrica mesas y taburetes, sino que enseña canto y violín. Y mientras sus alumnos rascan la tripa, él con el cucharón lleva la batuta.

A la luz del velón mamá Margarita cose y remienda las ropas de aquellos hijos con que Dios bendice su fecunda vejez.

Para llevar adelante aquella empresa, no sólo necesitaba dinero, sino colaboradores. Había que enseñar, predicar, confesar, salir a pedir limosnas, volver a casa, cocinar, contratar con proveedores, escribir cartas y libros. Las fuerzas de un solo hombre no bastaban.

Desde el comienzo había encontrado providenciales cooperadores, sacerdotes y seglares. Pero los tiempos eran terribles.

Jamás quiso Don Bosco mezclarse en política, pero la política se metió a menudo con él.

—Vino el tiempo de la prueba, el 48—contaba años después a sus discípulos—. Hasta algunos sacerdotes que me ayudaban, querían conducir mis jóvenes a las plazas a gritar: "¡Viva Italia!"

Lo más difícil no era hacer frente a los que eso pretendían, sino impedir que sus *biricchini* se dejasen arrebatar por el torrente democrático.

"Un día—refieren las *Memorias*—, a eso de las dos de la tarde, estaba yo en el recreo con mis jovencitos. Uno de ellos leía el periódico *La Armonía* (católico), cuando unos sacerdotes que solían venirme a ayudar en las funciones sagradas, se presentaron con medallas, escarapelas y bandera tricolor, y con un diario verdaderamente inmoral, *La Opinión*. Uno de ellos, respetable por el celo y la doctrina, se adelanta, y viendo que a mi lado alguien tenía en las manos *La Armonía*, exclama: —¡Qué ignominia! ¡Es tiempo de acabar con éstos...!

"Y en diciéndolo, arrebatóle el periódico, lo hizo mil pedazos, y lo pisoteó. Templado con ello su fervor político, me dice poniéndome ante los ojos *La Opinión:* —¡Este sí que es un buen diario, que deben leer todos los honestos ciudadanos!"

Don Bosco trata de apaciguar al enardecido patriota. Suena la campana llamándolos a la iglesia. Uno de los sacerdotes recién llegados iba a hacer el sermón. Don Bosco se le pone cerca del púlpito, alarmado de su escarapela y temeroso de lo que va a decir. Debía hablar de moralidad a los *biricchini*, y en todo el tiempo no les habló más que de libertad, emancipación, unidad.

Don Bosco se refugia en la sacristía y se pone a pensar lo que va a decir él mismo, para disipar el efecto de aquel discurso de comité. Pero no le dan tiempo. Termina el orador invitando a los muchachos a salir a la calle en manifestación. Y todos le siguen, cantando himnos nacionales y haciendo flamear la bandera de la unidad italiana.

Un sueño providencial conforta aquella alma angustiada por el abandono y la ingratitud.

He aquí su relato:

"Una persona me llevó por un camino todo cubierto

de rosas, no sólo abajo, sino también arriba y a los lados, a la manera de una bóveda. Nunca he visto rosas semejantes. Y me dijo:

"—¡Anda!

"Yo, por no pisotear tanta hermosura, me quité los zapatos y avancé un paso o dos. ¡Ay! Tuve que detenerme. Había pisado una espina, que me causó grandísimo dolor, y vi muchas otras escondidas.

"—Aquí hay que ponerse los zapatos—dije, y el que me guiaba respondió:

"—Ciertamente, debes ponerte los zapatos.

"Así lo hice. Me seguían una multitud de sacerdotes y otras personas. Eché a andar. A pesar de mis precauciones, a cada paso me punzaba alguna de aquellas durísimas espinas. Llegué, no obstante, al final de mi camino y miré atrás. De tantos compañeros no quedaba ninguno...

"Se lamenta de su soledad y de pronto ve llegar otros que lo buscan.

"—¡Aquí estamos! ¡Queremos ayudarlo!

"—¿Has comprendido?—le pregunta aquel que lo guiaba.

"—No, por cierto.

"—Este camino es tu misión de educar a la juventud. Debes seguirla con zapatos, o sea, con prudencia. Las rosas son el símbolo de la caridad ardiente que debe distinguiros a ti y a tus colaboradores. Las espinas, los obstáculos y padecimientos que sufrirás. Pero no te desanimes:

con la caridad, con la mortificación, lo vencerás todo, y tendrás, al fin, rosas sin espinas."

Los *biricchini* volvieron, pero no los turbulentos pastores que con sus himnos y banderas los habían alejado del Oratorio.

Como en el aire se respiraba la pólvora, formaron los *biricchini* un batallón de 200, y armados con fusiles inútiles que el Gobierno les prestó, hacían ejercicios militares mandados por José Brosio, *bersaglieri* veterano de la guerra.

El pequeño ejército, un día vuelto de maniobras, invade y destruye la huerta de mamá Margarita. ¡Qué importa! Don Bosco se alegra porque ha logrado satisfacer sin peligro el espíritu bélico de sus jóvenes.

Esto despierta envidias. Algunos clérigos que han fundado otro oratorio, imitando a Don Bosco, y obtenido de la Municipalidad la iglesita de los Molinos Dora, quieren ganar al *bersaglieri* para que organice con ellos un batallón.

El mismo Brosio lo refiere así, con la mayor ingenuidad: "En el 1850 a 1851 se habían conjurado para reducir el Oratorio *a nada* (así decían ellos), y entre los jefes de la conjuración estaban algunos señores sacerdotes que frecuentaban el Oratorio."

¡No hay mejor cuña que la del mismo palo!

Regalos, almuerzos, invitaciones a paseos. Un día le dan 30 liras. Brosio las acepta, pero se acuerda luego de los treinta dineros de Judas, y para no ahorcarse de

remordimiento, las da a un pobre y va a referir a Don Bosco la aventura.

"Un gran consuelo—refiere él mismo—tuve en aquellos momentos y un gran apoyo en el teólogo Borel. Este maravilloso sacerdote, aunque agobiado de gravísimas ocupaciones, se ingeniaba para prestarme su ayuda, aun robando horas al sueño."

La obra, a pesar de todos sus enemigos, prosperaba rápidamente.

El 1.º de abril del 49 alquiló toda la casa de Pinardi. Los otros inquilinos, gentes de mal vivir, intentaron con amenazas y escándalos prorrogar sus propios contratos de alquiler, y Pinardi, por librarse de ellos, ofreció en venta la casa. Pedía 80.000 francos, pero Don Bosco tenía genio de financista, y se dejó rondar. Entretanto hacía tasar el caserón y sabía que no valía la tercera parte.

Pinardi se le presenta de nuevo.

—Si quiere seguir siendo el solo habitante de la casa, cómpremela.

—Si quiere que se la compre, pídame lo que vale.

—Le he pedido ya lo que vale.

—No, ése no es el precio.

—Hágame una oferta.

—No puedo ofrecerle el verdadero precio, porque no quiero ofenderlo.

—No me ofenderé; ofrézcame lo que quiera.

—¿Me la venderá por su valor justo?

—Palabra de honor que se la venderé.

—Deme la mano y después le haré mi oferta.

—Aquí está mi mano... ¿Cuánto me da?

—La he hecho tasar por un amigo mío y suyo. En el estado actual su valor es de 26 a 28.000 francos... Yo le ofrezco 30.000.

—Regalará también un alfiler de 500 francos a mi mujer?

—Haré el regalo.

—¿Me pagará al contado?

—Pagaré al contado.

—¿Cuándo firmaremos el contrato?

—Cuando quiera.

—¿Dentro de quince días?

—Sí.

—100.000 francos de multa al que se desdiga.

—¡100.000 francos de multa!

En cinco minutos quedó cerrado el trato. Pinardi se va y Don Bosco no se atreve a penetrar en la casa que ya cuenta como propia. Su madre, tal vez, ha oído el diálogo, y él teme los reproches de la campesina prudente y económica. ¿De dónde vas a sacar 30.000 francos? ¿No tenemos ya bastantes deudas con el panadero y los demás proveedores?

Maquinalmente echa mano al portamonedas, lo examina y se pone a reír:

—Tan pobre no estoy; aquí tengo ocho sueldos; mi madre tendrá un poco más, tal vez dos francos... ¡Dios proveerá, pues por El trabajo!

Da media vuelta y va a entrarse, cuando aparece su madre, sofocada, con una gallina en la mano. Los muchachos le han abierto el gallinero y ha tenido que correr por los prados vecinos juntándolas.

—¡Escúchame, Juan!

—Diga, madre mía..., ¿qué le pasa?

—¡No es posible que yo siga aquí; prefiero volverme a los Becchi!

—¿Por qué, madre?

—¿No ves lo que pasa? Tus *biricchini* cada día me hacen una peor. Ayer, con mi hermana Mariana, que ha venido a ayudarme, habíamos lavado toda la ropa de la casa. Tendida al sol era una hermosura verla de blanca que estaba. Uno de ellos me ha cortado la soga y me ha revolcado la ropa en la tierra. El *bersaglieri,* con sus soldados, me deshizo la huerta; me ayudó a repararla, sembré de nuevo, y los *biricchini* me han abierto el gallinero, y las gallinas se han comido lo que ellos no han pisoteado. Se pelean en la calle, destrozan camisas y calzones; yo no sé si juegan los botones, porque no les duran, y me esconden todo lo que rompen para que no los regañe. Me sacan las cacerolas, para no sé qué diabluras, y pierdo medio día en buscarlas... ¡No, decididamente, no! ¡Mi pobre cabeza no resiste la confusión de tus *biricchini!* Yo te dejo y me voy a mi casita de los Becchi para vivir y morir en paz, que es la gracia de Dios...

El hijo no aparta las ojos del querido rostro de la vehemente viejita. Cuando ella se ha desahogado, él le

toma cariñosamente ambas manos, se las junta y le muestra un crucifijo pendiente en la pared.

Los áridos ojos de mamá Margarita se llenan de lágrimas.

—¡Tienes razón!—responde dulcemente—. El padeció más por nosotros... No seríamos impacientes si fuésemos humildes.

Por ese día Don Bosco no habló a su madre del negocio. No estaba la Magdalena para tafetanes, como dice el refrán. Se acordó que el abate Rosmini alguna vez le había ofrecido un préstamo de 20.000 francos, y le escribió ofreciéndole en garantía una hipoteca sobre la misma casa.

Rosmini le responde favorablemente. Faltan 10.000 francos. Es domingo. El día ha sido nebuloso y la noche cae triste y cruda sobre aquel Turín lleno de toda suerte de preocupaciones. ¿Qué hacer? A las últimas luces ve aparecer la frágil silueta de su gran amigo Don Cafasso. Las muchas tareas no le dan espacio para visitarlo a menudo. De tarde en tarde, cuando va al Rondó, lugar próximo, donde se ahorca a los criminales, a quienes auxilia hasta el patíbulo, suele llegar, transido de pena, pero consolado con la muerte de "su santo ahorcado", como él llama a su pobre cliente, seguro de que ya está en el cielo.

Pero hoy domingo se descansa también en el Rondó. ¿Qué graves negocios le traen aquella visita?

—¡Oh, Don Cafasso! ¡Cuánto gusto de verlo! Se-

guro que es una buena noticia: lo conozco en su cara.

—¡Buena, de veras! La condesa Casazza-Ricardi, que conoce la obra del Oratorio, me ha entregado diez mil liras para usted...

—*Deo gratias!* Es lo que se llama el queso rallado en los macarrones—exclama Don Bosco besando la mano que le entrega aquel oportuno socorro.

Esa noche, en la cena, sus muchachos tuvieron, a más de la rodaja de mortadela que les daba los domingos, un vaso de barbera de Asti, señal de fiesta especialísima.

XV

EL GRIS

Ha innovado el estilo de aquel clero empingorotado, que, cuando niño, lo entristecía con sus maneras desdeñosas.

Hallar un muchachito de la calle, es una alegría para él, como si hallase una bolsa de escudos. Mejor aún, porque ese muchachito será de él, y los escudos tendrá que devolverlos.

Se le aproxima, le pregunta su nombre, le da una estampita, y para ganar del todo su confianza, se sienta en la escalinata o el umbral de uno de aquellos característicos palacios tan comunes en Turín, y le empieza a enseñar el catecismo.

Claro está, no faltaban fariseos que se escandalizaban de sus modales. ¡Bah! Todavía será más original. Por los vidrios de la ventana de una taberna ha visto un chicuelo. Días de trabajo, días de fiesta, siempre está allí, sirviendo a los parroquianos. ¿Irá a misa? ¿Habrá hecho la primera comunión? ¿Tendrá alguien que le hable de

Dios alguna vez? Esta idea lo preocupa. Empuja la puerta y va a sentarse delante de una mesa y pide un café.

Los otros clientes olvidan un instante el vaso de vino, para observar aquel fraile extravagante que, en vez de tomar su café en su casa, no tiene vergüenza de penetrar en la taberna.

Don Bosco se pone a hablar con el muchacho, luego con el patrón, después con los parroquianos. Ya tiene su palabra de que el domingo irán a merendar en Valdocco, en casa Pinardi, que ahora es suya. ¡Ya se ha ganado el día!

Igual desenfado para entrar en las hosterías y en las fondas y en las casas de inquilinato. Nada le desconcierta.

Hay un tímido aprendiz que maneja la escoba en una barbería, mientras aprende a manejar tijeras y navajas.

Don Bosco elige un momento en que el patrón está ocupado y otros clientes esperan turno.

—Por mí, no se moleste nadie. Mi barba es fácil de hacer, y este mocito, que me parece muy inteligente, me la va a afeitar en dos minutos.

El patrón intervenía:

—¡Ni se le ocurra, señor teólogo! Ese cachafaz no sabe nada del oficio. Hace pocas semanas que ha empezado y no tiene nada de inteligente.

—¡Ensayemos, ensayemos!

—¡Haga lo que quiera, pero ya le advierto que no sabe afeitar.

—Mi barba es fácil.

¡Qué había de ser fácil! Dura y revuelta como los matorrales, su barba siempre fué su tormento. El aprendiz, ruborizado por los elogios que le hacen, jabona a Don Bosco y empieza a desollarlo.

—¡Así va bien! ¡No tengas miedo!... ¿Cómo te llamas? ¡Ay, ay!... Digo que *ahí* tienes que volver a pasar la navaja para quedar mondo y lirondo... ¿Entonces, ya te has confesado alguna vez?... ¿Muchas veces?... ¿Has hecho la Pascua este año?... Hijo mío... Bueno, bueno... Eres el mejor barberito de Turín... El domingo te espero en Valdocco, ¿eh?... ¿Eres chico de palabra? ¡No faltes, pues!

Don Bosco pagaba y se iba restregando las mejillas.

La plaza de Manuel Filiberto era el mejor teatro de sus hazañas.

—¿Quién es ese cura que está jugando a la baraja con esos pilletes?

—Es Don Bosco...

—¡Debe de estar loco! ¿Por qué lo dejan andar suelto, dando escándalo?

—Es que no es un loco... ¡Es un santo!... Acerquémonos... Oigamos lo que les dice...

Al amparo de las nuevas leyes del reino se habían difundido en Turín varias sectas protestantes. Aunque entre ellas no había comunidad de principios, pues negaba

una lo que la otra afirmaba, uníalas un mismo odio a la Iglesia católica y particularmente a Don Bosco, que desbarataba su propaganda y difundía en el pueblo el amor al Pontífice.

A ciertas horas, en aquellos años, un sacerdote no se aventuraba fácilmente por las calles de la culta Turín. A los peligros del estilete de las Sociedades secretas se agregaba la acción de los valdenses.

Llamábanse así los discípulos de Pedro Valdo. Era éste un rico negociante de Lyón que, en el año de 1160, vió morir repentinamente a un compañero de mesa.

Despavorido, distribuye sus bienes entre los pobres y se entrega a una vida de austeridad, como la de los primeros cristianos.

Muchos lo siguen y son llamados los *pobres de Lyón,* o *los humillados,* según ellos mismos se llaman. Su ejemplo habría sido saludable, si hubieran conservado la verdadera humildad. Pero así como otros se enorgullecen de la riqueza, ellos hacían ostentación de una pobreza absolutamente ociosa. Enseñaron que los sacerdotes no podían poseer bienes, sin perder su carácter sacerdotal. Predicaron contra la confesión, el purgatorio y otros dogmas. Perseguido en su patria, Pedro Valdo se refugió en Saboya. Durante siglos, sus discípulos vivieron ocultos. Cuando surgió la herejía de Calvino, en Ginebra, abrazaron sus doctrinas, y desde entonces los valdenses del Piamonte no se distinguen de los calvinistas, y han heredado su siniestra intolerancia.

Pero en Italia es más fácil arrancar de cuajo la fe católica que introducir la herejía protestante. Son muchos los que dejan de creer, cuando dejan de practicar; pero son menos los que reniegan del catolicismo para hacerse calvinistas o luteranos.

La predicación de los valdenses contra el Papa, la misa, el celibato eclesiástico, la virginidad de María Santísima, no encuentra el camino de los corazones. Hay que inventar otros medios, más eficaces que los simples discursos. Hay que atraer a los jóvenes y, para eso, establecer oratorios festivos, a la manera de Don Bosco, quitándole sus *biricchini.*

Los ministros valdenses espían en los caminos de Valdocco a los *biricchini.* Los interrogan, los acarician y los invitan a ir a su iglesia. Han aprendido el sistema. Les ofrecen darles cada domingo dos *mutas,* moneda corriente en los Estados sardos, que valía ocho sueldos. Además, un hermoso libro.

Muchos de los *biricchini* se dejan seducir y acuden a la iglesia calvinista y cobran sus dos mutas y reciben un libro contra la confesión, de Sanctio, sacerdote católico apóstata.

Con esos primeros desertores será posible atraer a otros, y, en efecto, los valdenses envían un buen grupo a rondar por las cercanías del Oratorio y a mostrar aquellas relucientes monedas que han ganado.

Trabajo inútil ese domingo. Al siguiente, ya no vienen en son de paz, sino con los bolsillos llenos de pie-

dras, y atacan a pedrada limpia a los que juegan en el patio de casa Pinardi.

Los *biricchini* fieles, desconcertados y heridos, huyen a refugiarse en la galería y en las habitaciones; pero acaban por perder la paciencia y, en número mayor, salen al camino y rechazan el asalto a puñadas y a hondazos.

Durante meses renováronse aquellas tristes batallas, que la Policía no cuidaba de impedir. Ni la seducción ni la violencia daban resultado. Los valdenses apelaron a la astucia. Secretamente habían seducido a cierto fray Vital Ferrero, franciscano, tenido por hombre piadoso, y a quien Don Bosco solía invitar a almorzar.

Como se acercase la fiesta de San Francisco de Sales, encargóle el panegírico, y el fraile no desperdició la oportunidad. Subió al púlpito, y en dialecto piamontés, para ser mejor entendido de los *biricchini*, hizo una extraña descripción de las virtudes del santo. Y para terminar explicó en estilo de parábola que divisaba una zorra pestífera, agazapándose en los matorrales para inficionar el mundo. Pero un águila, desde las nubes, la descubría y la atacaba. ¿Sabéis quién es la zorra? La Iglesia católica. ¿Sabéis quién es el águila? ¡Lutero!

Hemos dicho que la vida de un sacerdote católico no estaba segura en las calles de Turín en aquellos años.

Agreguemos que los que pertenecían a ciertas congregaciones o instituciones religiosas no estaban seguros ni siquiera en sus casas. En los días de las persecuciones de los valdenses, un desconocido, por la ventana de la pequeña sacristía del oratorio, descerrajó dos pistoletazos contra Don Borel y Don Carpano, que estaban revistiéndose para una función. Afortunadamente las balas sólo dañaron el revoque.

Mas la víctima predilecta hubo de ser Don Bosco. La mala vecindad de casa Pinardi y lo despoblado de los terrenos que había que cruzar para llegar a ella, facilitaban los atentados.

Ya hemos referido que una noche, mientras daba su clase, le hicieron un disparo de fusil, que rompió el cristal de la ventana. La luz de la lámpara, que le daba de lleno, facilitó la maniobra, pero la bala pasó rozándole el cuerpo.

—¡Lástima de mi sotana!—exclamó Don Bosco echando a broma el caso, para tranquilizar a sus *biricchini*—. Mamá Margarita tendrá que remendármela.

Otra noche llaman a la puerta de casa Pinardi.

—¡Don Bosco! Hay un moribundo que pide confesor.

—¿Dónde está?

—No lejos de aquí, en un sitio que llaman *Corazón de Oro*.

—¡Hum!—hace Don Bosco, que conoce muy bien su Turín—. ¡Mal barrio!

Y agrega en alta voz:

—¡Buzzetti, Gravano, Ciglicetti! ¡Vamos allá! Daréis un paseo conmigo.

Acuden tres o cuatro de sus más fieles y robustos *bi-*

ricchini. Los que han ido a buscarlo, en viéndolo aparecer con aquella escolta, le dicen:

—¡No hay necesidad de compañía! Nosotros acompañaremos al señor abate de ida y de vuelta...

—¡No se preocupen! Estos jóvenes gozarán tomando el fresco.

—Es que el enfermo se agravará viendo entrar tanta gente.

—¡No entrarán!—repone Don Bosco, dulce y obstinado—. ¡Vamos allá!

Por las calles lóbregas y estrechas del viejo Turín lo conducen a un caserón, en cuyo gran patio desierto brilla la lucecita de uno de esos nichos, que es frecuente hallar en las casas antiguas del Piamonte.

—Vosotros quedaos aquí: estaréis en buena compañía—dice a sus mocetones Don Bosco, señalándoles la imagen del nicho, que es la Consolata.

Y sus guías a él:

—Vamos a prevenir al enfermo.

Y lo han dejado en una sala del piso bajo, con un aire dudoso de taberna o de Club, donde parece que acaban de cenar varios personajes, que se levantan al verlo llegar y le ofrecen un plato de castañas.

—¡A buen tiempo, señor teólogo! ¡Pruebe estas castañas!

—Gracias, he cenado hace poco.

—Pero un vaso de vino le ayudará la digestión.

—Gracias, no tomo vino a estas horas...

—No haga cumplimientos, señor abate.

—Somos gentes sencillas... Brindemos por el Papa, señor teólogo.

En diciendo esto se llenan los vasos de cada cual; mas Don Bosco advierte que para llenar el de él escancian de otra botella. Se hace el desentendido, levanta el vaso y brinda; pero no prueba gota.

—¿Cómo es eso? ¿Nos desaira?

—¡Nos ofende si no bebe!

—¡Tiene que beber! Al menos un trago.

Don Bosco planta el vaso y responde con resolución:

—He dicho que no bebo a estas horas. ¡No quiero beber, pues!

Inmediatamente lo rodean; uno le pone la mano groseramente sobre el hombro, y con aire que no admite réplica le notifica:

—Pues, señor mío, lo siento mucho, pero el que viene a nuestras reuniones tiene que beber, aunque sea un trago, si no quiere ofendernos.

—Esa es nuestra regla, señor teólogo—confirma otro, alcanzándole el vaso.

—Bueno, pues; si esa es vuestra regla, la cumpliré... Pero dejadme espacio, que me tenéis oprimido.

Se apartan un poco, y él hace el gesto de beber, pero da un paso atrás y abre rápidamente la puerta y grita:

—¡Buzzetti, los cuatro venid!

Los *biricchini,* que estaban inquietos por los rumores que sentían, se precipitan en la sala. Ante la aparición de aquella robusta escolta, los invitantes cambian de actitud.

—Estos buenos amigos, a toda costa, quieren hacerme beber de este vino, que dicen que es de Asti... Yo no tengo costumbre. ¿Lo queréis vosotros?

Al mismo tiempo les hace seña de no aceptar; pero los invitantes no creen prudente, en presencia de tantos testigos, hacer gustar aquel vino preparado para Don Bosco; le quitan el vaso y ocultan la botella.

—¡No queremos que el señor teólogo pierda sus buenas costumbres! ¡Si no quiere beber, que no beba!

Claro está, no había tal moribundo. Era una celada y nada más.

En sus *Memorias* Don Bosco refiere algunos de estos complots contra su vida, que la Policía turinesa no supo o no quiso prevenir ni reprimir.

"Parecen fábulas estas cosas que refiero—dice Don Bosco—; desgraciadamente son verdades que tuvieron muchísimos testigos.

"Una tarde de agosto, a eso de las seis, estaba yo a la entrada del oratorio con mis muchachos... De pronto un cierto conocido y beneficiado mío aparece cuchillo en mano, furioso, persiguiendo a un clérigo a quien había confundido conmigo. Al verme advierte su error y me atropella. Tuve apenas tiempo de trepar la escalera y refugiarme en las habitaciones de arriba y atrancar la

puerta, contra la cual aquel frenético empezó a golpear.

"Se avisó a la Policía, a la cuestura, a los carabineros. Solamente a las nueve y media vinieron dos carabineros y lo llevaron a la misión. Al día siguiente el cuestor mandó un empleado a preguntarme si perdonaba a mi ofensor. Contesté que sí lo perdonaba, pero que, en nombre de la ley, suplicaba a la autoridad que custodiase mejor la habitación y la persona de los ciudadanos...

"Como un mes después, un domingo, al anochecer, fuí llamado aprisa a confesar a una enferma que estaba por morir en casa Sardi, cerca del refugio... Por lo que ya me había ocurrido, invité a varios de mis jóvenes, entre ellos Juan Buzzetti y Jacinto Arnaud, que se quedaron junto a la escalera... Entré y vi una mujer que estaba jadeante, como si agonizara. Invité a salir a los cuatro que había en la pieza...

"Con grandes voces la mujer se puso a gritar: "Antes de confesarme quiero que ese bribón que está frente a mí retracte la calumnia que me ha imputado."

Aquélla parece una señal convenida; se entabla una discusión entre la simulada enferma y sus cuatro amigos. De la discusión pasan a los puñetazos, apagan la luz y comienzan a descargar palos en la oscuridad, dirigidos al sitio donde está Don Bosco. Este adivina el juego y rápidamente enarbola una silla, se la pone en la cabeza a guisa de escudo y corre a la puerta.

Pudo escapar, no sin alguna herida, pues uno de aque-

llos deliberados garrotazos le llevó la mitad del pulgar izquierdo.

"Nunca he podido saber, añade, el verdadero motivo de aquellos atentados; mas parece que fueron, según se decía, para hacerme desistir de calumniar a los protestantes."

La vida de Don Bosco, en pleno siglo XIX y a vista de mil testigos, tiene aventuras increíbles, dignas de la leyenda dorada. Los biógrafos hipercríticos las desdeñarán. Nosotros creeríamos mutilar la verdad histórica si no las recogiéramos. Lo inverosímil, lo sobrenatural fué lo natural en este hombre sencillo, prosaico, realista.

¿Cómo olvidar al *Gris?*

El *Gris* fué un perro, un imponente ejemplar de esa raza fuerte y ágil de los perros de pastor, que apareció de improviso una tarde en el año 54, y fué hasta 1866 un guardián de Don Bosco.

¿De dónde venía, quién era su dueño, quién lo alimentaba, en dónde se escondía? Nunca nadie, en los doce años que lo vieron rondar el oratorio, pudo averiguarlo.

Cedamos la palabra a Don Bosco mismo. La historia es extraña, y él la cuenta en estilo ingenuo, palpitante de veracidad.

"El perro *Gris* fué tema de muchos discursos y de varias suposiciones. No pocos de vosotros lo habréis visto y aun acariciado. Dejando aparte las historietas curiosas que se refieren de este perro, voy a exponer aquí lo que es la pura verdad. Los frecuentes atentados de que fuí

víctima me convencieron de que no debía andar solo, ni de ida ni de vuelta de la ciudad de Turín. En aquel tiempo el manicomio era el último edificio en dirección al oratorio. Lo restante era terreno baldío, de bosques y acacias.

"Una noche oscura, tarde ya, volvía solo a casa, con algún recelo, cuando me veo al lado un perrazo, que a primera vista me asustó; pero como no mostrase intenciones hostiles, y más bien me hiciera cariños, cual si fuera su dueño, pronto nos hicimos amigos y me acompañó hasta el oratorio. Lo mismo que esa tarde ocurrió muchas otras veces; así que puedo afirmar que el *Gris* me ha prestado importantes servicios. He aquí algunos.

A fines de noviembre del 54, una tarde lluviosa, viniendo de la ciudad, para no hacer mucho camino solo tomé la calle que va de la *Consolata* al Cottolengo. En un sitio observo dos hombres que marchan delante de mí, acelerando o disminuyendo el paso conforme andaba yo. Para evitar el encuentro quise cambiar de acera, y ellos rápidamente hicieron lo mismo. Quise volverme, pero no me dieron lugar; echáronse atrás, y en el mayor silencio me arrojaron un manto en la cara. En vano intenté evitar que me envolvieran: uno me ciñó la boca con un pañuelo, con lo cual me impidió que gritase. En ese momente aparece el *Gris,* y gruñendo como un oso, planta las zarpas en el rostro del uno y el hocico en el del otro, de tal manera que tienen que atender al perro antes que a mí.

"—¡Llame a su perro!—me gritan despavoridos.

—"Sí que lo llamaré, mas dejadme libre.

"—¡Pronto, llámelo!

"El *Gris* continuaba rugiendo como un oso o como un lobo rabioso. Los otros huyeron, y el *Gris* se me puso al lado y me acompañó hasta el hospital Cottolengo. Vuelto en mí del espanto, después de reconfortarme con una bebida que la caridad de aquella casa tiene a mano siempre, con buena escolta me fuí a casa.

"Todas las noches, cuando nadie me acompañaba, en llegando a los baldíos veía apuntar al *Gris* por alguna parte.

"Muchas veces lo vieron los jóvenes del oratorio, y una sirviónos de diversión, porque se metió en el patio y alguno lo quiso echar y otro pegarle.

"—¡No lo espantéis!—gritó José Buzzetti—. ¡Es el perro de Don Bosco!

"Todos entonces disputáronse sus caricias y me lo trajeron.

"Estaba yo en el comedor con algunos clérigos y con mi madre, que se asustaron viéndolo entrar.

"—No temáis—les dije—; es mi *Gris*. Dejadlo que llegue.

"En efecto; dando una larga vuelta alrededor de la mesa, llegó a mí y yo lo acaricié y le ofrecí pan, sopa, carne, y nada probó; ni olerlo quiso.

"—¿Qué quieres, pues?

"No hizo más que menear la cola y sacudir las orejas.

"—¡Come o bebe o estate quieto!

"Apoyó el hocico en mi servilleta, cual si quisiera hablarme o darme las buenas noches; luego, con maravilla de todos, se fué. Recuerdo que ese día había venido tarde, y que un amigo me trajo en un coche.

"La última vez que vi al *Gris* fué en 1864. Iba de Murialdo a Moncucco, a casa de mi amigo Luis Moglia. El párroco de Buttigliera me acompañó un trecho, pero la noche me sorprendió a mitad de camino. "¡Oh, si tuviese mi *Gris*, dije en mis adentros, qué oportuno me sería!"

"Tomé por un prado para aprovechar las últimas luces del crepúsculo, y he aquí al *Gris* que me acompaña hasta el final, tres kilómetros. Llegado adonde Moglia, me introducen por sitio apartado, para que mi *Gris* no se peleara con los dos grandes perros de la casa. Hablamos un buen rato de él y fuimos luego a cenar, dejándolo en un rincón de la sala.

"Al levantarnos de la mesa, dice mi amigo: "Hay que dar de comer al *Gris*", y le lleva pan. Mas nadie lo encontró. Todos quedaron sorprendidos, porque no se había abierto ni puerta, ni ventana, ni los otros perros lo sintieron salir... Esta es la última noticia que tuve del *Gris*, tema de tantas investigaciones y discusiones. Y nunca me fué posible saber quién fuera su dueño. Sólo sé que aquel animal fué para mí una verdadera providencia en los muchos peligros en que me he encontrado."

XVI

TRISTE FINAL DE UN REY

Dijimos que en Turín había un nuevo rey: Víctor Manuel II.

¿Cómo desapareció del escenario Carlos Alberto, la primera figura del vasto drama del resurgimiento?

Aquel pobre rey, peloteado alternativamente por su ambición, su conciencia y las Logias, se lanzó a la guerra cuando menos lo quiso.

Pero con esa aptititud de excitarse que tienen las voluntades débiles, abrazó con bravura su partido, y aún tuvo la arrogancia de aquella frase que inflamó la península: *Italia fará da se!*

No quería más alianza que la de los pequeños príncipes italianos. Las grandes potencias, Francia, Inglaterra, Prusia, no dejarían de discutirle los frutos de la victoria y hasta intentarían cobrarse con tierra italiana el precio de su ayuda.

La fortuna le sonrió al comienzo de la guerra. Milán votó la adhesión al Piamonte. Venecia, que se había declarado República, renunció a su independencia y se entregó también a Carlos Alberto. Y el hijo segundo de éste, el duque de Génova, fué elegido Rey de las Dos Sicilias por el Parlamento de Nápoles.

Carlos Alberto no podía corresponder a tan grande entusiasmo sino con una victoria decisiva. Convocó sus reservas, organizó los Cuerpos lombardos y llegó a tener 80.000 hombres en sus posiciones del río Mincio.

El mariscal Radetzky, su enemigo, tenía igual número, pero de tropas mejor pertrechadas y aguerridas.

Vinieron en seguida las sangrientas batallas de Custozza y de Volta, con dos o tres días de intervalo, en que, a pesar de la bravura de los piamonteses y del heroísmo desesperado de su rey, fueron vencidos y, lo que es peor, desorganizados.

Por una ironía del destino, en la noche de Volta llegaron al campamento del ejército derrotado los diputados sicilianos portadores de una corona para el hijo de Carlos Alberto. El joven duque de Génova, con tristeza y dignidad, renunció a ella... Carlos Alberto se resuelve a pedir un armisticio. A la media noche vuelven sus emisarios: el rey escucha las condiciones de Radetzky. Al Estado Mayor parécenle razonables y se inclina a aceptarlas. El rey, que ha reaccionado de su abatimento, replica a sus generales: "No os he llamado a discutir estas condiciones, que son deshonrosas. Os he llamado para comunicaros que las hostilidades van a recomenzar."

Y ordena marchar. Sus regimientos, desbandados, to-

man el camino de Milán. Más que a defender la capital de la Lombardía van a guarecerse detrás de sus murallas. La lanza de los hulanos de Radetzky aguija aquel repliegue, que parece una fuga.

En Turín la opinión denuncia el orgulloso y desconfiado aislamiento en que el rey ha conduicdo la guerra.

Olvidando la sacra fórmula *Italia fará da se,* envíanse emisarios al general Cavaignac, jefe del Gobierno francés, pidiéndole ayuda. ¿Va a permitir Francia que un Austria ensoberbecida aplaste al Rey de Cerdeña y se instale casi a las puertas de Lyón?

Mientras los plenipotenciarios conversan, rugen los cañones. Cuarenta mil austríacos acorralan en Milán los restos del ejército piamontés. Lúgubre, melancólico desfile del rey por las calles de la ciudad. Había prometido no entrar en ella, a recoger la corona de hierro de los reyes de la Lombardía, sino vencedor. Y he aquí que sus nuevos súbditos lo miran llegar derrotado y casi fugitivo.

Ni un viva a su paso. La desconfianza y el rencor en los corazones. Acaso el rey que desventuradamente acaban de darse no viene a tomar posesión de la ciudad sino para atarle las manos y entregarla a Radetzky.

Meses antes, ellos solos habían demostrado su valentía expulsando a los austríacos. Ahora el ejército piamontés no penetra en sus calles sino para allanar las barricadas que han preparado, y abrir las puertas de la ciudad al enemigo.

Humillante sospecha, que el desventurado rey se encarga de justificar. Acaba de rechazar un armisticio; ahora pide otro. Quiere salvar los restos de su Ejército, y regresar a Turín, para apuntalar su trono, que bambolea. Después, mejor preparado, recomenzará la guerra.

A duras penas sus emisarios consiguen llegar a las líneas austríacas. Les vendan los ojos y los conducen a la antígua abadía de San Donato, cuartel general de Radetzky. A las cuatro de la mañana del 5 de agosto queda firmada la capitulación de Milán, por la cual se obliga Carlos Alberto a entregar la puerta romana antes de las ocho del día siguente y a evacuar la ciudad.

El primero que dió la noticia fué degollado por los milaneses en plena calle, al grito de "¡Muera el austríaco!"

Todas las campanas tocan a somatén y redoblan los tambores en las barricadas, y el pueblo se congrega alrededor del palacio Greppi, amenazando de muerte a Carlos Alberto: "¡Muera el rey traidor!"

En un tumulto indescriptible, a punto de ser hundidas las puertas del palacio, el rey aparece en los balcones, y como su débil voz no alcanza a oírse, la turba se enfurece y tira sobre él.

—¡Oh, Carignano, pagarás tu traición!

Carlos Alberto entra y cae desfallecido en brazos de sus familiares. Luego se reanima, desgarra el documento de la capitulación y promete defender a Milán.

—¿Queréis combatir?

—¡Sí!

—¿Estáis prontos a morir por la Patria?

—¡Sí!

—¡¡Bien! ¡Yo moriré con vosotros...!

Pero el podestá de Milán y los grandes señores saben que es inútil resistir, y que Radetzky penetrará en Milán a sangre y fuego. Y ellos mantienen la capitulación que el rey ha denunciado.

Cien veces en ese día terrible Carlos Alberto ha estado a punto de ser asesinado.

Llega la noche. A favor de las sombras y entre peligros infinitos, disfrazado de gendarme, consigue huir por los jardines del palacio. A las once franquea la Puerta Vercellina y se halla en medio de sus tropas.

Y a las ocho de la mañana del 6, por la Puerta Romana penetran los hulanos al galope, mientras los caminos de Suiza y del Piamonte aparecen atestados de gente.

Ciento veinte mil personas, los dos tercios de la población, que no habiendo podido morir entre los escombros de su ciudad prefieren emigrar a vivir bajo la tiranía de los austríacos.

Los oficiales de Radetzky y los de Carlos Alberto confraternizan festejando la terminación de la guerra. El ejército piamontés renuncia a batirse por los lombardos. Está irritado contra los milaneses, que lo acusan de traición, y harto de heroísmo estéril y de inútiles padecimientos.

Pero la guerra no ha terminado. Es sólo un armisticio para dar tiempo a los plenipotenciarios, que deben ajustar las condiciones de la paz. Esta paz no puede ser gloriosa, a pesar de que Inglaterra y Francia no permitirán que Austria, aprovechándose de su victoria, aplaste al Piamonte.

Carlos Alberto mismo ni cree ni desea una verdadera paz. Quiere tiempo, no más para reorganizar su Ejército y recomenzar la guerra. Su proclama al pueblo termina así: "Confiad en vuestro rey. La causa de la independencia italiana no está perdida aún."

Después de un gesto heroico, el pobre rey cae siempre en un período de abatimiento. La corona le abrasa la frente. ¡Qué alivio si abdicara! Su hijo, el duque de Saboya, sería rey, y él se podría sumergir en el gran descanso.

Pero los partidarios del duque de Saboya no quieren que abdique antes de firmar la paz. Comprenden que aquella paz será una humillación, y prefieren que el joven príncipe la acepte como un hecho consumado, mas no sufra el bochorno de firmarla.

El mismo duque de Saboya, el futuro Víctor Manuel II, se opone a una abdicación prematura, que lo haría rey en condiciones impopulares, y juzga a su desventurado padre con injusticia y desdén.

¡Ah, no! Carlos Alberto, según el partido adverso que se ha formado en su Corte, no es dueño de abdicar mientras no haya echado sobre su nombre ese último bo-

rrón de una paz vergonzosa; y, según su propia conciencia, mientras no haya lavado, en una guerra afortunada, ese epíteto de traidor con que Italia lo llama después de Milán.

Se decide por la guerra. Sólo que ya no es rey absoluto. Ahora debe contar con sus ministros, que, retazo a retazo, van cercenándole todas sus prerrogativas.

Le exigen que abandone el mando del Ejército. Ante esta humillante pretensión, su amor propio de soldado se subleva. Acaba por resignarse, con tal de que no se le nombre un comandante en jefe que haya antes servido bajo sus órdenes.

El Gobierno piamontés comisiona al general Alfonso La Marmora para que busque del otro lado de los Alpes algún mariscal sin empleo que les aporte las simpatías y la ayuda de Francia.

El general Cavaignac responde a La Marmora que Francia no piensa enemistarse con Austria para dar gusto al Piamonte.

Esta contestación pone sordina al humor belicoso del rey.

El 10 de diciembre del 48, Francia se ha dado un nuevo señor en el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, elegido presidente de la República.

Los corazones se vuelven a él. ¿Qué piensa él de la guerra con Austria? Entretanto, los azares de la política obligan a Carlos Alberto a nombrar primer ministro al abate Gioberti, que todo lo espera de la paz.

En realidad, el mismo rey, que un día parece arder en deseos de montar a caballo y cruzar el Tessino, al día siguiente vacila y tantea otras soluciones.

—Y bien, ¿el pueblo quiere la guerra o no?—pregunta al general Durando, vicepresidente de la Cámara, a la vez que su ayuda de campo.

—Parece que sí, Majestad.

—¿Y los diputados?

—También.

—¿Y vos, general? ¿Qué pensáis vos de la guerra? ¿Dudáis del éxito?

—Toda mi experiencia me obliga a decir a Vuestra Majestad que por mi parte no tengo ninguna confianza.

—¿Por qué no se lo explicáis a Gioberti?

—No tengo la menor influencia sobre él.

—Subid, pues, a la tribuna y exponed ante la Cámara vuestros recelos.

—¡Ay! ¡Mis palabras no servirían sino para desalentar aún más al Ejército!

—¿Qué hacer entonces?

—Yo no veo ninguna posibilidad de torcer la corriente. Hay que aceptar la guerra como un juego de azar, como un duelo. Es para nosotros una obligación de honor, después de las calumnias difundidas sobre Vuestra Majestad y sobre nosotros.

Esta idea es un latigazo para aquella alma, atormentada por la irresolución.

El Ministerio Gioberti cae, cuando menos lo esperaba, a los golpes de los parlamentarios, que exigen la guerra "para arrancar de su martirio a los hermanos de la Lombardía".

El Piamonte puede poner sobre las armas 90.000 hombres, sin contar los voluntarios lombardos. Por desgracia, se han dejado pasar aquellos siete meses de tregua sin organizar nada. El espíritu de oficiales y tropa es pesimista. Los soldados no tienen ropas que cambiarse y duermen sobre la paja podrida. Los depósitos están desorganizados; el tesoro, vacío.

Ha costado trabajo hallar un general extranjero que quiera aceptar el comando en jefe del Ejército.

Es el general polaco Chrzanowsky, tenido por hábil estratega, pequeñito, feo como un mono, que no sabe una palabra de italiano y se rodea de oficiales extranjeros también, e ignorantes, como él, del idioma.

Los preparativos no se hacen tan en secreto que no los adviertan las otras naciones. Inglaterra declara al Rey de Cerdeña que la guerra en aquellas condiciones es una locura. Francia, que es un suicidio. Ninguna está dispuesta a ayudarlo.

¡Y bien, *Italia fará da se!*

El mariscal Radetzky tiene ochenta y tres años, pero está en plena posesión de su genio y orgulloso de sus pasadas victorias. No puede oponer a Carlos Alberto más de 70.000 hombres; pero su Caballería es mejor montada, y su Artillería es más numerosa. Además cuenta con un buen Estado Mayor, y excelentes servicios de aprovisionamiento y ambulancias.

El 12 de marzo Carlos Alberto denuncia el armisticio, y el 20 inicia las operaciones, cruzando el Tessino y penetrando en Magenta, la primera ciudad lombarda que se encuentra en la ruta. ¡El camino está libre!

Esa misma noche Radetzky lo ha desbordado, cruzando el río con 65.000 hombres y 180 cañones. Mientras Carlos Alberto lo busca en la Lombardía, él ya pisa tierra piamontesa y adelanta hacia Turín.

Para atajarlo no hay más remedio que volver a cruzar el Tessino y concentrarse en Novara, donde se librará una batalla decisiva. En la tarde del 22 de marzo, el grueso de las tropas de Carlos Alberto ocupan la ciudad.

El rey es un espectro envuelto en su capote gris. Se adivina que lo atormentan los más crueles presentimientos, y su Estado Mayor se contagia en su desaliento.

El 23 aparecen los austríacos, superiores en número y entusiasmados por varios combates que acaban de librar victoriosamente. La batalla comienza.

En vano Carlos Alberto, como otra vez ante los muros de Milán, ha buscado la muerte, mezclándose en lo más recio de la pelea. Para él ha sido vedad que no se había fundido la bala que lo mataría. La muerte habría sido infinitamente dulce; tanta era la amargura de su alma viendo derretirse como la cera sus mejores regimientos.

A las cuatro de la tarde la batalla estaba perdida. Radetzky había concluído en tres días la campaña.

Esa noche el Rey de Cerdeña abdicaba, dejando la corona a su hijo Víctor Manuel, y partía bajo el nombre de conde Barge por aquellos caminos, sembrados de muertos y heridos y atestados de desertores.

En la Corniche, carretera de Niza, hay una pequeña iglesia.

El 26 de marzo, al alba, las mujeres que madrugan para oír la primera misa vieron entrar a un viajero.

A pesar de su fatiga se arrodilló en un confesonario y luego delante del comulgatorio. Era Carlos Alberto, que se disponía a cruzar para siempre la frontera de su patria. A fines de abril se instalaba en Oporto, donde moriría santamente el 28 de julio del 49.

"Mi vida ha sido una novela—dijo él mismo de aquella sucesión de grandezas y de dolores que fué su vida—. No he sido comprendido."

La verdad es que en la amargura y el arrepentimiento pagó las culpas de su ambición.

Hemos creído interesante y útil describir las circunstancias en que subió al trono Víctor Manuel II, que había de ser el primer rey de la Italia independiente y unida.

Príncipe católico, en cuya estirpe hay santos, no tardará en poner su espada al servicio de la revolución para librar el postrer asalto contra la más vieja y augusta corona del mundo, la tiara del Papa.

Los cañones del general Cadorna abrirán en las murallas la brecha de Porta Pia. El Rey de Cerdeña entrará por allí, expulsará del Quirinal a su legítimo dueño y será Rey de Roma.

Si penetráramos los secretos de Dios, sabríamos si el gran drama de la revolución contra la Iglesia ha terminado aquí para siempre.

Según el proverbio griego, "el molino de los dioses muele despacio". Y Platón, que lo recuerda, dice que en nuestra ignorancia llamamos retardos de la justicia divina el tiempo que Dios emplea en levantar al hombre que quiere precipitar.

FIN



1-258

La continuación de DON BOSCO Y SU TIEMPO: LOS AÑOS DE CARLOS ALBERTO, lleva por título DON BOSCO Y SU TIEMPO: LOS AÑOS DE PIO IX.

ÍNDICE

Págs.

PRIMERA PARTE: LOS AÑOS DE CARLOS ALBERTO:

I.—1815 7
II.—Un saltimbanqui apóstol 23
III.—Quince liras anuales de salario 46
IV.—La *Sociedad de la Alegría* 58
V.—La vocación 73
VI.—Seminarista en Chieri 93
VII.—Las manos consagradas 120
VIII.—Los carbonarios 129
IX.—El primer Biricchino 152
X.—¿Acaso loco? 168
XI.—El Cónclave 188
XII.—Vísperas de guerra 205
XIII.—El Papa, el Rey, las Sociedades secretas 214
XIV.—Cómo trabaja entre tanto 242
XV.—El *Gris* 273
XVI.—Triste final de un rey 288

1-258

628

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTE LIBRO EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE GALO SÁEZ, MESÓN DE PAÑOS, 8, MADRID, EL DÍA 25 DE JULIO DE 1932